

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17.

NUM. 200.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~

**Director: JOSÉ DE LÁZARO**

—————

**AGOSTO 1905**

—————

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000*

10.538

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## SOLEDAD

---

Si huyo tanto de él, es, no lo dudes, por lo mucho que le quiero. Huyo de él, buscándole. Cuando le tengo junto á mí, y veo su mirada y oigo sus palabras, quisiera apagarle aquélla y volverle mudo para siempre; pero luego, cuando me aparto de él y me encuentro á solas conmigo mismo, veo aparecer en los abismos tenebrosos de mi conciencia dos temblorosos lucerillos que parpadean como dos estrellas mellizas en lo insondable de la noche, y oigo en mi silencio unos rumores lejanos y apagados, que parecen venir de lo infinito y que nunca llegan del todo. Son sus ojos; son sus palabras: son sus ojos purificados por la ausencia y la distancia; son sus palabras depuradas por su mudez. Y véle aquí por qué huyo de él para buscarle, y cómo le evito, porque le quiero.

El amor, cuando es puro y noble, crece con la distancia. Su alma está más cerca de mí cuanto más de mí se aleje su cuerpo. Me la dejó en unas palabras, en una mirada, y él vive ya y crece y se desarrolla en mí.

Mi amor á la muchedumbre es lo que me lleva á huir de ella. Al huirla, la voy buscando. No me llames misántropo. Los misántropos buscan la sociedad y el trato de las gentes; las necesitan para nutrir su odio ó su desdén hacia ellas. El amor puede vivir de recuerdos y de esperanzas; el odio necesita realidades presentes.

Déjame, pues, que huya de la sociedad y me refugie en el sosiego del campo, buscando en medio de él y dentro de mi alma la compañía de las gentes.

Los hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos á otros en el silencio de las cosas á través de la soledad. El ¡ay! apagado de tu pobre prójimo que te llega á través del muro que os separa, te penetra mucho más adentro de tu corazón que te penetrarían sus quejas todas si te las contara estando tú viéndole. No olvidaré en mi vida una noche que pasé en un balneario, y en que me tuvo desvelado durante toda ella un quejido periódico y debilísimo; un quejido que parecía querer ahogarse á sí mismo para no despertar á los durmientes; un quejido discreto y dulce que me venía de la alcoba vecina. Aquel quejido, brotado no sé de quién, perdía toda personalidad; llegué á hacerme la ilusión de que brotaba del silencio mismo de la noche, que eran el silencio ó la noche los que se quejaban, y hasta hubo momento en que soñé que aquella dulce quejumbre me subía á flor de alma de las hondonadas de ésta.

Al día siguiente partí de allí sin haber querido averiguar quién era el quejumbroso ni de qué padecía. Y sospecho que nunca he compadecido tanto á hombre alguno.

Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aísla á los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos, encontramos en nosotros á todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos.

Sólo en la soledad, rota por ella la espesa costra del pudor que nos separa á los unos de los otros y de Dios á todos, no tenemos secretos para Dios; sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo; sólo en la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema.

No hay más diálogo verdadero que el diálogo que entablas contigo mismo, y este diálogo sólo puedes entablarlo estando á solas. En la soledad y sólo en la soledad puedes conocerte á ti mismo como prójimo; y mientras no te conozcas á ti mismo como á prójimo, no podrás llegar á ver en tus prójimos otros

yos. Si quieres aprender á amar á los otros, recógete en tí mismo.

¿Para qué dialogar con los demás? No hay verdaderos diálogos, porque las conversaciones que merecerían llamarse tales son conversaciones de las que no merecen ser recordadas. Casi todos los que pasan por diálogos, cuando son vivos y nos dejan algún recuerdo imperecedero, no son sino monólogos entreverados; interrumpes de cuando en cuando tu monólogo para que tu interlocutor reanude el suyo; y cuando él, de cuando en cuando, interrumpe el suyo, reanudas el tuyo tú. Así es y así debe ser.

Así debe ser. Lo mejor sería que no hiciéramos sino monologar, que es dialogar con Dios; hablarle á Dios; rezar día tras día y momento tras momento cada uno nuestra oración y que nuestras sendas oraciones fueran fundiéndose en una según ascendían hacia Dios, y al llegar á sus oídos eternos é infinitos no fueran más que una sola oración, el eterno monólogo de la pobre Humanidad dolorida. Y de allí, del seno de Dios, nos vuelve la oración humana; la voz de Dios en nuestro corazón, el eco del silencio sosegado, no es más que la voz de los siglos y de los hombres. Nuestra vida íntima, nuestra vida de soledad, es un diálogo con los hombres todos.

De la misma manera la pobre flor que envía al cielo, evaporado, el rocío que del cielo recibiera, vuelve á recibir de nuevo gota celeste de las aguas todas que de todas las flores subieron al cielo.

Me acusas de que no me importan ni interesan los afanes de los hombres. Es todo lo contrario. Lo que hay es que estoy convencido de que no hay más que un solo afán, uno solo y el mismo para los hombres todos, y nunca lo siento ni lo comprendo más hondamente que cuando estoy más solo. Cada día creo menos en la cuestión social y en la cuestión política y en la cuestión estética y en la cuestión moral y en la cuestión religiosa y en todas esas otras cuestiones que han inventado las gentes para no tener que afrontar resueltamente la única

verdadera cuestión que existe: la cuestión humana, que es la mía y la tuya y la del otro y la de todos.

Y como sé que me dirás que juego con los vocablos y me preguntarás lo que quiero decir con eso de la cuestión humana, habré de repetírtelo una vez más: la cuestión humana es la cuestión de saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la de todos, después de que cada uno de nosotros se muera. Todo lo que no sea encarar esto, es meter ruido para no oírnos. Y vé aquí por qué tememos tanto á la soledad y buscamos los unos la compañía de los otros.

Se busca la sociedad no más que para huirse cada cual de sí mismo, y así huyendo cada uno de sí, no se juntan y conversan sino sombras vanas, miserables espectros de hombres. Los hombres no conversan entre sí sino en sus desmayos, vaciándose de sí mismos, y de aquí el que nunca estén más de veras solos que cuando están reunidos, ni nunca se encuentren más en compañía que cuando se separan.

¡Si supieras lo que debo á mis dulces soledades! ¡Si supieras lo que en ellas se ha acrecentado el cariño que te guardo, y cómo las palabras que viertes en mi alma en las breves horas de nuestras raras entrevistas se ensanchan y aduiciguan luego, aduiciguándose por el ensanchamiento mismo y ensanchándose por su creciente dulcedumbre!

Cuando me hablas, tu voz choca en mis oídos y viene á romper casi siempre la monodia continua de mis propios pensamientos; tu figura se interpone entre mis ojos y las formas conocidas en que reposa mi mirada. Mas, apenas te vas me vuelven tus palabras, pero me vuelven del fondo de mí mismo, incorporadas al canto de mi propio pensamiento, vibrando á su compás y con su ritmo, como acordes de mi propio canto, y detrás de ellas, dándolas en silencio aliento sonoro, se me aparece, esfumada en lontananzas imperecederas, tu para mí tan conocido rostro.

Vé á la soledad, te lo ruego; aíslate, por amor de Dios te



lo pido; aíslate, querido amigo, aíslate, porque deseo hace mucho tiempo ya hablar contigo á solas.

Me interesan tanto los hombres y tan fuertemente se agita mi corazón cuando oigo sus ayes eternos, que no puedo resistir la representación de un drama. Me parece mentira pura. No puedo oír á un hombre hablando con otro, y menos aún ante una muchedumbre. Quisiera oírle á solas, cuando se habla á sí mismo.

Hay quien quisiera haber podido asistir á las conversaciones entre Caín y Abel y haber presenciado la escena que precedió á la muerte de éste por aquél. Yo no; habría apartado la vista de ello con horror y asco. Me habría parecido tan falsa y mentirosa la envidia de Caín como mentirosa y falsa la inocencia de su hermano. Yo habría deseado oír á Caín á solas, cuando no tenía á Abel delante, ú oírle después, cuando al ser maldito por Dios, le dijo, es decir, se dijo á sí mismo: «Grande es mi iniquidad para ser perdonada; he aquí me echas hoy de la haz de la tierra y de tu presencia me esconderé: y andaré errante y extranjero en la tierra, y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará» (Gén. IV, 13-14). Y aun para oírle esto era preciso que él no me viera ni supiera que yo le oía, porque entonces me mentiría. Sólo me gustaría sorprender los ayes solitarios de los corazones de los demás.

Tanto como he desdeñado siempre el teatro, hasta el punto de que apenas lo piso, he deseado á las veces poder recibir desde un confesonario la descarga de los pecados y cuitas de un hermano. Pero tampoco esto me parece podría soportarlo, porque el confesonario se convierte en teatro, y aquello es pura comedia; y el que va allí á depositar la carga de sus pecados miente siempre, quiéralo ó no lo quiera, lo sepa ó no lo sepa. Querrá decir la verdad, y creerá decirla—cuando lo quiera y lo crea,—pero no la dice. O se disculpa sin disculpa, ó sin culpa se culpa. O calla ó atenúa lo que hizo, ó dice lo que no hizo, ó agrava lo que hiciera. No va á contar sencillamente lo

que hiciera y sintiera, va á acusarse, y el que se acusa miente tanto como el que se excusa.

Y vé aquí por qué, disgustado de todo teatro, y sin encontrar consuelo ni deleite en la dramática, me refugio en la lírica. Porque en la lírica no se miente nunca, aunque uno se proponga en ella mentir.

Como no puedo oír la verdad á un hombre cuando habla con otro hombre, ni se la puedo oír cuando me habla, voy á la soledad, me refugio en ella, y allí, á solas, prestando oídos á mi corazón, oigo decir la verdad á todos. Tus secretos los sé porque me los has dicho á solas, cuando ni yo te veía ni oía ni me veías ni oías tú; me los has dicho en el eco apagado y lejano de aquellas palabras de mentira que vertiste en mi corazón. Su mentira se disipó con el grosero vibrar del aire material que me las metió en el oído de la carne; su verdad se desnudó al alejarte tú de mi presencia.

Lo más grande que hay entre los hombres es un poeta, un poeta lírico, es decir, un verdadero poeta. Un poeta es un hombre que no guarda en su corazón secretos para Dios, y que al cantar sus cuitas, sus temores, sus esperanzas y sus recuerdos, les monda y limpia de toda mentira. Sus cantos son tus cantos; son los míos.

¿Has oído nunca poesía más honda, más íntima, más duradera que la de los Salmos? Y los Salmos son para cantados á solas. Ya sé que los cantan las muchedumbres, reunidas bajo un mismo techo, en oficio de culto; pero es que al cantarlos dejan de ser tal muchedumbre. Al cantar los Salmos cada uno se mete en sí y se recoge, y la voz de los otros no resuena á sus oídos sino como acorde y refuerzo de su propia voz.

Y esta diferencia noto entre una muchedumbre que se junta para cantar los Salmos y una muchedumbre que se junta para ver representar un drama ú oír á un orador: y es que aquélla es una verdadera sociedad, una compañía de almas vivas, que cada uno existe y subsiste por sí, y esta otra es una

masa informe, y cada uno de los que la componen no más que pedazo de tropel humano.

Nunca he sentido el deseo de conmover á una muchedumbre y de influir sobre una masa de personas — que pierden su personalidad el amasarse, — y he sentido, en cambio, siempre furioso anhelo de inquietar el corazón de cada hombre y de influir sobre cada uno de mis hermanos en humanidad. Cuando he hablado en público he procurado casi siempre hacer oratoria lírica, y me he esforzado por forjarme la ilusión de que hablaba á uno solo de mis oyentes, á uno cualquiera, á cualquiera de ellos; á cada uno, no á todos en conjunto.

Los grandes consoladores de la humanidad, los que nos dan el bálsamo de las dulzuras inagotables, son los grandes solitarios, son los que se retiraron al desierto á oír levantarse en sus corazones el plañido desgarrador de los pobres rebaños humanos perdidos, sin pastor ni perro, en los desolados yermos de la vida.

Durante una de esas frecuentes, y á menudo sangrientas, huelgas que ahí, en ese pueblo que habitas, ocurren á cada paso, y cuando preveas que va á haber algún choque ó colisión, sube á aquella santa montaña donde tantas veces nos encontramos tú y yo cara á cara en medio de Dios, y donde más nos unimos en nuestra soledad, y desde allí contempla el revolverse de la muchedumbre enfurecida, y tal vez lleguen á ti apagados ecos de los tiros con que se trata de contenerla. Y no te quepa duda alguna sino de que es desde allí, viéndolos como á mudas hormigas, sin ver las caras que ponen más que las que tienen, y sin oír sus voces; que es desde allí como mejor llegarás á comprender el resorte que les mueve, y que ellos mismos no lo conocen. Si estás entre ellos y les ves y les oyes, te parecerá que les empuja el hambre, ó el odio, ó la envidia, ó el ansia de libertad, ó la sed de justicia; pero si los ves desde nuestra santa montaña, verás que los impele el eterno y único afán.

Te acuerdas, sin duda, de los comentarios que hacíamos

aquella tarde en que, sentados en la cumbre de aquel monte, mirábamos á nuestros pies cómo allá, en el valle, bailaban en un corro unas cuantas parejas sin que llegaran á nuestros oídos, debido á la adversa dirección del viento, los sones del tamboril y el pito con que se les hacía bailar. Es una observación que han hecho muchas gentes, y que es, sin embargo, nueva siempre. Para un sordo debemos aparecer como locos los que hablamos y gesticulamos al hablar y nos oímos. Es la voz la que da la racionalidad de las cosas. Y sospecho que para un ciego, por el contrario, debe desaparecer mucho de lo que nos hace aparecer enloquecidos.

A la distancia aparécense los hombres tales como son, bailando y agitándose sin sentido, pataleando sobre esta pobre tierra. Y luego nos reímos de uno que patalea y se agita sin que nadie toque cerca de él pito alguno. ¿Sabemos acaso qué música es la que está oyendo en el silencio de su corazón?

Un solitario, un verdadero solitario, es el que se pone á bailar en medio de la plaza humana y á la vista de sus hermanos todos, al son de la música de las esferas celestiales, que él solo, merced á la soledad en que vive, oye. Las gentes se paran, le miran un momento, se encogen de hombros y se van diputándole por loco, ó forman corro en derredor de él y se ríen ó empiezan á acompañar su baile con palmadas entre algazara y regocijo.

Y ahora voy á contestarte á lo que me decías no hace mucho en una de tus cartas. «Has claudicado—me decías—y empiezas á bailar al son que te tocan; ya no eres tuyo, eres de los demás. Recoge tus palabras de antaño y aprende para en adelante á no decir nunca: de esta agua no beberé». Pues bien, te equivocas. Yo bailaba, bailaba al son de una música que los demás no oían, y empezaron por reirse de mí los unos, por llamarme loco ó extravagante ó ganoso de notoriedad los otros, alguno me insultó, no faltó quien me apedreara, y al cabo se fueron marchando y no haciéndome caso, y sólo quedaron en torno mío aquellos á quienes mis brincos y piruetas les hacían gracia, les

recreaban el ánimo ó les movían á bailar ellos á su vez y desentumecer así sus piernas. Y este mi cotarro ha ido, gracias á Dios, ensanchándose, y hoy bailo y brinco en medio de un regular concurso de gente que me lo jalea. Y esta gente, al verme bailar en seco y sin música, porque ellos no oyen la que rige y acompaña á mis piruetas, se han puesto á llevarme el compás con sus manos, y me aplauden y dan palmadas; y como estas palmadas van al compás de mis saltos y cabriolas, creen que salto y brinco yo al compás de ellas, y esto les mueve á aplaudirme más, y se dicen: ¡bravo, y cómo hacemos bailar á este hombre! Y no saben que yo no oigo siquiera sus palmadas, y que si arrecio yo á brincar cuando ellos arrecian á aplaudir, es que ellos aplauden porque yo brinco, y no brinco yo porque ellos aplaudan. Y tal es la ventaja de bailar solo.

Los hombres somos impenetrables. Los espíritus, como los cuerpos sólidos, no pueden comunicarse sino por sus sobreheces en toque, y no penetrando unos en otros, y menos fundiéndose.

Me has oído mil veces decir que los más de los espíritus me parecen dermatoesqueléticos, como crustáceos, con el hueso fuera y la carne dentro. Y cuando leí, no recuerdo en qué libro, lo doloroso y terrible que sería para un espíritu humano tener que encarnar en un cangrejo y servirse de los sentidos, órganos y miembros de éste, me dije: así sucede en realidad; todos somos pobres cangrejos encerrados en dura costra.

Y el poeta es aquel á quien se le sale la carne de la costra, á quien le rezuma el alma. Y todos, cuando el alma en horas de congoja ó de deleite nos rezuma, somos poetas.

Y vé aquí por qué creo que es menester agitar á las masas y sacudir y zarandear á los hombres y lanzarlos á los unos contra los otros, para ver si de tal modo se les rompen las costras en el choque mutuo, y se les derraman los espíritus, y se mezclan, mejen y confunden unos con otros, y cuaja y se fragua de una vez el verdadero espíritu colectivo, el alma de la humanidad.

Pero lo triste es que si nos atenemos á la experiencia hasta hoy en día, esos roces y choques mutuos, lejos de romper las costras, las endurecen y engruesan y acrecientan. Son como los callos, que con el roce se hacen mayores y más fuertes. Aunque tal vez sea que los choques no son lo bastante violentos. Y en todo caso, choque y no roce. No me gusta rozar con las gentes, sino chocar con ellas; no quiero irles de soslayo y pasarles tangencialmente, sino irles de frente y, si es posible, partirles por el eje. Es como mejor se les sirve. Y para prepararse á esta labor, no hay mejor que la soledad.

Es muy triste esto de que tengamos que comunicarnos no más que en toque, á lo sumo en roce, y á través de los duros caparazones que nos aíslan á los unos de los otros. Y estoy convencido de que ese caparazón se adelgaza y debilita en la soledad, hasta convertirse en tenuísima membrana que permite la ósmosis y exósmosis espiritual. Y por esto es por lo que creo que es la soledad la que hace á los hombres verdaderamente sociables y humanos.

Hay quien cree que el destino de los hombres no es otro que hacer la sociedad humana, la humanidad, y que todos nuestros esfuerzos y afanes no convergen sino á que un día sea el género humano un solo y verdadero organismo, una especie de inmenso animal colectivo de que cada hombre sea célula, ó al modo de una *madrépora* espiritual. El fin del hombre sería, en tal caso, la humanidad.

Y si eso fuese así, cuando tal fin se cumpla reconocerá la sociedad humana que los solitarios contribuyeron más que los demás hombres á formarla, y que hizo más por ello tal anacoreta ó eremita—de una ó de otra clase—retirado al yermo, que muchos pastores de hombres que han llevado á los rebaños humanos á la victoria ó á la matanza. No es menester estar en medio de los hombres para guiarlos. Tú no sabes cuál de tus prójimos es el que más influye en tí; pero puedes asegurar que no es el que tienes más cerca y á quien ves y oyes más á menudo.

Y ya te he dicho que para que esa humanidad cuaje y se fragüe es menester, primero, que se nos rompan á todos las costras ó se nos adelgacen en ligerísimas membranas, y que nuestros sendos contenidos espirituales se viertan por las hendiduras de la costra rota ó rezumen por la adelgazada membrana, y se mezclen y confundan los unos con los otros. Y entonces, al fundirse las ideas de los tontos con las de los sabios, y los afectos de los malvados con los de los virtuosos, y los sentimientos de todos, cree que saldrá algo grande y puro. Porque hoy apenas conocemos sino las mezclas, no las fusiones de ideas y de sentimientos. Y tú sabes muy bien, por la química que nos enseñaron, cuán grande es la diferencia que va de una mezcla á una combinación, y cómo los cuerpos que al mezclarse dan una aleación dañosa, pueden, combinándose, dar un compuesto beneficioso. Y no dudes sino que, en punto á ideas y sentimientos, lo pernicioso es la mezcla, no la confusión. Don Quijote y Sancho marcharon juntos y mezclados; pero si se fundieran en uno, ¡qué portentoso espíritu no surgiría de tan sublime fusión! No sería ya un hombre, sino un dios.

Pero hoy hemos de vivir separados los unos de los otros, dentro de su costra cada uno y sin poder romperla, pues es lo triste que esas costras se rompen desde fuera y no desde dentro. No somos como los pollitos, que al sentir necesidad de aire, rompen el cascarón que los encierra y salen á respirar y vivir; necesitamos más bien que venga alguien de fuera y nos liberte de nuestra prisión. Los más de los gemidos que atravesando la costra de tu prójimo y tu propia costra te llegan al oído, no son más que lamentos de tu hermano porque se encuentra preso y no puede salirse de sí. Pero si vas á él, y compadecido empiezas á golpearle para romperle la costra y libertarle, como lo primero que siente es el dolor del golpe y el aturdimiento de la sacudida, arrecia á gemir y se queja más fuerte, y hasta te rechaza. No espera á su liberación. Y si por acaso le abriste una rendija, al sentir el aire frío que por ella

le penetra, se queja aún más y te culpa de mal hermano, de bárbaro y de cruel. Golpéale, sin embargo.

Y es tal y tan triste el aislamiento en que vivimos, que hay espíritu que ha llegado á figurarse que está solo en el mundo y que todos los demás hombres con quienes vive no son más que dermatoesqueletos vacíos, que por extraña magia se mueven, hablan, obran y viven como si estuviesen llenos de vida y de espíritu. Y este sentimiento de la más profunda soledad, de encontrarse uno solo en el mundo, de ser el único espíritu que habita en él, este sentimiento es lo que más intensa melancolía da á ciertos solitarios y á la vez más profundo sentido á cuanto dicen y hacen.

Puesto que estoy solo en el mundo—suelo decirme en los momentos en que esa extraña fantasía hace presa de mí,— puesto que estoy solo en el mundo y soy el único espíritu que en él habita, tengo que hacer todo lo que de no existir yo no habría quien lo hiciese.

¿Crees tú, puesto que estoy en vena de confidencias y confesiones, crees tú que cuando se me ha echado en cara lo de que soy poco español, no me he dicho muchas veces: ¡soy el único español, yo lo soy y no lo son todos los demás nacidos y residentes en España!?

Y ese sentimiento de sentirse aislado y solo en el mundo puede llegar á producir terribles estragos en el alma y aun á ponerla al borde de la locura. Recuerdo á un pobre hombre, á quien se le tenía por medio loco y que acabó, en efecto, en monomanía bien acusada, el cual me decía en cierta ocasión: «No sabe usted bien, D. Miguel, cuánto sufro con una tontería que se me ha metido en la cabeza y que no sé desechar de ella. Es la cosa más desatinada que cabe concebir, lo reconozco, sé todo lo disparatada que es, pero no puedo con ella, me domina y me subyuga á mi pesar. Y hay días en que con tal fuerza me aprieta, que me quedo en casa y sin salir á la calle.» ¿Y qué es ello? le pregunté, alarmado por semejante preámbulo. Y me contestó: «Pues es ello que hay ocasiones en que doy



en pensar que yo, visto por fuera y á los ojos de los demás, soy enteramente distinto de como me creo ser y me conozco, y de que no estoy ni haciendo ni diciendo lo que creo hacer y decir, sino otras cosas muy distintas, y de que ahora, mientras me imagino estar contándole lo que quiero contarle, le estoy insultando á usted, y de que cuando creo ir por la calle muy mesurado y correcto, voy, sin saberlo ni quererlo, dando piruetas y haciendo contorsiones y gestos ridículos, y que las gentes que pasan, y me parece no me hacen caso, están burlándose de mí». Y al oírle hablar así, le dije: ¿Y cree usted que en mayor ó menor grado no nos pasa á todos lo mismo? De mí sé decirle que he perdido alguna para mí preciosa amistad porque cuando yo estaba diciendo una cosa me estaban oyendo otra muy contraria, y que cuando noto enfriamiento para conmigo en alguien á quien tengo conciencia de no haber faltado, me digo: algo que le dije sin saber.

Y esto tiene que suceder, por fuerza, á todo el que hable con el corazón en la mano y ponga su alma en cuanto diga; es lo que tiene que suceder al que tenga en vez de costra membrana, ó sea transparente aquélla. Porque las más de las personas cuando hablan de otro tienen en cuenta que se les está oyendo, y mienten en sus juicios, y si es amigo se callan sus defectos y le ensalzan sin tasa, y si es enemigo se callan sus virtudes y le deprimen sin compasión. Pero si dices la verdad y hablando, con cariño y respeto, de un amigo á quien quieres, mientas sus defectos, sólo te recogerán esto y le irán con el cuento de que le estuviste desollando.

Y esto lo veo yo muy bien en esta ciudad en que vivo, y donde se gastan los más espesos y más duros caparazones que he conocido en mi vida. Para crustáceos espirituales, créeme, no hay como los castellanos. Le estás tratando á uno años enteros, y no sabes si ha llorado alguna vez en su vida, ni por qué lloró. Son de una pieza. Y todo lo entienden en una pieza. No les pida el sentimiento del matiz, de la transición, de la media tinta, ni menos la comprensión de los contrarios. Para

ellos, lo que no es blanco es negro. Y ¡qué habilidad tienen para no entender cosa alguna á derechas! Y como son chismosos y cuenteros y encismadores, jamás puede estarse seguro con ellos. De mí puedo decirte que de cada veinte cosas que de mí te cuenten, si vienes acá y les oyes, las diez y ocho son mentira, y las otras dos están desfiguradas.

Algunos de ellos me echan en cara que, como me confío al primero que llega, y tengo con cualquiera confianzas, resulta que á todos los hago iguales y no distingo entre amigos y no amigos. No, todos son para mí hermanos, y creo que todo hermano es digno de nuestras confianzas. No he de ser yo quien responda del uso que de ellas haga. Pero ellos, los muy crustáceos, no se confían á nadie, y hasta he llegado á dudar si es que tienen cosa alguna que confiar. Su reserva no es más que vaciedad interior. Y así es que, ¡claro está!, cuando se juntan, tiene que ser para jugar al tresillo ó para murmurar del prójimo.

Y todo esto produce un enorme sentimiento de soledad. Y sólo me apena el que mis ocupaciones y mi cargo me impidan rodear y proteger esa soledad interior con soledad exterior, y aislarme de veras, retirarme á un desierto, no ya por cuarenta días, sino por cuarenta meses, y aun más, y dedicarme allí á fabricar un gran mazo, claveteado de grandes clavos, y endu-recerlo al fuego y probarlo contra los peñascos y berruecos; y cuando tenga uno á prueba de las más duras rocas, volver con él á este mundo y empezar á descargar mazazos sobre todos estos pobres crustáceos, á ver si, descachadas sus costras, se les ven las carnes al descubierto.

Mas al llegar aquí me ocurre una duda, y es si las costras se rompen desde afuera ó desde adentro. Afirmé antes que no se rompen sino desde fuera, que es otro el que nos la tiene que romper y quebrantar; pero me parece que lo afirmé muy de ligero, por lo muy redondamente que lo hice. Se trata nada menos que de la más grave y más honda cuestión de ética y de religión: la de si el hombre ha de redimirse á sí mismo ó ser

redimido por otro; la de si nuestro deber es romper nuestras cadenas ó ir encadenados á romper las cadenas de los demás.

Parece ser, si se piensa en ello con el corazón, que la verdad está en la combinación de ambos puntos de vista, y que las costras se rompen desde afuera y desde adentro á la vez. Vas á libertar á tu hermano porque sientes que hace él esfuerzos por libertarse ó porque te llegan sus quejas, y las quejas son ya deseo de verse libre, y el deseo de verse libre es principio de libertarse; y cuando él siente que empiezas á querer libertarle, redobla sus esfuerzos por hacerse libre, y redoblas tú los tuyos. Le oyes arañar el muro de su prisión, y empiezas á golpear en él desde fuera, y cuando oye tus golpes golpea él, y tú arrecias y él arrecia, y vais, él desde adentro y tú desde fuera, trabajando en una misma obra. Y es lo más consolador que mientras golpeas en su costra, como lo haces con la tuya, tanto trabajas por romper la de él como por romper la tuya propia, y él á su vez, mientras golpea en la suya, da golpes en la tuya. Y así toda redención es mutua.

Y aquí tienes lo que significa el valor del ejemplo. Yo no me sienta con fuerzas para coger á cada uno de mis prójimos, levantarlos en vilo y arrojarlos al otro lado del río, sino que espero que al verme saltarlo se digan: «cuando él, que no es, como nosotros, más que un hombre, lo salta, bien puedo saltarlo también yo»; y lo salten. Y este es el valor de los grandes solitarios: y es que enseñan á los demás hombres el valor de la soledad, y que se puede muy bien vivir en ella. Cuando aquel tu prójimo puede vivir en sí y de sí, bien puedes también tú vivir en ti y de ti. El solitario, lejos de desdeñar á los demás hombres, parece que les está diciendo: ¡sed hombres! El que insulta á una muchedumbre suele estar muy de ordinario rindiendo homenaje á cada uno de los que la componen.

Hace ya mucho tiempo que me está dando vueltas en la cabeza la idea de que el principio de la nueva edad, de la edad del espíritu—la primera es la de la naturaleza, y la segunda, en la que vamos entrando, la de la razón,—el principio de la

edad del espíritu será la muerte del pudor y el entronizamiento de eso que llamamos hoy cinismo. La gran institución social de aquella edad será la de la confesión pública, y entonces no habrá secretos. Nadie estimará malo el abrigar tal ó cuál deseo impuro, ó el sentir este ó el otro afecto poco caritativo, ó el guardar una ú otra mala intención, sino el callarlo. Y cuando eso llegue, y anden las almas desnudas, descubrirán los hombres que son mucho mejores de lo que se creían, y sentirán piedad los unos de los otros, y cada uno se perdonará á sí mismo y perdonará luego á todos los demás.

Y si desarrollas esta espléndida perspectiva de una vida nueva y de una edad gloriosa del espíritu, ten por seguro que los más de los que te oigan se te escandalizarán diciéndote que eso sería un infierno, y temblarán al sólo pensar que pudiera vérselos el alma al desnudo. Pero es que no son capaces de imaginarse lo que sería una sociedad en que las almas todas anduvieran desnudas, y no sólo la suya, y si se escandalizan es que no consideran el profundo cambio que eso traería á la sociedad. Es indudable que nos cuesta hacernos á la idea de que saliéramos en pelota á la calle; pero si fuésemos á un país en que todo el mundo anduviese así y todos estuviesen habituados á verse así desde que nacieron, no es menos indudable que habría de hacernos ruborizar allí el andar vestidos.

Como cada uno de nosotros cree tener jorobado ó con lacras y manchas el espíritu, tiembla de que se lo desnuden; pero si todos nos los desnudáramos y viésemos que los tenemos todos jorobados y con lacras y manchas, desaparecería nuestro temor.

—¿Y el pudor entonces?—se me dirá,—¿qué sería de ese precioso y dulce sentimiento, guardián de las más preciadas virtudes? El pudor no desaparecería, sino que cambiaría, haciéndose más elevado y más puro. El pudor entonces consistiría en no ocultar nada, en no tener secretos. Y se nos pondría el alma roja de vergüenza por haber callado algo á nuestros hermanos.

Ya sé que apenas lograrás convencer á nadie de esto, como apenas lo he logrado yo. Una de las mayores desgracias que pesa sobre el común de los pobres mortales es su falta de imaginación, y carecen más de ella los que más presumen de tenerla, confundiéndola lastimosamente con cierta memoria que nos trae á las mientes las imágenes que por ahí corren y pertenecen al común acervo. Es la falta de imaginación lo que impide á las más de las gentes imaginarse lo que sería una sociedad con otra base moral ó económica que la nuestra. Observa que cuando las gentes hablan de lo que sería la sociedad si desapareciese de ella la institución de la propiedad privada del suelo, pongo por caso—y esta es observación que la han hecho varios,—discurren como si borrada tal institución siguiese lo demás como hoy está constituido, y se dicen: «si desaparece la propiedad privada del suelo, desaparecerá la herencia; y si mis hijos no han de heredarme, ¿para qué habría de trabajar yo?, con otros razonamientos por la misma línea. Y así en todo. Que es como si al decirle á uno que le iban á dotar de alas empezase á calcular lo que él sería hoy con alas, sin advertir que dejaría entonces de ser el que hoy es para ser otro.

Fíjate y estudia á todos los sectarios, á todos los dogmáticos, á todos los que dicen y sostienen que si se borrara de la conciencia de los hombres tal ó cuál principio ético ó religioso que ellos creen el quicio de la vida social, la sociedad se destruiría; fíjate en ellos y estúdialos, y verás que de lo que carecen los pobrecillos es de imaginación. Un día le oí á uno de tales decir que sería imposible una sociedad bien ordenada si desapareciese por completo de todos y de cada uno de sus miembros el temor á las penas eternas del infierno y la creencia en ellas, el miedo al diablo y á la muerte. Y me dió lástima de tanta falta de imaginación y de sentido humano. El pobrecillo no se imaginaba que pudiesen obrar los demás el bien por motivos muy distintos de aquellos por los que él cree obrarlo. Y digo *cree*, porque estoy seguro de que él mismo no

se refrena de hacer el mal por los motivos por los que él cree refrenarse, sino que estos motivos los inventa *á posteriori* para explicarse á sí mismo su conducta. Porque sentimos una furiosa necesidad de explicarnos á nosotros mismos nuestra conducta y de darnos cuenta de por qué hacemos el bien ó el mal.

Y de esto mismo nos cura también la soledad enseñándonos á resignarnos á nosotros mismos y á aceptarnos tal y como somos y á perdonarnos nuestras propias faltas, sin intentar penetrar en su razón. Porque eso de tratar de explicarnos á nosotros mismos nuestra propia conducta viene de la necesidad en que á menudo nos vemos de tener que explicársela á los demás; y si nos empeñamos en buscar un fundamento á nuestras buenas acciones, es porque el prójimo desconfía de toda bondad que no se parezca á la suya, y no cree en que uno pueda ser bueno porque sí. Es también esta miserable vida social en que nos juntamos para huir cada uno de sí mismo lo que nos hace buscar fuera de nosotros mismos, en una norma social y colectiva, el fundamento de nuestras buenas acciones. Y por eso es por lo que la soledad nos enseña á ser buenos de verdad, y nos lo enseña la verdadera soledad, esa soledad que podemos conservar aun en medio del bullicio de las muchedumbres, y no recogiéndonos y encerrándonos en nosotros mismos, sino derramándonos en ellas.

Los grandes solitarios son, en efecto, los que más han derramado sus espíritus entre los hombres; los más sociables. «¿Quién describió la hermosa unión de los hombres más arrebatadoramente que quien se quedó solitario en la vida?», dice Kierkegaard, uno de los más grandes solitarios.

Y es ello natural, porque el solitario lleva una sociedad entera dentro de sí: el solitario es legión. Y de aquí deriva su sociedad. Nadie tiene más acusada personalidad que aquel que atesora más generalidad en sí, el que lleva en su interior más de los otros. El genio, se ha dicho y conviene repetirlo á menudo, es una muchedumbre; es la muchedumbre individualizada, es un pueblo hecho persona. El que tiene más de propio es, en

el fondo, el que tiene más de todos; es aquel en quien mejor se une y concierta lo de los demás.

Y es que hay dos clases de uniones: una por vía de remoción, separando diferencias de los elementos que se unen, y otra por vía de fusión, concordando esas diferencias. Si quitamos de la mente de cada uno lo que ella tenga de propio, aquella manera de ver las cosas que le es peculiar, todo lo que cela con cuidado por miedo á que se le tenga por loco, y nos quedamos no más que con lo que tiene de común con los demás, esto común nos da esa miserable quisicosa que se llama el sentido común, y que no es sino el abstracto de la inteligencia práctica; pero si fundimos en uno los distintos criterios de las personas, con todo lo que guardan celosamente, y concordamos sus caprichos, rarezas y singularidades, tendremos el sentido humano, que es, en los ricos de él, sentido propio.

Lo mejor que se les ocurre á los hombres es lo que se les ocurre á solas, aquello que no se atreven á confesar, no ya al prójimo, sino ni aun á sí mismos muchas veces, aquello de que huyen, aquello que encierran en sí cuando está en puro pensamiento y antes de que pueda florecer en palabras. Y el solitario suele atreverse á expresarlo, á dejar que eso florezca, y así resulta que viene á decir lo que á solas piensan todos, sin que nadie se atreva á publicarlo. El solitario lo piensa todo en voz alta, y sorprende á los demás diciéndoles lo que ellos piensan en voz baja mientras quieren engañarse los unos á los otros pretendiendo hacerse creer que piensan otra cosa, y sin lograr que nadie les crea.

Todo esto te servirá para sacar por tí mismo cómo y hasta qué punto es la soledad la gran escuela de sociabilidad, y cómo conviene á las veces alejarse de los hombres para mejor servirles.

Y como el tema es inagotable, conviene cortarlo.

MIGUEL DE UNAMUNO

## DE LOS HOMBRES Y DE SU VALER MORAL

---

Recuerdo muy bien que, de niño y de joven, tenía yo grandísimos deseos de llegar á ser un hombre hecho. Probablemente, esta aspiración, común á la gran mayoría de los jóvenes, debe de responder á algún designio oculto para nosotros, á alguna ley de vida de la cual no tenemos conciencia, como tampoco la tenemos de otras muchas, aun cuando á veces alimentamos la ilusión de explicárnoslas. A mí ahora no me importa ni siquiera intentar esa explicación. Lo que sí puedo decir es que, si yo quería hombrear, allá durante la infancia y la adolescencia, era porque me representaba á los hombres maduros como seres perfectos, bien diferentemente de lo que en el día de hoy me sucede. Eran ellos los que gobernaban y regían el mundo, los que lo hacían todo, y especialmente las cosas grandes, aquellas de que tanto provecho sacábamos. La vez primera que pisé los claustros de la Universidad para matricularme en «Facultad mayor», donde se formaban los hombres superiores y de donde había de salir yo siendo uno de ellos, ó siquiera uno de los que con ellos se codearan, se apoderó de mí una emoción tan intensa como después no he vuelto á experimentarla acaso nunca. Entré yo allí con muchísimo más recogimiento que en una iglesia. Y como la persona que me acompañaba, ó mejor dicho, me dirigía, que era un hombre ya cuarentón y de carrera, me hablaba de la Universidad en el mismo sentido, contribuyendo con sus advertencias y re-



flexiones á aumentar mi turbación respetuosa, llegué yo á creerme verdaderamente en el interior de un templo, en el templo de la sabiduría, cuyos sacerdotes y fieles sólo buscaban la ciencia, la virtud y el bien, y en los que no se encontraría nada de censurable.

La veneración llegó á su límite máximo cuando asistí á la primera clase. El profesor hablaba en ella desde un púlpito bastante elevado; nosotros, sus discípulos, le escuchábamos desde abajo, sentados en bancos, viejos por más señas, dentro de una sala antigua, grande, sin luz apenas, donde todo convidaba á la meditación y al pensamiento y el trabajo austeros. Parecía como si estuviéramos celebrando los misterios de un culto, cuyo sacerdote era aquel sér, para mí extraordinario, encaramado en la tribuna.

Era él un profesor muy encariñado con su oficio. Pocos he conocido como él. Estudioso, de talento más que mediano, aun cuando no pensador de primer orden y amplios horizontes, de palabra clara y reposada, ponía mucho cuidado en lo que decía, en hacerlo bien, con la mayor concisión, pulcritud y propiedad posibles, usando casi siempre el tecnicismo adecuado á las materias que trataba, en vez de valerse de perífrasis con las cuales llegar suavemente á dar explicación de ellas. No era gradilocuente, ni se pagaba gran cosa de hacer y redondear períodos hermosos. Su oratoria no era de este género, á lo menos en la cátedra (y fuera de ella yo no le oí nunca). De lo que se cuidaba mucho era de exponer con orden y claridad, y como hablaba, más aún que con énfasis, con la unci6n y el acento de sinceridad y entusiasmo de un ap6stol, es decir, con toda su alma, parecía que las palabras y frases saliesen del fondo de ésta, ó mejor, que con cada frase fuera dando aquel hombre salida á pedazos de su alma y entregándose los á los discípulos. Creo que con un cincel no pueden grabarse tan fuertemente las palabras como él lo hacía con su peculiar oratoria. Y luego ¡un hombre tan amigo de cumplir siempre bien con sus obligaciones! Seguramente son pocos los que to-

man tan á pechos como él lo tomaba el desempeñar á conciencia sus cargos.

Esta cátedra, la primera de Facultad á que yo asistí, conforme ya he dicho, me hizo grandísima impresión. Si yo hubiera sido capaz de trazarme entonces, ó de llevar ya trazado de antes, algún modelo de profesor universitario, sin duda ninguna que aquél lo encarnaba. ¡Qué diferencia entre él y lo que yo conocía de la segunda enseñanza! Me acuerdo muy bien de que así se lo escribí á uno de mis antiguos compañeros de bachillerato, que se había quedado en su ciudad natal, donde ambos lo habíamos estudiado juntos. ¡Aquello era estudiar; aquello era enseñar y aprender; aquello era preparar para la vida ulterior, vida de hombres, distinta de la vida de ahora, de adolescentes, provisional é imperfecta! A mis ojos, la ciencia no podía tener ningún secreto para los que la cultivaban. ¡Había unos hombres tan sabios, de tan superior entendimiento y cultura, que no parecía sino que ellos eran la perfecta encarnación del saber, los iniciados en todos los misterios del conocimiento! ¿Cómo habían de presentármeme entonces las mil y mil dudas y sospechas que hoy me ocurren acerca del valer de aquéllos en todos los órdenes? «El día que salga de la Universidad—pensaba yo,—convertido en hombre, ya no veré más las informalidades, envidias, formas mil de opresión, de prepotencia, de mentira, de injusticia, de inmoralidad, que estoy viendo á menudo entre los muchachos».

Llegó al cabo la anhelada época, y con ella el más grande de los desencantos, del cual no consigo verme libre. Pasé de la adolescencia á la edad adulta, entré en el gremio de los hombres, figuré entre ellos como uno de tantos, pude apreciar su valer y condiciones. Y por más que busco y he buscado lo que yo creí que constituiría en abundancia la característica de los hombres adultos, no he conseguido tropezar con ello. Paso ya de los cuarenta años, y por lo tanto, de la plenitud de la vida; tengo muchísimas canas, y he comenzado á declinar; no tardaré mucho en dar por concluída mi intervención en el

drama humano. Pero no logro persuadirme de que voy á entrar en la vejez, ni siquiera de que he dejado de ser niño. Mis primeros impulsos, el sentimiento general primitivo de mi sér, el más arraigado en mi conciencia, hasta constituir en cierto modo un juicio automático de la misma, es que soy físicamente un muchacho, como cuando tenía pocos años; y para rectificar esta creencia tan pertinaz me es necesario volver sobre mí y darme cuenta, por la reflexión, de que la realidad no es esa, y que se hace preciso abandonar tales sueños. Cuando veo á mis compañeros y condiscípulos de otros días, sobre todo si esto sucede después de una larga ausencia, me maravillo de encontrarles tan cambiados, y pienso entonces en la transformación paralela que yo también tengo que haber sufrido; me parece imposible que sean aquellos que yo conocí y traté, é imposible igualmente que desde entonces hayan trascurrido tantos años. No me hago á la idea de que tanto ellos como yo formemos ya parte del círculo de las personas graves y sesudas, y no del de los chicos informales y traviosos. Porque en lo que á mí toca—y es muy posible que les ocurra lo propio á ellos,—me reconozco tan informal, tan ignorante, tan ligero, tan miserable en todas las cosas—y en algunas de ellas acaso más—como entonces, sin lo bueno, en cambio, que entonces tenía. Mirándome por dentro y detenidamente, sondeándome bien, no solamente no me inspiro confianza en ninguna cosa, sino que hasta me asusto y me avergüenzo de mí mismo. Si mi capacidad mental y mi saber son tan limitados que apenas me permiten darme cuenta de cosa alguna (cuenta exacta y completa, absolutamente de nada), mi moralidad, por su parte, es muy poco delicada y firme.

Y he aquí uno de los motivos de mis mayores cavilaciones. Me fijo en los hombres entre los cuales ando, y á cuyo grupo pertenezco desde hace ya casi un cuarto de siglo, y los encuentro malos y ruines como yo. Son los mismos niños y muchachos de antes: sus juegos, sus intrigas, sus debilidades, sus envidias y bajezas, sus mentiras, sus venganzas, su imprevi-

sión, su alocamiento, su pobreza mental, su incultura, su débil moralidad, y, en cambio, sin las buenas condiciones que los niños, sobre todo los sanos, reúnen, tales como la alegría, la frescura, la prontitud y actividad, el olvido de los agravios, la reconciliación fácil y sincera. A cualquier parte adonde dirija la mirada, no percibo, en la trama que constituyen los hombres al cruzarse los unos con los otros, apenas otra cosa sino manifestaciones de egoísmo é inferioridad, opresión, maldades, desaciertos; y eso que solamente nos es dado ver lo que trasciende al exterior, pues si pusiéramos todos al descubierto nuestras entrañas espirituales, sería cosa de horrorizarse verdaderamente y avergonzarnos de encerrar tanta ponzoña y tanto vicio.

Siempre que leo ú oigo pronunciar la palabra «honradez», me viene esto á las mientes. Se llama honrado, sin excepción alguna apenas, todo aquel que no ha sido declarado criminal judicialmente, y honrada, toda mujer que, amén de esto, no sea una prostituta profesional, ó que, á lo sumo, si tiene devaneos, lo hace calladamente y sin escándalo. Nuestra delicadeza moral es tan burda, que no se siente herida más que con poquísimos actos, y éstos muy salientes y toscos. Los restantes se juzga que caen dentro de la categoría de lo lícito. En no habiendo entrado en la cárcel, aun cuando sea por haber sabido astutamente huir el bulto á los tribunales, más todavía que por no haber ejecutado hechos punibles, nos jactamos de ser buenos y exigimos que como tales nos consideren y traten los demás. Hacemos mucho daño á nuestros semejantes; sin embargo, como las leyes nos amparen para hacérselo, nuestra reputación y honorabilidad quedan intactas. «Soy una persona que no hace mal á nadie ni se mete con nadie», solemos decir en estos casos. Todo lo que no se halla rigurosamente prohibido, es permitido: tal es acaso la regla fundamental de nuestra conducta. Y por eso pudiéramos decir que los hombres honrados nos pasamos la vida entera buscando medios y procedimientos para hacer impunemente nuestro capricho: esto es, para

oprimir y explotar al prójimo, sin riesgo alguno por nuestra parte.

Somos muchos los que, conociéndola mejor ó peor, y á veces sin conocerla de ningún modo, rechazamos la doctrina darwiniana de la lucha por la existencia, y nos horrorizamos ó hacemos como que nos horrorizamos de ella. ¡Cuánto no se dice y se escribe á este propósito, execrando la aplicación del darwinismo al orden social, y diciendo que este último se rige por leyes distintas y superiores á las que gobiernan el mundo puramente biológico de las bestias! Pero ¿acaso no somos todos, á comenzar por los que hacen semejantes protestas, darwinistas de hecho? ¿Es toda nuestra vida algo más que lucha, bajo formas variadas, de los unos contra los otros? ¿No estamos continuamente predicando y practicando la guerra contra los que llamamos nuestros enemigos: guerra religiosa, política, económica, científica, industrial; lucha de clases sociales, de credos y confesiones religiosas, de sectas ó partidos, de escuelas artísticas, de agremiaciones mercantiles; guerra en nombre de Cristo, ó de Confucio, ó de Mahoma; guerra por la unidad religiosa ó contra la unidad religiosa, por el clericalismo ó contra el clericalismo, por la Monarquía ó por la República, por la Democracia ó contra la Democracia, por el libre cambio ó por el proteccionismo, por la forma tal ó cuál de impuestos; por la victoria de este ó aquel sistema filosófico ó científico, por una ú otra región, provincia, ciudad, barrio, etc.?

Y aparte de estas contiendas, que podemos considerar como colectivas, y en todas las cuales no se busca á la postre sino la dominación, tampoco las relaciones individuales se componen de otra cosa, en su mayoría, más que de actos de prepotencia, persecución, desconfianza y hostilidad de unos hombres contra otros. El «orden» legal y la denominada protección jurídica que los poderes del Estado prestan no son sino la reglamentación de estas luchas. Cuando yo digo que tengo, frente á alguien, tales ó cuáles derechos, lo único que quiero significar

es que las leyes me otorgan facultades para oprimir á este alguien, sin responsabilidad alguna y sin que el ejercicio de la opresión por mi parte suponga actos de los que empañan la honradez. Las llamadas atribuciones de las autoridades de todos los órdenes y especies tampoco indican más sino que esas autoridades pueden ejercer presiones y exacciones impunemente sobre los individuos sometidos á su poder.

Cuánto nos subyuga á todos el ansia de poseer y ejercitar esas facultades y atribuciones, apenas hay necesidad de decirlo. Tocante á las autoridades, hay pocas cosas que atraigan y embriaguen tanto como poder mandar. La teoría es que los órganos de la autoridad ejercen ésta, no ya para beneficio y satisfacción de sí mismos, sino en provecho y para auxilio de los subordinados; que tales órganos son, en lo tanto, siervos y no señores (*servus servorum Dei* se llama el Papa, la superior autoridad), y que cuando se les confía aquélla, más aún que derechos y exigencias, lo que se les otorga son obligaciones. Sin embargo, de hecho, las cosas no suceden así sino muy contadas veces. Generalmente, el ejercicio del mando proporciona rendimientos y satisfacciones de toda clase. Por lo pronto, se juzga uno en posición preeminente con relación á los demás y con facultades para disponer de ellos y regir su conducta más ó menos á capricho; y esto nos llena el alma de gozo, y la cabeza de humo y desvanecimiento. Nos place sobremanera ser temidos, y las autoridades pueden á maravilla manejar el resorte del temor. Luego, ¡es tan grato para nuestro endiablado orgullo vernos rodeados de privilegios y distinciones, envueltos en incienso, colmados de elogios, no obstante saber que éstos sean interesados y mentidos, precio de favores, complacencias, injusticias! Y es lo particular que siempre, sin excepción, ó con muy pocas, si es que se da alguna, pensamos que el agasajo es debido á nuestros merecimientos propios, frente á los cuales es aún pequeño, y no se lo debemos al cargo ó autoridad que ejercemos; sin embargo de lo cual, aparentamos engañarnos y engañar á los demás diciendo lo contrario. He aquí poco

más ó menos la fórmula, copiada de un discurso auténtico, pronunciado hace poco por una autoridad en una fiesta dada en honor suyo; pero que, con escasas variantes, es idéntica á la que oímos ó leemos muy á menudo en casos análogos: «Ante vuestro homenaje, por lo grandioso, lo espontáneo y lo expresivo, he vacilado. Y no han sido mis dudas para aceptarlo el temor á que los que mal piensan y peor sienten aprovechen la ocasión para dar rienda suelta á sus bajas pasiones. No: lo que me ha hecho vacilar es el arraigado convencimiento de que no merezco distinción tan alta. Mas á la par que así pienso, la faz negativa de mi pensar fué cohonestada por la idea de que la manifestación de simpatía se hacía al... (aquí el nombre de la autoridad correspondiente: ministro, gobernador, alcalde, etcétera)». He aquí unas manifestaciones en las que podría asegurarse, sin temor á equivocación, no resplandece mucho la sinceridad. Pero ésta, ya lo diremos, ¡domina tan poco!

Entre los individuos, como tales, pasa lo mismo que cuando algunos de ellos ejercen poderes autoritarios. En las constantes luchas de diferentes especies que sostienen unos contra otros, lo que ante todo les interesa es predominar y vencer, igual que pasa y ha pasado siempre con los luchadores. Se acude para ello á mil medios que, en tesis general, se consideran moralmente reprobables. Véase lo que acontece, por ejemplo, en las contiendas judiciales, forma frecuentísima de hacerse mutuamente daño. Así el litigante como sus patronos, procurador y abogado, se valen de todos los recursos que pueden, con tal de conseguir lo que persiguen, que es quedar encima; no teniendo reparo alguno, y antes bien, juzgando obligación suya alterar para ello la verdad, desfigurarla, sorprender al contrario, aprovecharse de sus descuidos, inexperiencia, candidez ó lealtad, usar de tretas y astucias, celadas y otras malas artes. La mentira y la falsedad ejercen aquí un imperio grandísimo. Ya lo indica así el lenguaje ordinario cuando, para dar á entender que alguno se sirve de razonamientos falsos, traidores, alambicados, llenos de argu-

cias y sofismas, los califica de «curialescos» ó «abogadiles».

Ahora conviene observar que semejante modo de conducirse los hombres entre sí, ni se tiene por ilícito, ni es excepcional, sino, antes bien, todo lo contrario. Que no se reputa censurable lo demuestra su propia frecuencia y generalidad, y, sobre todo, el hecho de hallarse regulado y amparado por la ley. Decid á uno de los que se aprovechan de esos medios y esos argumentos que los mismos son insidiosos é indefendibles, del propio modo que es también reprobable el ansia de victoria y dominación á que ellos sirven de instrumento, y os contestará que no pueden ser malos cuando los tolera, y aun los recomienda y ofrece, la ley. Es verdad que puede argüirse diciendo que la ley no es la causa de que se utilicen del modo dicho los medios que en ella se contienen; pero, de un lado, es indudable que ella regula y, por consecuencia, autoriza y declara lícitas multitud de luchas y contiendas entre los individuos, ó sea miles y miles de formas de prepotencia y explotación de unos sobre otros, y por otro lado, es incuestionable también que á nadie se le tiene por inmoral, ni menos por malvado ó injusto, porque, sin salirse de la ley, se las arregle como mejor pueda para sobreponerse y someter á sus antojos á los otros hombres, lanzando contra éstos, y en forma legal, los proyectiles de toda especie que tenga á mano.

¿Qué de extraño tiene—alegará con razón alguien—que suceda así dentro de la esfera de lo legislado, si fuera de ella es también ordinario y corriente tal modo de proceder? Se comprendería bien que la opinión pública motejase de inmoral al hombre que empleara su ingenio en esgrimir contra sus adversarios ó, lo que es igual, contra sus prójimos las armas que las leyes ponen á su disposición, en el caso de que semejante proceder fuera realmente excepcional, esto es, cuando en las relaciones extralegales se condujesen mutuamente los individuos de otra manera. Pero ¡si no es así! ¡si no hay esfera alguna, de las dejadas por la ley á la discreción y arbitrio individuales, en que no se engañen, no se opriman, no se estafen,



no se hagan daño en infinitas formas unos á otros, y esto con el beneplácito de la opinión, que es como si dijéramos con la aprobación de las costumbres, fuente de las reglas morales! Los abusos, excesos, exacciones y prepotencias ejercidos al amparo de la ley, ante los Tribunales de Justicia y demás autoridades y con el apoyo de éstas, constituyen, pues, algo que encuadra perfectamente en el medio moral y mental en que vivimos, algo que se puede llamar producto necesario de éste, en el cual tiene sus más hondas raíces, en lugar de encontrar su condenación.

¿No es una prueba clarísima de lo que acaba de decirse el hecho de que, cuando alguien, más escrupuloso moralmente de lo que la generalidad de los coasociados suyos suelen serlo, condena ó reprueba acciones de éstos que le parecen censurables porque no consueñan con su temperamento psíquico, los demás contestan que el conducirse como lo han hecho sus compañeros es ¡muy humano! (lo que equivale casi siempre á decir: muy brutal y torpe), y que el no hacer, en su caso, lo mismo que ellos han hecho, es afán de distinguirse, ser un presumido, un chiflado, un idealista, un individuo que no vive dentro de la realidad, pues ésta se halla amasada con rencores y odios, con brutalidades, con indelicadezas y groserías, con coacciones, con engaños, con sorpresas, con usurpaciones? Por eso—se añade—es por lo que los hombres son hombres, y no ángeles.

Pues esta precisamente es mi preocupación y mi matanza. Si son esto los hombres—y esto son, no hay duda,—¿qué hombres son éstos y qué son los hombres? ¿Dónde están los hombres honrados? ¿Los hay, por ventura, no obstante que bien á menudo nos calificamos de tales? ¿Hay alguno que no sea delincuente? Yo quisiera que se me contestase á estas preguntas y que se me dijera en qué consiste la característica de la honradez y la de la criminalidad, pues yo no encuentro tal característica fuera de la ley, que es tanto como decir en una forma nueva de prepotencia ó iniquidad, supuesto que las leyes son una manera de imposición de unos hombres sobre otros, y las

penales son la declaración que hacen algunos individuos que á sí propios se califican de «honrados», porque disponen de fuerza para hacerlo, de que aquellos otros que practiquen determinadas cosas que á ellos, á los «honrados», no les convienen ó no les parecen bien, serán declarados delincuentes y tratados como delincuentes. Mas notemos que si estos últimos hacen mal, no se comportan de manera distinta que como nos portamos todos, los «honrados» inclusive, los cuales practicamos todos los modos de obrar que denominamos punibles, ora lo hagamos protegidos por las leyes, ya extralegalmente; y tengamos en cuenta, por otro lado, que si para explicarnos y disculpar las inmoralidades é injusticias legales ó ilegales de los «honrados» nos servimos del socorrido ¡es muy humano el obrar así! y del ¡si obrásemos de otro modo seríamos ángeles!, parece que estos mismos argumentos serán aplicables á los delincuentes, y que de tal manera quedarán justificadas, ó exculpadas cuando menos, las injusticias é inmoralidades que ellos cometan. Usar aquí de dos pesos y dos medidas no habiendo fundamento para ello, supuesto que la conducta es idéntica en ambos casos, y ni siquiera se distinguen siempre por su intensidad, me parece cosa poco equitativa y razonable.

Quedemos, por de pronto, á un lado á los delincuentes legales, ya que éstos, hasta por declaración judicial, son tenidos por hombres malos, y fijémonos en los otros, en los buenos y honrados legalmente. De sus prepotencias, sus ansias de mando y dominación, del ejercicio de lo que denominan «derechos» suyos frente á otros hombres, y que no son sino modos de esclavizar á éstos, ya se ha dicho algo. Añadiremos ahora que, en materia de escrúpulos sobre asuntos de propiedad y de honra, no alcanzamos tampoco un alto nivel. No solamente las consabidas «costumbres mercantiles» son demasiado laxas, de manera que el oficio de comerciante consiste en obtener los mayores redimimientos que se pueda, aun con auxilio del regateo y el engaño (y ya se sabe que Mercurio protege por igual á mercaderes y á ladrones), sino que, por este respecto, pocas

gentes puede haber á quienes no cuadre el calificativo de comerciante. En nuestras relaciones contractuales y otras análogas, procuramos todos obtener de la otra parte el mayor provecho posible, y dar en cambio lo menos posible. Representémonos ú observemos lo que pasa en las transacciones diarias y en la prestación de trabajo á jornal. Los contratantes se miran como verdaderos enemigos cuyos intereses son opuestos, y se trata de ver quién engaña á quién y le vence en astucia y socarronería (á pesar de que el dolo, según dicen los juristas, vicia y anula los contratos). Hablamos con frecuencia del fraude y la sofisticación de algunos artículos, como pasa, verbigracia, con los que forman la base de nuestra alimentación, y censuramos y perseguimos á quienes los realizan; pero, bien mirado, ¿no constituyen la sofisticación y el fraude la base de toda nuestra vida presente, el contenido de una gran parte de nuestra moral? Yo quisiera que se me dijese si solamente engañan y hurtan (sin violación de la ley ni de la moral, por supuesto) los comerciantes, y no hacemos lo mismo todos, desde el más alto al más bajo, cuando, para satisfacer nuestra ambición, ó simplemente nuestros deseos juzgados lícitos, desalojamos de su puesto á quien lo está ocupando, para colocarnos en su lugar nosotros ó algún pariente ó deudo nuestro; ó cuando utilizamos la recomendación y la influencia con igual fin, dejando en la calle á nuestro prójimo, mucho más necesitado á veces que nosotros, que podemos no serlo nada; ó cuando, sirviéndonos de nuestra riqueza, montamos industrias y negocios en grande, arruinando con ello, gracias á la competencia, á una multitud de personas que vivían al amparo de sus industrias y negocios en pequeña escala.\* La enumeración de casos como éstos se podría alargar muchísimo, ya que, al cabo, la vida social entera se nutre de ellos (1). Desde la conquista, la

---

(1) Muy recientemente he presenciado los dos casos siguientes, que no habría por qué citar si fuesen raros y excepcionales. Pero sucede todo lo contrario: á cada momento están ocurriendo otros análogos, sin que las

posesión y el ejercicio del cargo de jefe del Estado y de ministro, hasta los de peón de albañil, barrendero ó cavador, en todo cuanto hacemos hay mezcla abundante de engaño, de violencia, de competencia innoble, de farsa. Las elecciones políticas y administrativas, las oposiciones y concursos para cubrir puestos de cualquiera clase, nos ofrecen ejemplos típicos de lo que acontece en todos los órdenes.

gentes se sorprendan mucho por ello. Los abogados y los jueces pueden decirnos si el obrar así es ó no frecuente, y si los que de tal modo obran experimentan remordimientos y escrúpulos de conciencia, ó si juzgan que ejercitan un derecho, y si para lograr la satisfacción de éste es precisamente para lo que buscan el auxilio de ellos, de los abogados y jueces.

—Una señora había formalizado una escritura de venta, ante notario, por la que transmitía sus bienes á su yerno; la venta era simulada; pero al querer la dueña de los bienes readquirirlos, el yerno se ha negado á ello y se ha quedado con los mismos sin reparo alguno.—Un viudo que tenía en usufructo vitalicio ciertos bienes inmuebles de su primera mujer contrae segundas nupcias; al morir después el usufructuario, su viuda, la segunda mujer, se niega á entregar dichos bienes á los dueños de ellos mientras no justifiquen judicialmente que les pertenecía su propiedad. La viuda en cuestión obra de este modo sabiendo bien que los inmuebles no eran de su marido, pero sabiendo también que ni había título alguno justificativo de la propiedad de tales bienes, ni el testamento en que se disponía de éstos en la forma dicha estaba debidamente formalizado. Lo que se proponía, según dijo, era una de estas dos cosas: ó marear y cansar con dificultades á los acreedores de los bienes, para quedarse á la postre ella con ellos, ó, de lo contrario, obligar á dichos acreedores á gastar más dinero, tiempo y paciencia de lo que representaba el valor de los mentados bienes, que era bien poco.—Es de advertir que ambos casos han ocurrido entre gente humilde del campo, donde á menudo decimos que la moralidad es más firme que en parte alguna; que los protagonistas son tenidos por gente honrada y sumamente buena, sobre todo la viuda de referencia, y que lo ocurrido no ha extrañado ni llamado grandemente la atención á nadie; muchos lo aplaudían é incitaban y abrían los ojos á las personas dichas para que no desistieran de sus pretensiones y para que se aconsejaran de abogados, como lo hicieron en efecto, sobre lo que debían hacer, á fin de salir adelante en ellas. ¡Mejor prueba de que el apoderarse á mansalva de cosas ajenas no se mira como pecado ni como delito...! ¡Y cuántos, pero cuántos pleitos no son otra cosa sino esto! Si el tejido de la vida social actual no se compone principalmente de bribonadas, éstas por lo menos tienen en él una gran parte.

Maneras de fraude son la mentira, la falta de sinceridad y de exactitud, formas diferentes de un mismo vicio. Exactos y sinceros no lo somos, los españoles menos que nadie, habituados como estamos á no cumplir nuestras palabras y promesas, á no concurrir á las citas ó no acudir á la hora justa, sino siempre tarde, á hacer de cualquier modo aquello á que estamos obligados. Nuestra moralidad es en este punto tan complaciente como acaso no quepa más. Apenas se censura á nadie por ser embustero, y mucho menos todavía por no ser sincero ni exacto. Hasta llega el caso de hacer objeto de burlas á alguno, *rara avis*, que pretenda comportarse bien en todo, obrar escrupulosamente, no perder tiempo y decir la verdad sin reservas mentales, subterfugios ni palabras ambiguas.

Y en punto á vanidad, ¡de cuántos pecados tendríamos que acusarnos si fuéramos sinceros y mejores! Es, yo creo, éste el mal de los males, el más extendido y arraigado. Sirve de fuente á otros que, sin él, ó no existirían absolutamente, ó tendrían mucha menos intensidad. De no ser tan vanos, tan neciamente vanos como somos, ni nos dejaríamos llevar de la ambición hasta el extremo ridículo á veces á que ésta nos arrastra, ni nos consumiría tanto la sed de mando y prepotencia, ni habríamos menester, del modo que hoy lo necesitamos, servirnos de la mentira, el dolo, el encubrimiento y la farsa; cosas todas que tienen la vanidad como soporte y aliciente poderosísimo. La vanidad, dicen los criminalistas modernos, es un distintivo de los grandes delincuentes, de los verdaderos; por el ansia de verse retratados y comentados por los periódicos y andar en boca de las gentes, siendo pasto de la conversación diaria, se cometen muchos delitos ó se ejecutan éstos rodeándoles de determinadas circunstancias.

Pero yo pregunto: ¿No es este fenómeno muy común? ¿No caemos todos también aquí, con facilidad, ó nos aproximamos mucho á la condición de los delincuentes? Por hallarnos en sitio visible y ser objeto de la admiración, el homenaje, el aplauso, la solicitud y el respeto, aun medroso, de los demás,

somos capaces de cualquier cosa. Si en algún servicio en que nosotros hayamos intervenido han intervenido también, y acaso mucho más que nosotros, otras personas, ya procuramos atribuirnos á nosotros el éxito, principal ó exclusivamente, ocultando ó regateando el mérito de los demás. Asimismo, disputamos á menudo la prioridad de ciertas ideas, ciertas teorías, ciertas invenciones, presentándonos nosotros como los primeros que le han dado vida. Nuestras afirmaciones y doctrinas las defendemos á toda costa cuando otros las atacan ó critican, en vez de dejar que cada uno diga y censure lo que le plazca. Si podemos, hasta nos erigimos en jefes de un partido, escuela ó grupo, excomulgando á los heterodoxos, combatiendo y persiguiendo á los que no se sometan á nuestras órdenes y procurando siempre arrimar el ascua á nuestra sardina y ganar muchos prosélitos que nos admiren y halaguen con sus alabanzas. Cuando nadie nos lisonjea, ó por lo menos no nos atiende en nuestras pretensiones y arrogancias; nos creemos con derecho á quejarnos. Recuérdense, por ejemplo, las lamentaciones que suelen formular los literatos, sobre todo los jóvenes, por creer que se hace el silencio en derredor suyo injustamente. Al revés, si hablan mucho de ellos, y especialmente cuando se hace en forma laudatoria, su vanidad se esponja hasta los límites de lo increíble. Un banquete, una estatua, un arco de triunfo, nuestro nombre puesto en una calle, el acuerdo de una corporación en honor nuestro, un artículo laudatorio de periódico, y tantas otras manifestaciones análogas, nos sacan de quicio. ¡Y cuánto fraude y cuánta afectación anda á menudo aquí de por medio! Frecuentemente, somos nosotros mismos, los agasajados ó elogiados, quienes de un modo más ó menos directo promovemos y preparamos el bombo, el banquete, el acto literario, donde después nos deshacemos en muestras de agradecimiento por las deferencias que se nos tributan, y que nosotros aceptamos, «no seguramente como honor atribuído á nuestras personas, que nada significan ni valen; sino á las ideas en que comulga-

mos (de libertad, de tolerancia, de progreso, etc.), al sistema que defendemos, á la escuela que representamos, al cargo que ejercemos inmerecidamente...» Una verdadera farsa.

La cual quedaría *ipso facto* suprimida desde el instante en que se acabara con tales homenajes y testimonios de adulación, depresivos la mayoría de las veces, igual que la limosna, tanto para el que los recibe como para quienes los tributan. Esos homenajes tienen la significación de recompensas, y por lo tanto, se fundan en la concepción retributiva, ó sea en la de responsabilidad y merecimiento ó demérito, la cual es, á juicio mío, eminentemente perturbadora y equivocada. Se rinden, ó mejor dicho, se deben rendir honores y testimonios de consideración, respeto, agasajo, á quienes lo merezcan ó se supone que lo merezcan por su virtud, por su ciencia, su valor cívico, su liberalidad. Son, por consiguiente, un mero signo. Ahora, por un fenómeno de trasposición, muy frecuente también en otros órdenes, el signo se sobrepone á la cosa representada y se hace objeto de culto. Las gentes persiguen, no la virtud, el valor, el saber, la prestación de servicios, el bien de los semejantes, esto es, la base del homenaje, sin mirar á éste, que es una pura consecuencia; persiguen el homenaje por sí mismo, para que, juzgando por la señal externa, les supongan valerosos, virtuosos, sabios y humanitarios. Y esto, no cabe duda, es engañar y cultivar la mentira y el fraude.

La menguada vanidad, como nos atrae y subyuga tanto, reviste formas muy variadas. Seríamos los primeros en todo si nos fuese posible, y el no conseguirlo nos desespera con harta frecuencia y nos hace murmurar de otros y hostilizarles. La educación misma secunda y favorece tal aspiración, pues se nos estimula constantemente á subir á los primeros puestos, subida que no suele poder hacerse sino derribando á otros, abriéndose paso por entre ellos y, por consecuencia, causando daño. La tendencia á ocupar puestos altos, visibles, y no ciertamente por hacer bien desde ellos, sino para satisfacción de nuestra hinchada y pueril vanidad, nos hace pensar en poster-

gaciones inmerecidas, en olvido de nuestros merecimientos y dotes, en injusticias cometidas con nosotros, las cuales multitud de veces son puramente imaginarias. Y en balde pretendemos encubrir en ocasiones esta vanidad con una mentida modestia. No dejan de presenciarse pugilatos en los que unos á otros individuos, 'haciendo protestas de humildad por su parte y diciendo que reconocen mejores méritos en los demás, se ofrecen *desinteresadamente* aquellos mismos honores, cargos, jefaturas, presidencias... que, por dentro, cree cada uno que le son debidas y está ardientemente deseando; lo que no impide que, después de conseguido lo que tanto estábamos apeteciendo, 'digamos que nos hubiera dado igual no lograrlo, que nada salimos ganando con ello, y hasta que representa para nosotros el sacrificio de nuestros intereses, de nuestra tranquilidad, de nuestro buen nombre.'

Vanidad, simple vanidad es esa fama por la que mostramos tanto cariño y cuya adquisición procuramos sin perdonar medio, aun los indignos y vergonzosos, como la adulación, la humillación, el suelto laudatorio pagado, el silencio, los servicios injustos prestados á quien nos puede bombear y ayudar á subir; vanidad, el gusto de vencer y quedar encima, en guerras, en luchas de todo género, en desafíos, en pleitos, en polémicas, en disputas, no vacilando en desfigurar y tergiversar lo que nos convenga (celadas, argucias, falsedades y mentiras), con tal de conseguir lo que buscamos; vanidad, el ansia de distintivos y condecoraciones, ese ansia que hace que se proteste, hasta por ciudades enteras, contra el Gobierno, por si éste, á consecuencia de un viaje real (1), otorga mayor ó menor número de cruces y bandas aquí que allá; vanidad, las mil y mil cuestiones de etiqueta que están ocurriendo diariamente, por si yo debo ir antes que tú y sentarme, con preferencia á tí, á la derecha de Fulano; vanidad, el uso de emblemas, de

---

(1) Se alude á los que Alfonso XIII realizó en la primavera de 1904 por diferentes provincias de España.



títulos y tratamientos, de ciertos trajes, de cintajos, de mem-  
bretes, de antefirmas, de tantísimas otras cosas...

Viendo cuán arraigado y difundido se halla entre los hom-  
bres este sentimiento, no puede uno menos de hacerse las si-  
guientes preguntas: ¿Qué van ganando aquéllos con ser vanos?  
¿Es socialmente útil la vanidad? ¿Produce á lo menos benefi-  
cios individuales? ¿Se puede decir que, en último resultado,  
todo, absolutamente todo, es vanidad de vanidades, cosa vana  
é inútil, y que, por consecuencia, la vida toda es una sarta de  
mentiras? ¿Son vanidosos los animales? ¿Daría provechosos  
resultados, desde el punto de vista social, el renunciamiento  
completo, el completo altruísmo? Quédense aquí, sin contesta-  
ción, estas preguntas, pues no es ahora el momento oportuno  
para dársela, y pasemos á otra cosa.

\*  
\* \*

Que estamos los hombres llenos de malas cualidades y de  
malos instintos, saturados de miseria espiritual, hechos unos  
delincuentes de mayor ó menor intensidad y peligro, ahogados  
en una atmósfera de consistencia moral muy escasa, no parece  
factible ponerlo en duda. Lo que hemos expuesto anteriormen-  
te lo comprueba bien. El mal es constante y está trabajando á  
todas horas, aunque de un modo silencioso; nos hallamos ha-  
bituados y como connaturalizados con él, y lo miramos como  
cosa normal y necesaria. A veces, sin embargo, surge un inci-  
dente inesperado que descubre demasiado la ponzoña, y en-  
tonces es el escandalizarse y alarmarse, ó el fingir que nos es-  
candalizamos y alarmamos, al ver las grandes ramificaciones y  
derivaciones que el abuso tiene, formando una red tan exten-  
sa y tupida, que en ella están cogidas multitud de personas,  
aun aquellas que menos se podía temer, aun las que ocupan  
los puestos más visibles y delicados, las encargadas de guiar y  
dirigir á las otras. Pero el turbión pasa como una fiebre re-  
pentina y suelta, y todo vuelve entonces á quedar lo mismo

que estaba; fué un relámpago fugaz que nos deslumbró un instante, mostrándonos confusamente la podredumbre que constituye el fondo de nuestra vida ordinaria, y que se apagó de repente sin permitirnos siquiera percibirla bien. El torrente de sangre envenenada que nos nutre suspendió un instante su curso en alguna pequeña parte del cuerpo, para reanudar-lo en seguida y volverlo á dejar todo enteramente lo mismo que antes estaba, ó acaso peor. ¿No han sido esto los llamados grandes escándalos, promovidos en algunos Estados y ciudades modernamente: el de la *Pall Mall Gazette* y otros varios análogos, en Londres; el de las condecoraciones y el de Panamá, en Francia; el del Banco Romano y algún otro, en Italia; el de Pepe el *Huevero* y el de la estafa del *Cantinero*, en Madrid?

Cuando dos años ha, con motivo de este último hecho, se vió lo que es nuestra policía y lo que hace, los periódicos y todo el mundo hicieron grandes aspavientos. Y esto es lo que á mí me extrañaba. Pues yo me decía: Si hay ahora motivo para lanzar quejas y escandalizarse, el escándalo no debe cesar, porque esto mismo es moneda corriente y el pan nuestro de cada día: la policía y las autoridades, y los que no somos ni lo uno ni lo otro, hacemos á todas horas lo mismo, porque está en nuestras costumbres, es decir, en nuestra moral. Y si no, ahí va un ramillete de muestra. Es cosa sabida lo que son nuestros gobernadores, la superior autoridad de nuestras provincias. Ellos comercian con todo: con la higiene, con el juego, con las empresas de espectáculos y otros negocios, con los Ayuntamientos y sus alcaldes... Un político de bastante viso, y ministro actual, el conde de Romanones, dijo una vez en un discurso pronunciado públicamente que los gobernadores se sacan de lo peor de cada partido; y esta es la hora en que tal especie no ha sido rectificada. Por supuesto, que aun cuando Romanones no lo hubiese dicho, no había necesidad de ello, porque todo el mundo estamos perfectamente enterados. ¡Qué gobernadores he conocido yo! Romos como un leño, de inteligencia, y capaces de tragarse y digerir una montaña, en punto á mora-

lidad. Y claro es que «ves Frades, ves los demás lugares», y «por el hilo se saca el ovillo». Lo que yo no creo es que los gobernadores sean lo peor de los partidos. Son como todo y como todos los demás individuos que los forman, ministros inclusive, y como es también el plasma social de donde unos y otros salen. ¡Cuántos desaguizados, conocidos unos, ocultos otros, cometen, aun á sabiendas y con toda intención, los ministros, y los magistrados, y los jueces, y los alcaldes, y *tutti quanti!* Todos ellos, por lo menos, atienden y hacen recomendaciones y utilizan las influencias, que son un arma de opresión, de despojo, de hurto. La administración, por antonomasia así llamada, y la justicia, allá se van, en esto como en todo. Pestes se dicen, con muchísima razón, de las oficinas administrativas, de la lentitud con que proceden, del desbarajuste que en ellas reina, de la ineptitud, venalidad, grosería y desatención de sus empleados, del modo como se reclutan éstos; pero ¿y de los Tribunales de justicia, ó sea de la Curia? Se la considera como uno de los peores enemigos. Y aunque lo corriente, y casi me atrevería á decir que lo convenido, es hablar mal, desde arriba sobre todo, por los ministros y fiscales del Supremo, diputados, etc., sólo de la justicia municipal, lo cierto es que todos los grados de la administración de justicia están lo mismo. ¡Cuántos, pero cuántos cohechos y prevaricaciones más ó menos graves se cometen! ¡Cuántos casos como el sonado del *Ratón Pelao!* Si todos ellos dieran lugar á proceso, sería necesario crear otra magistratura para perseguir y encausar á la que actúa ahora. Por lo que toca á los auxiliares y dependientes de los Tribunales, como abogados, procuradores, escribanos y demás curiales, preferible es... *iguardare e passare!*

¿Y qué decir de otras instituciones y personas? A las Diputaciones provinciales y á los Ayuntamientos se les ha comparado muchas veces con Sierra Morena. De cuando en cuando habla la prensa de chanchullos de esta Diputación ó el otro Ayuntamiento; de Inclusas que no tienen nodrizas, ó si las tienen no las pagan; de hospitales de dementes, donde por espa-

cio de años y sólo por causa de arbitrariedades y venganzas se tiene encerrados á muchos individuos sanos; de niños expósitos que mueren á montones por falta de alimentación; de provincias enteras donde se defrauda, gracias al poder del cacique, en el contingente de quintas, y donde se oculta, merced al mismo influjo, muchísima riqueza; de resoluciones provinciales, municipales y judiciales inspiradas por el propio cacique; de traslado de los jueces y demás funcionarios que á éste no le convienen ó agradan; de carreteras parlamentarias; de tantas otras lindezas semejantes.

Los tribunales de oposiciones, á cualquier cosa que sea, á escuelas, á cátedras, á registros, á notarías, á médicos de baños... se venden á menudo, ya por dinero contante y sonante, ya por cosa que lo valga, como promesa del ascenso, credenciales, recomendaciones, servicios de mil géneros. Los jefes de Obras públicas, de minas, de montes, y los ingenieros, ayudantes, capataces, inspectores y demás, pasan por todo con harta frecuencia, siempre que ande de por medio dinero ó algo que á dinero equivalga. ¿Y para qué otra cosa más que para esto sirven y han servido jamás los inspectores del timbre, los de la contribución industrial, los investigadores de propiedades y derechos del Estado, algunos de los cuales se han hecho ricos en pocos meses? Y las perdidas colonias, ¿no se ha dicho en todos los tonos que tampoco sirvieron sino para que ciertos empleados fuesen á expoliarlas?

No se olvide tampoco lo que no hace mucho aconteció en nuestro Parlamento con motivo de las incompatibilidades de diputados y senadores. Hay una ley que las regula, pero no se cumple. En Marzo de 1904 se revolvió un tanto esta cuestión en el Congreso, á causa de ciertos incidentes ocurridos en él, y durante los cuales los diputados, igual que sucede en análogas ocasiones de lucha, se acusaron recíprocamente. La marejada se apaciguó pronto á gusto de todos; pero fué por que quedaron las cosas igual que estaban antes, ó lo que es lo mismo, dejando incumplida la ley por parte de aquellos mis-

mos que la habían hecho; no sin que antes declarara el propio presidente de la Cámara, 'el Sr. Romero Robledo, en la sesión del 22 de dicho mes, que había diputados en ella que, de cumplirse la ley, tendrían que optar entre el cargo de diputado y el empleo retribuido que disfrutaban; pero que él no estaba dispuesto á cumplir lo prescrito, porque desde el año 1886, en que el conde de Xiquena pidió que se aplicara con rigor el artículo 208 del Reglamento del Congreso (acerca de la incompatibilidad), ese artículo *no se ha cumplido ni una sola vez.*

Los médicos certifican en falso continuamente, sin el menor escrúpulo; los abogados responden muy bien al concepto que de ellos tenía Manzoni, cuando pone en boca del doctor Azzecca-garbugli las siguientes palabras dirigidas á Renzo, su cliente: «al abogado hay que contarle las cosas claras; nosotros somos después los encargados de embrollarlas. Mirad: sabiendo manejar bien las leyes, ninguno es reo y ninguno es inocente»; los comerciantes falsifican y adulteran las mercancías, y cobran por ellas todo el precio que pueden...

¿Para qué seguir? Todo el mundo procedemos de una manera análoga, y procedemos así sin escrúpulos, sin creer que por ello queden empañados nuestra honradez y nuestro buen nombre, de cuya conservación nos mostramos muy celosos. ¿Quién piensa, verbigracia, que su honor vaya á desmerecer porque se ría y se mofe de un ebrio, de un anciano, de un individuo con defecto corporal, de un harapiento, de un presumido; ó porque haga vida de Tenorio y calavera, de holgazán elegante ó mendigo; ó porque se alegre de las desventuras ajenas y acaso contribuya directa ó indirectamente á originarlas; ó porque se muestre cruel con los animales, causándoles sufrimientos innecesarios, cuyo espectáculo le sirve á menudo como fuente de placer?

De tal manera nos hallamos á gusto con esa forma de vivir, que á los que no se acomodan á ella les imposibilitamos la vida y les ponemos en ridículo; sus quejas las consideramos exageradas, á menos que se trate de un caso extremo y muy

ruidoso, como el de la policía de Madrid, ya citado, en el otoño de 1903. No pocas veces he pensado que si una autoridad, un gobernador, verbigracia, quisiera proceder en el ejercicio de su cargo con arreglo á los preceptos de la moral más rigurosa y de modo distinto á como sus restantes compañeros proceden, no duraba dos días; tales tropiezos habría de encontrar en aquellos mismos que se llaman sus amigos y dicen (¡dicen!) que anhelan el saneamiento y la regeneración, que no podría moverse por ningún lado. Es por lo que se afirma con harta frecuencia que las personas honradas se apartan de la política, la cual está casi por entero entregada á los vivos y vividores; sobre lo que, no obstante, habría que decir mucho que ahora no es pertinente. Es posible que obedezca á eso el dicho corriente, repetido por los periódicos, entre ellos á menudo por *El Imparcial*, según el que lo único bueno en nuestro país es el pueblo, la masa gobernada, y lo malo sus gobernantes. De esta manera parecen invertidos los términos: están debajo los que merecen estar arriba, y al revés. También esta antinomia exigiría mayores esclarecimientos si el momento fuese oportuno.

\*  
\* \*

Lo peor no es quizá que seamos tan malos como somos. Lo peor es que no nos reconocemos tales, reconocimiento que forma el primer paso para la enmienda. En cuanto dicen algo de nosotros en són de censura, singularmente si ésta recae sobre corporaciones ó colectividades de cualquier naturaleza, el periodismo, las Universidades, el profesorado, el Ejército, el Cuerpo de ingenieros, la magistratura, el comercio, ya estamos atronando el aire á fuerza de protestas. Pero de protestas de palabra simplemente, no de conducta, único modo eficaz de desmentir juicios equivocados, pues los gritos, por ruidosos que sean, no convencen á nadie. Rara vez ó nunca nos paramos ante la acusación que se nos hace, para, con vista de ella, examinar nuestros procederes y ver si tienen algo de censurable y digno de rectificación.

Tengo observado con mucha insistencia que el afán de quedar encima, que es, según queda notado, sumamente general en las relaciones de los hombres entre sí, se manifiesta también con gran vigor en punto á la calificación y apreciación moral de nuestros actos. Así como no nos resignamos á quedar vencidos, ni siquiera á ocupar un lugar secundario, entre el montón, en el orden físico ni en el intelectual, tampoco queremos hacer papeles inferiores en el moral. Como no queremos ser feos, débiles ni tontos, tampoco nos sirve de plato de gusto aparecer malos y merecedores de reproche. Tendemos á que se nos tenga por buenos á toda costa, como tendemos á que se nos tenga por fuertes, por bellos, por inteligentes, ingeniosos y hábiles, aun cuando nos veamos obligados á conseguirlo mediante engaños y combinaciones artificiosas, con disfraces, aprovechando circunstancias fortuitas favorables, «dando el pego». A trueque de quedar encima y de que nuestras acciones revistan todas las apariencias de justificación, somos capaces de acudir aun á los medios más reprobables: coartada y demás, lo mismo que los delincuentes, quienes también hallan siempre razones para cohonestar lo que han hecho. En lo moral, menos acaso aún que en lo físico, no queremos dar nunca nuestro brazo á torcer. Examínese con calma y todo lo imparcialmente que pueda cada uno, y diga después si esta observación no es exacta. Siempre queremos ser los primeros en materia de conducta, y hacemos los imposibles, no ya por ser, pero sí porque se nos tenga por irreprochables. Nadie se tiene á sí mismo por feo; aunque á veces lo diga, no llega á creerlo. No hay tampoco madre para la que sus hijos no sean hermosos, hasta los más hermosos de todos. D. Luis Silvela dijo una vez, creo que en su discurso de recepción de la Academia de Ciencias Morales y Políticas: que los padres suelen estar embobados con sus hijos, creyéndoles más inteligentes que los demás. En tesis general, esto es exacto, como lo es asimismo el que no los tienen por malos, sino que en el peor caso juzgan su mal proceder como chiquilladas,

ligerezas, gracias, ó á lo sumo pequeños defectos que con el tiempo se corregirán y que aun hoy están compensados con buenas cualidades.

Esto que nos sucede con relación á nuestros hijos, quienes no dejan de ser algo diferente de nosotros, nos sucede, á mayor abundamiento, con respecto á nosotros mismos, que somos al cabo, para nosotros, según se dice con mucha frecuencia, *el número uno*. Todo cuanto hacemos, aun lo que los demás censuran como malo, ha de estar bien hecho á nuestros ojos. Ninguno de nuestros actos deja de encontrar motivación lícita ante nuestra conciencia. Esta motivación la buscamos muchas veces voluntariamente y con gran ahinco; pero otras muchas la buscamos también á pesar nuestro y como instintivamente. Recuerde cada cual lo que le sucede cuando tiene con alguien una desavenencia, grande ó chica, ó una disputa. Si en el desarrollo de las mismas hemos causado daño al adversario ó proferido alguna palabra molesta para él, y alguien nos lo afea ó recrimina, ¿no es verdad que indefectiblemente procuramos quedar «en buen lugar», exculparnos, culpando en cambio al adversario, atribuyéndole, v. gr., la provocación primera, y haciendo que nuestras acciones dañosas aparezcan como respuesta á las acciones dañosas que el enemigo ejecutó contra nosotros? ¿No es cierto que con facilidad sumamos procedemos así con nosotros mismos, á solas, cuando hacemos examen de conciencia, tendiendo siempre á sincerarnos ante ésta de nuestra conducta, aun cuando para tal fin hayamos de desfigurar los hechos y acudir á sutilezas, escapatorias y distingos? ¡Qué pocos hombres hay que no lo hagan así, que á fuerza de trabajo reflexivo y de constancia hayan disuelto la indicada tendencia instintiva, se hayan sobrepuesto racionalmente á ella, y que por lo mismo, cuando hagan mal, lo reconozcan y confiesen sinceramente y con toda lealtad! Lo contrario es lo más común, con mucho. Obran de esta suerte hasta los hombres mejores, y lo hacen aun de buena fe, como creyendo que obedecen á una muy íntima obligación moral.



¡Qué no acontecerá, pues, con los que tenemos por peores! ¿Habrá muchos de esos individuos á quienes calificamos de malvados y de delincuentes, y á los que como tales castigamos, los cuales reconozcan que su conducta no tuvo motivación justificada, y que, por lo tanto, se hallen arrepentidos de ella y sientan remordimientos por hacer lo que hicieron? El remordimiento es probablemente menos frecuente de lo que nos solemos imaginar; y cuando existe, más se refiere á la pena ó privación que nos ha sido impuesta por nuestros actos malos, que no á estos actos mismos; más es dolor por lo que padecemos á consecuencia de lo que hemos hecho, que dolor por haberlo hecho; más es atrición, la cual no extirpa el germen malo, que no contrición. Y es esta última precisamente la que hace falta y la que caracteriza á los hombres de verdad buenos. /

\*  
\* \*

Los psicólogos y demás personas entendidas en la materia suelen decir que los sentimientos morales, la moralidad que se puede llamar subjetiva, es la parte más delicada de la psiquis del individuo humano, como la florescencia de todos los demás elementos que constituyen á éste, y que por eso mismo se ha formado después que las otras y, en caso de trastornos ó perturbaciones, sufre ó desaparece antes que las demás. Es posible que esto sea cierto; las apariencias, cuando menos, dicen, á juicio mío, que sí lo es. Pero, séalo ó no, lo que para mí no ofrece duda es que los hombres en general, empezando por los que de civilizados presumen, somos muy poco morales, muy poco buenos. Respecto del progreso mental humano, tengo yo no poco que decir, y lo diré probablemente no tardando, si puedo; en tesis general, sin embargo, lo reconozco. Pero este progreso ha producido más resultados exteriores que interiores; ha trasformado bastante el medio, y nada ó muy poco al individuo; podríamos decir que ha sido un progreso casi exclusivamente social. La organización política; la

E. M.—Agosto 1905.

riqueza global; la maquinaria; lo que denominan *outillage* los franceses; el dominio y sujeción de las fuerzas naturales; el conjunto de medios de que los individuos disponen; todo lo externo, en suma, ha crecido y se ha perfeccionado con el tiempo; pero no ha pasado lo mismo con el hombre en aquello que más debe caracterizarle, que es su mundo interior, su espíritu, y singularmente su manera de apreciar y utilizar las cosas, facultades y energías que halla á su disposición; en una palabra, su temple moral y su conducta. El hecho es éste; sus causas no me incumbe á mí averiguarlas ahora.

No sé yo bien, ni por lo visto lo sabe tampoco nadie, cómo pudieron ser, desde el punto de vista moral, los hombres primitivos y todos los que han vivido en épocas anteriores á la nuestra; pero es de presumir que, por malos que fueran, no serían mucho peores que nosotros. Si hemos adelantado algo, ha debido de ser poquísimo. La naturaleza moral de unos y otros ha de ser grandemente parecida.

Buenos y generosos impulsos hay, seguramente, en los hombres actuales, lo mismo que los habría también entonces; mas junto á ellos, y mezclados con ellos, se encuentran otros muchos instintos nada dignos de alabanza. El hacer moral espontáneo, por mera satisfacción de la conciencia, según se dice muy á menudo, ó lo que es lo mismo, por gusto, como obedeciendo á una necesidad de nuestro propio organismo moral, que si no se la satisficiera éste sufriría, no parece cosa frecuente, ni menos corriente; como tampoco lo parece la repugnancia instintiva al mal obrar. El imperativo categórico del deber y la contrición tienen igualmente, en cuanto tales, poca fuerza en la determinación de nuestras acciones. Obramos más bien por imposición de fuera. Bien es verdad que si, como algunos piensan, la conciencia de los individuos es un reflejo, un resultado que se forma en función del desarrollo del medio social, el proceso de la elaboración de aquélla no puede ser otro sino el que lleva; y para que la moralidad subjetiva, el bien obrar por puros motivos progrese, tiene entonces que pro-

gresar previamente la moralidad exterior impuesta al sujeto, el ambiente social, las costumbres, las exigencias colectivas, los refinamientos de la sensibilidad social, que vayan oprimiendo y encauzando, con mayor empuje cada día, los impulsos brutales, salvajes, libertinos de los coasociados.

Y ahora se nos ofrecen las siguientes preguntas, que por el momento no podemos desenvolver, sino tan sólo formular, y con las que concluyo el presente escrito: ¿Qué hacer, en vista de todo lo expuesto? El progreso moral ¿se realiza con independencia completa de toda intervención individual reflexiva y deliberada, sin obedecer á nuestros esfuerzos y á pesar de ellos, como un proceso perfectamente natural, por lo que á nosotros no nos corresponde otra cosa sino convertirnos en espectadores, dejándolo correr; ó por el contrario, entre las diferentes fuerzas que en el mismo obran, se halla la de la acción consciente y deliberada de los hombres? ¿Pueden éstos, y hasta qué punto, convertirse en fautores de su propio progreso moral subjetivo? El poder de nuestro carácter nativo, de nuestro temperamento moral inconsciente, ¿es tan absoluto que no lo podamos modificar y acaso sustituir, gracias á una labor acertada y más ó menos activa y persistente? ¿Cuál, en caso afirmativo, ha de ser ésta? ¿En qué tanto cabe que confiemos para tal fin en la obra educativa?

La cuestión ofrece grandísimas dificultades, y hoy por hoy no nos hallamos en condiciones para darle una solución firme y decisiva. Se necesita, al efecto, averiguar multitud de cosas que ahora ignoramos. Por eso, cuanto se diga tocante al particular ofrece pocas garantías; todo ello cae dentro de la esfera de lo hipotético y lo posible. Lo que quizás quepa dar como más seguro, es que, de ser hacedero el cambio deliberado de nuestra conducta moral, ese cambio no depende, sino en una mínima parte á lo sumo, de los consejos y enseñanzas que se nos den. El aprendizaje de un código cualquiera de moral, de un catecismo ó tabla de deberes, nos deja casi siempre iguales que antes éramos, porque nuestros instintos, nuestros senti-

mientos, nuestras propensiones, nativas ó adquiridas, nuestro carácter, nuestra idiosincrasia, nuestra propia índole, en una palabra, permanecen inalterables. Sobre este fondo de nuestro hacer es sobre el que hay precisión de obrar para que el fin apetecido pueda realizarse.

Pero mal habremos de lograrlo si no nos conocemos. Ante todo, pues, es preciso que pongamos al descubierto ese fondo, que lo más íntimo de nuestro sér, ahora tan desconocido, salga á la luz del día y quede expuesto á nuestras miradas. El problema es de psicología, principalmente. Yo, por lo menos, tengo una gran fe en que el día que pueda desentrañarse el nudo, aún tan ciego, que liga lo corporal y lo psíquico, estaremos en disposición de ejercer influjo directo sobre el modo de ser y, por lo tanto, sobre el modo de conducirse de los hombres. Si lo espiritual tiene su base en lo físico, y de la estructura y funcionamiento de lo físico depende el funcionamiento espiritual, las alteraciones que en lo físico introduzcamos, en lo espiritual habrán de proyectarse. Ha de haber una ortopedia, un *dressage*, una alimentación, un saneamiento y toda una cirugía morales, como los hay físicos. Saneando, desinfectando y fortificando las bases corporales de los sentimientos, de las inclinaciones, de las tendencias, del carácter, quedarán saneados y fortificados estos últimos. Yo entreveo aquí un amplio campo de investigación y un halagüeño porvenir; confío en que la Cirugía, la Bromatología y la Química biológica harán en esta materia, el día de mañana, cosas que hoy, de presenciarlas, las tendríamos por sorprendentes y poco menos que milagrosas. Mas antes de lograrlo, nos queda mucho camino que andar.

P. DORADO

# RECUERDOS

---

¿Qué me pasó á mí entre el año 62 y el año 68, que sea digno de contarse ó que, aunque no lo sea, yo lo recuerde y me decida á contarlo?

Muy pocas cosas. Son seis años que se parecen unos á otros, de tal modo, que son, como dicen algunos filósofos, *indiscernibles*.

Esto no significa que sean años totalmente vacíos, ni que en ellos no me ocurriera algo importante, que de seguro algo me ocurriría, al menos algo importante para mí. Esto quiere decir únicamente que dichos seis años tanto se parecían unos á otros, y dentro de cada año un mes á otro mes, y aun en cada mes los días sucesivos, que por monotonía vacía, ó por monotonía repleta, la memoria no encuentra ningún asidero, ningún punto saliente, nada en que el recuerdo pueda hacer presa.

Lo más notable (démosle esta denominación vanidosa), como dije en el artículo precedente, fué el haber escrito el drama que al principio se llamó *El banquero*, y que más tarde llevó por título definitivo *La última noche*.

Después de este recuerdo, que tiene para mí su importancia, sólo veo por ahora cuatro puntos que algo sobresalen por encima de la planicie uniforme del período á que me refiero.

Los he cogido al paso, como vulgarmente se dice, y los voy á consignar para que no se me olviden.

Una aventura tragicómica con un alumno de la Escuela.

Un viaje á Jerez y á Cádiz para un asunto de ingeniería.  
Mi ingreso en la Academia de Ciencias.

Y otro viaje á París, del cual me queda un recuerdo saliente y poético: el de las catacumbas; y otro recuerdo más prosaico: el de una visita á las alcantarillas de la gran metrópoli.

Si algo más me viene á la memoria, puede el lector estar tranquilo, que no se me ha de quedar en el tintero.

Empecemos por la aventura semidramática, de la cual ya indiqué algo en otra crónica.

Era el mes de Septiembre, y era de noche y, sin embargo, no llovía.

Habitaba yo por entonces una casa de la calle del Barquillo, que estaba frente por frente de la Cárcel Modelo de mujeres: calle por entonces no tan concurrida como lo es hoy.

Y de mi casa salía yo tranquilo y confiado, porque no habiendo hecho daño á nadie, no podía yo imaginar que nadie me quisiese mal; creencia de todo punto cándida.

Querer mal á quien no nos ha hecho ningún daño, no sólo es maldad, es estupidez; al menos, esto pensaba yo entonces.

El tiempo me ha ido desengañando.

Dí pocos pasos por la acera, y de pronto se echó sobre mí, sin llegar á tocarme, pero tocándome casi, un hombre que me presentó el cañón de una pistola y me dijo no sé qué, que al pronto no comprendí.

Confiese el lector que el lance empezaba con apariencias trágicas, y que había motivo para que cualquiera que en mi caso se hubiera visto, quedara sorprendido.

Y, en efecto, me sorprendí, y es lo menos que pude hacer.

A mí me sucede una cosa extraña en esta clase de lances, que tres ó cuatro me han sucedido de este género; fenómeno extraño, que entrego á la consideración y al estudio de los filósofos y de los fisiólogos, y es lo siguiente: que cuando me veo en una situación apurada, sin que dependa de mi voluntad, mi sér, por decirlo así, se desdobra. De ser un personaje, paso á ser dos personajes.

El uno es un personaje como otro cualquiera, y hace lo que haría cualquier persona que en semejante caso se viese.

Se pone á la defensiva, ó se defiende, ó acomete, combinando la ofensiva con la defensiva, ó pronuncia frases violentas, ó, en suma, hace lo que puede ó como puede; todo menos gritar, porque en estos casos el grito me repugna y me humilla.

Sea lo que Dios quiera, pero nada de gritar; los chillidos para las mujeres.

El otro personaje se queda dentro de mí, impasible, tranquilo, observando lo que pasa, y hasta mostrando cierta malicia burlona y mal intencionada. «Bueno, bueno—murmura en voz baja, aunque yo le oigo perfectamente;—buena se nos armó». Y si hubiera sonrisas internas, yo creo que el maldito fantasma interno sonreiría.

El primero es el personaje, por decirlo así, del instinto; siente cólera, y, si es de razón, hasta siente cierto movimiento parecido al miedo.

El segundo es el sér reflexivo que observa al primero y le juzga rápidamente, y hasta se burla de él por su falta de serenidad.

Quizá el lector imagine que este desdoblamiento de mi sér es invención mía; pero yo le aseguro que no, y le aseguro que el fenómeno es tal como lo describo: muy rápido, quizá algo confuso, pero evidente é indiscutible; y oigo la frase interna: «bueno, bueno, buena se armó».—La he oído tres ó cuatro veces en la vida, y nunca he querido yo pronunciarla; las palabras han brotado dentro de mí, claras, distintas y espontáneas.

Todo aquello fué muy rápido: sentí que la amenazadora figura se me venía encima, vi el cañón de una pequeña pistola, y medio percibí unas frases de ira y de violencia.

Me eché hacia atrás instintivamente, separé con una mano el arma, y dije algo así:—¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¿Es usted un loco ó un ladrón?

El hombre no continuó sus movimientos agresivos, ni se acercó de nuevo á mí; pero le oí perfectamente que decía: —Usted me ha perdido; usted quiere perderme del todo, y vengo á matarle á usted.

Entonces ya le conocí. Era el alumno Z. Y como no procuraba acercarse de nuevo y había desaparecido la pistola, entré ya en posesión de mi sangre fría y comprendí la situación.

Era el arrebató de un chico á quien habíamos reprobado aquella mañana y á quien tenía yo que examinar al día siguiente.

El problema se planteaba de este modo: dominarle, pero dominarle por la fuerza moral.

—Está usted loco—le dije, procurando tomar entonaciones de autoridad.—¿No comprende usted que el que se pierde á sí mismo es usted? Si yo doy una voz, adonde va usted es al Saladero, y después al presidio, que es algo más que perder una asignatura.

—Sí que estoy loco, sí, señor; pero ustedes tienen la culpa.

Ya no decía *usted*, sino *ustedes*: noté la diferencia y comprendí que iba ganando terreno. Y dando mayor energía á la frase, seguí diciéndole:

—Aparte de esa amenaza ridícula de matarme, que comprendo que sólo ha sido para infundirme miedo, lo cual no es fácil (no sabía si era fácil ó difícil; pero la dignidad me obligaba á dominar toda emoción); aparte de esto, usted algo vendría á decirme, y como por esta calle, aunque ahora no pasa gente, puede pasar, tomemos una de estas transversales, salgamos al Prado, y allí solos nos explicaremos.

Este arranque, que en mí no fué estudiado, sino intuitivo, acabó de dominarle por completo, según me confesó él mismo más tarde.

Y hasta creo que le entró cierto recelo.

—¿Al Prado quiere usted que vayamos?—dijo el chico con sorpresa.



—Sí, señor; allí estaremos más tranquilos. ¿No venía usted á matarme? Pues en el Prado es más fácil que realice usted su intento.

Comprendiendo que nada tenía que temer ya, y sabiendo que, aunque loco, no era Z de malos antecedentes ni de mala sangre, alardeaba yo impunemente de serenidad.

Y, en efecto, al Prado nos dirigimos.

Él seguía murmurando:

—Es que ustedes me quieren perder. Es que esa maldita Escuela me quiere arruinar para siempre.

Su enojo se iba generalizando. Ya no era yo, ni eran los demás profesores; ya era la Escuela de Caminos la causa de su perdición. Menos mal.

Salimos al Prado, como digo, y por él empezamos á caminar, haciéndole observar al desconcertado joven, con indiferencia afectada por mi parte, que yo iba á unas oposiciones del Ministerio de Fomento, y que como el camino era largo, podía decirme cuanto quisiera y como quisiera.

Lo que iba á decirme ya lo adivinaba, y el caso es que el demonio del chico no tenía razón ninguna para estar quejoso de mí. En cambio, yo podía estar quejoso de él y de su familia, y de su hermano y de los amigos de su hermano, que, como he referido en otra crónica, me dieron una *comida abominable* en Génova.

Esa duplicación de mi sér, que llevo dentro de mí y que en los momentos críticos hace oír su voz, ya me dijo burlonamente cuando pasaron los primeros momentos y nos dirigíamos tranquilamente Z y yo al Prado:

—No hay duda: la familia Z se ha propuesto acabar contigo. No pudieron acabar de envenenarte en Génova, y hoy pretenden asegurar el golpe de un pistoletazo.

Y yo me contesté á mí mismo:

—¡Basta de bromas, que no es ocasión oportuna!

Mi alumno Z ya he dicho en otra ocasión que no era un tonto profesional; era como otros muchos alumnos: podía se-

guir la carrera y terminarla sin brillantez, pero dignamente, como, en efecto, la terminó y fué ingeniero.

Pero era medio loco, arrebatado, aturdido y, lo que es peor, holgazán.

Repetía año, y si esta vez lo perdía, era expulsado de la Escuela.

Aquella mañana se había examinado de una asignatura, de la cual no era yo el profesor; y aunque al hacer las clasificaciones procuré defenderle y llamé la atención de mis compañeros sobre la situación crítica en que se encontraba Z, como el examen había sido flojo, no pude salvarle y quedó suspenso.

Tenía el propósito, sin embargo, de salvarle al día siguiente, porque en mi clase no estaba mal, y si yo le aprobaba, podía repetir examen de la otra asignatura; es decir, que se ponía en condiciones de concluir la carrera.

Pero el chico no adivinó mis buenas intenciones y se lanzó al semi-atentado que acabo de referir. Querer matar á un profesor, ¡demonio!

Tranquilamente conversamos: yo le hice comprender lo absurdo de sus amenazas, y tranquilamente llegamos al Ministerio de Fomento, á cuya puerta acabó en súplicas lo que por injurias había empezado en la calle del Barquillo.

Yo mezclé hábilmente las palabras cariñosas de esperanza con los reproches y la severidad de profesor, y así terminó en paz lo que había tenido principio belicoso.

Al día siguiente se examinó, y en toda justicia salió bien.

La prueba de que no era un alumno inútil es que, por último, terminó la carrera sin nuevos tropiezos.

Algunos años más tarde supe que había muerto: no se podía vivir mucho con aquella cabeza.

Después de todo, no era un sér antipático: era, en todo caso, lo que hoy llamaríamos un desequilibrado.

\*  
\*  
\*

Y ya que de desequilibrios hablo y en gente desequilibrada me ocupo, ¿cómo no recordar á J. L., uno de los amigos más íntimos que tuve? una de las personas que más me han querido en este mundo (y digo me han querido, porque ya no existe), uno de los seres más nobles y de mejores sentimientos que pueden darse; talento claro, espíritu abierto á todas las ideas generosas, pero holgazán, inconveniente, impertinente y desequilibrado como pocos.

Fué un carácter digno de estudio; y un hombre de mis aficiones dramáticas, ¿cómo no ha de observar y no ha de estudiar á conciencia estos caracteres extraños en que lo bueno y lo malo, perfecciones y deficiencias, se mezclan por manera tan caprichosa?

Claro es que yo, en los tiempos á que me refiero, no estudiaba el carácter de J. L. Después ha sido, en los recuerdos, cuando le he estudiado muy á fondo. Pensando en él, he pensado lo que él era; y cómo su vida fué unas veces triste, negra casi, otras veces gris; y cómo no llegó adonde, dado su buen talento, debió llegar en la vida.

Este es un nuevo estudio que entrego á los sociólogos, y si además son fisiólogos, tanto mejor.

Las líneas que siguen son un último recuerdo y acaso una despedida final de la memoria de aquel cariñoso compañero.

\*  
\* \*

J. L. había sido, en efecto, compañero mío, cuando yo estudiaba Matemáticas para presentarme al examen de ingreso en la Escuela de Caminos.

Tenía mi amigo, como queda dicho, muy buena disposición; pero no le gustaban las Matemáticas y, sobre todo, era muy perezoso.

Hacía versos, no tan buenos como los de Leopoldo Brockman, pero con el trabajo y la constancia hubiera concluido por ser un poeta muy aceptable.

Leía de todo: Historia, Filosofía, novelas y, más que nada, poesía. Le gustaba Zorrilla y le entusiasmaba Espronceda: *El estudiante de Salamanca* se lo sabía de memoria.

En suma, á todo se aplicaba menos al álgebra y á la geometría analítica.

Estudiábamos juntos, y la verdad es que estudiaba yo solo, burlándose él grandemente de mi aplicación. Porque yo haré constar, una vez más, que he sido muy aplicado. Esto no sé si me achica ó si me engrandece; mas yo debo la verdad á mis lectores y, sobre todo, á la Historia, á quien supongo que estas cosas le interesan sobremanera.

Sería una crueldad obligar á la buena de Clio á darse de calabazadas por el mundo en averiguación de si yo fuí aplicado ó desaplicado. Tranquilícese la concienzuda musa; fuí aplicado, muy aplicado; supe siempre mis lecciones, gané todos los cursos con nota de sobresaliente, y mi carrera fué brillante. En cinco años de Escuela de Caminos, no me apuntaron una sola falta de asistencia ni un minuto de retraso: conste.

Ya sé que esto es vulgar, que no es propio de los hombres de genio; pero cada uno es como es, y yo, que he sido una persona juiciosa, no he de presentarme al público como un D. Félix de Montemar, que era el tipo predilecto de mi querido compañero J. L.

Y en verdad, él tampoco era muy D. Félix de Montemar: fué más bien un inocentón; había nacido para ser un honradísimo burgués, y sus tristezas, melancolías y arranques románticos no eran más que efectos del incurable desequilibrio de su naturaleza.

—¿Por qué no estudias?—le decía yo;—mira que vas á salir mal en los exámenes.—Y él me replicaba:—¿Para qué quiero yo estudiar? ¿qué falta me hace la carrera? ¡Bonita carrera la que tú has emprendido! Después de haber estado trabajando durante los cinco años del bachillerato, el año de preparación y los cinco años de la Escuela especial, total, once años, lo mejor de tu vida, el riñón de la alegría humana, saldrás con

nueve mil reales de sueldo á echar piedras por esas carreteras y á sufrir las reprimendas de tu jefe. Sin contar mucho sol y muchas lluvias. ¡Nueve mil reales al año! Eso lo gano yo cuando quiera; los gano—decía él, empleando una frase estudiantil y poco culta, que en estos tiempos de modernismo no tengo inconveniente en repetir;—esos los gano yo por debajo de la pata.

¡Pobre amigo mío! ¡Tardó muchos años en ganar mucho menos, y trabajando lo que no había trabajado en su juventud!

Acaso confiaba en la fortuna paterna; pero su padre, que era agente de negocios, aunque ganaba bastante lo gastaba todo, porque en otra forma era tan desequilibrado como su hijo: ley de herencia.

Así es que, cuando murió su padre, se encontró sin dinero y sin carrera, y muy de prisa y con poca brillantez se hizo ingeniero industrial; y no encontró colocación, y al fin tuvo que hacer oposiciones á una modestísima clase, como después referiré.

Y allá van unos cuantos rasgos, que pintan el carácter de mi desequilibradísimo compañero.

\*  
\* \*

Una noche estábamos estudiando; es decir, estudiando yo, y él se ocupaba en contestar en verso á una charada que había publicado no sé qué periódico. Todavía me acuerdo de aquella composición infantil:

.....  
Me agrada un ramo bonito,  
si bien, que no soy tan lelo,  
que entre el ramo y lomo frito  
me parara en escoger.  
.....

En esto sonaron unas campanas; y él, que á todo atendía menos á lo que más le interesaba, atendió á los toques repetidos y me preguntó con interés:

—¿No estás oyendo?

—Sí, tocan las campanas, y me molestan mucho.

—¿Por qué tocarán tanto?

—Me parece que tocan á fuego.

—Tienes razón, tocan á fuego.

Y se levantó muy agitado.

Claro que en aquel momento su espíritu era mucho más altruísta que el mío.

El estaba inquieto porque tocaban á fuego; á mí me molestaban las campanadas porque me impedían acabar de aprender una demostración.

Donde yo no percibía más que un sonido molesto, él, con su imaginación viva y romántica, veía una ó varias catástrofes: una casa que arde, llamas por todas partes, llantos y gritos de mujeres y de niños, la ruina para unos, la muerte para otros: un cuadro desolador.

Y yo, nada; absorto en mi demostración matemática, no veía más que líneas, ángulos y combinaciones geométricas.

De pronto él, tomando una resolución enérgica, se preparó para marcharse.

—Adiós, Pepe—me dijo;—mañana te contaré lo que ha ocurrido.

—Pero ¿adónde vas? Mira que no has estudiado la lección.

—Mucho me importa á mí la lección. Voy al fuego á ver lo que pasa; y, si puedo hacer algo, á trabajar... á trabajar por el bien y la salvación de mis semejantes.

—Pero, hombre—le interrumpí yo,—¿no ves que te van á coger para que les des á las bombas ó para que lleves agua de la fuente?

—¿Y qué? á eso voy, no á mirar las llamas como un bobo, sino á procurar ser útil; y no te digo que vengas conmigo, porque tú eres débil y no sirves para esas faenas; tú eres casi un niño; ¡no hay duda que tu ayuda sería eficaz!

¡Pobre J. L., qué bueno era! Comprendía que en mis observaciones había algo de egoísmo, y procuraba disculparme.

—Nada, nada, me mareho; tú, á tus problemas, que es para lo único que sirves; y yo, que soy fuerte, á darles á las bombas y á transportar agua.

Y decía verdad: era muy fuerte, era un buen gimnasta; en el gimnasio se pasaba muchas horas levantando pesas, manejando barras, corriendo paralelas y dando saltos estupendos.

En su casa era el terror de su familia y la desesperación de su madre.

Ponía en fila las sillas, primero una, luego dos, y así sucesivamente, y, haciendo de cualquier banco ó sofá trampolín, las salvaba de un salto, rompiéndolas, al fin y al cabo, á fuerza de querer saltar lo imposible.

Confiado, pues, en sus fuerzas, y teniendo impulsos humanitarios, que yo por entonces no comprendía bien, y hasta me parecían exageraciones, se fué mi amigo al fuego, dispuesto á extinguirlo, á trepar por una escala, á subir por una cuerda de nudos y á salvar la vida de dos ó tres niños y de otras tantas mujeres.

Yo seguí estudiando mi lección de Geometría.

Al día siguiente, cuando fuimos á clase, le vi llegar mohino, malhumorado, cojeando un poco y sin saber la lección.

Al fin y al cabo, me contó su aventura del fuego, que, aunque poco artística por su sentido moral, entra de lleno en el sublime cuadro de las aventuras de Don Quijote, y esta aventura fué real y positiva. Ante mis lectores empeño mi palabra honrada de que nada invento en ella, y como invención, por otra parte, ninguna gracia tendría.

Me contó mi amigo J. L., después de hacerse mucho de rogar, porque se sentía profundamente humillado y temía mis burlas, que la noche anterior, al salir de mi casa, se había ido directamente á ver dónde era el fuego, qué aspecto presentaba y qué ayuda podía él prestar.

Llegó, vió, se enardeció y, echando fuera ropa, se quedó en mangas de camisa, acudió á una bomba y estuvo trabajando todo lo que pudo.

Cuando se sintió rendido y creyó haber cumplido con su deber, dejó el trabajo y se fué á buscar el chaleco y la levita, que no encontró: primera parte de la aventura.

Furioso por haber recibido tan mal pago, andaba de un lado para otro, soltando ternos y quejándose de la maldad y de la ingratitud humanas, cuando tropezó con unos agentes de la autoridad, que al verle en mangas de camisa, con toda ella y los pantalones llenos de agua, las botas de barro y el pelo enmarañado, no imaginaron que pudiera ser un señorito; y como su aspecto era fuerte y un poco tosco, le tomaron por un hombre del pueblo, quizá por un aguador de los que se habían llevado á trabajar en el incendio, y con malos modos la emprendieron con él, diciéndole:

—No arme usted escándalo, no grite usted; aquí se ha venido á trabajar: á callar, y al trabajo.

Y á empujones le querían llevar otra vez á la bomba; él gritó más fuerte, protestó, dijo quién era y que ya había trabajado bastante; pero ni le creyeron ni le hicieron caso, y, acudiendo más agentes para domarle, á la bomba le llevaron otra vez.

—Aunque sea usted el hijo de María Santísima—le decía el jefe de los agentes, á quien había alcanzado un puñetazo de mi amigo,—va usted á echar los hígados dándole á la bomba.

Así fué: le hicieron trabajar hasta que le faltó el aliento; en recompensa, perdió la levita y el chaleco, recibió una buena tanda de golpes y volvió á su casa en mangas de camisa á sufrir la riña de su padre, los lamentos de su madre, y á ser, en suma, la burla y el escarnio de toda la familia.

Testifico de nuevo la exactitud de la aventura.

Pero no fué la única de su rápida existencia; que el pobre J. L. sufrió muchas desdichas de este mismo jaez, como referiré en otro artículo.

JOSÉ ECHEGARAY



# INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

---

## VI

### LAS NOVELAS PICARESCAS Y PATÉTICAS EN INGLATERRA

En el capítulo anterior se siguió la evolución de la novela en España, demostrando que la urdimbre ó tramoya, consistente en el movimiento del héroe de un lugar á otro y el encuentro de muchos personajes y aventuras en el camino, habían sido tomadas de las novelas de caballería, que habían heredado esta forma de la crónica personal. La razón especial de que la nueva ficción realista española se hubiese visto forzada á adoptar como medio la representación de escenas de mendigos, ladrones y aventureros astutos, ha de encontrarse en la regla de la reacción invariable, cuando algo se lleva á un extremo exagerado. El tono de las novelas españolas de caballería había sido tan inefablemente heroico, los personajes tan desinteresadamente nobles, las circunstancias tan invariablemente favorables, que la reacción había de ser por necesidad precisamente lo contrario. Os indicaré ahora que, como las novelas de caballería no habían ejercido influjo en el siglo xv y xvi sobre los lectores franceses é ingleses en el mismo grado que sobre los españoles, las novelas picarescas y patéticas, que después se pusieron de moda en Inglaterra y Francia, mientras adoptaron la misma intriga que la usada en España, no necesitaban señalar la reacción, insistiendo mucho en que el fondo de las novelas fuese miserable y el héroe innoble. Este

punto debe grabarse bien en la mente porque señala la principal diferencia entre las formas españolas y las inglesas.

En el capítulo anterior hay una noticia extensa de la primera novela española realista, el *Lazarillo de Tormes*, autobiografía de un truhán analfabeto que vivió gracias á su ingenio. Escribióse en 1546 y se publicó por vez primera en 1554, é inmediatamente se hizo popular tanto en España como en el extranjero, publicándose poco después traducciones francesas é italianas. Tendremos que considerar aquí hasta qué punto este libro y sus imitaciones, de las cuales hablaré ahora, influyeron en el desarrollo de la ficción inglesa. Hasta esta época la ficción inglesa había consistido principalmente en las novelas arturianas, la *Morte d'Arthur* de Mallory, y las adaptaciones de las novelas cortas italianas y francesas, unas en prosa y otras en verso, como los *Canterbury Tales* de Chaucer. Las historias de Baudello y otros escritores italianos fueron especialmente traducidas por Painter y proporcionaron intrigas á los dramaturgos del reinado de Isabel. Pero hubo además de éstas una forma fugitiva de ficción, que aunque siempre había existido en una forma ú otra, hizose de súbito popular en Inglaterra unos diez ó doce años después que el *Lazarillo* se publicó en España: lo cual parece demostrar que al menos un publicista de Londres había venido en conocimiento de la popularidad del *Lazarillo*.

Las chufletas y dicharachos de los bufones profesionales ya se habían repetido, y, como ocurre hasta hoy, esas historias de respuestas agudas, chistes prácticos y fraudes fáciles sirven para hacer el nombre de cualquier chusco personaje conocido del público. Esas colecciones de pullas, como digo, habían existido desde tiempo inmemorial en una ú otra forma, y se cree que una colección, al menos, se había publicado en Inglaterra antes de que el *Lazarillo* saliese á luz en España. Pero no se sabe que exista ninguna copia de esa primera edición; y hasta 1565, once años después de haberse publicado el *Lazarillo*, no se hizo muy popular este libro en forma cronológica.

Titúlase *La primera y mejor parte de las hazañas de Skoggin, llenas de ingeniosa alegría y graciosos ardidés, hechos por él en Francia y otros sitios: preservativo contra la melancolía. Recogidos por Andrés Borde, doctor en Medicina* (1). Si el doctor Borde, que murió en 1549, recogió realmente estos cuentos, es incierto ahora. Pero no cabe duda de que Skoggin fué una persona real. Era un caballero pobre, pero instruído, graduado de Oxford, y bufón de Eduardo IV; y su nombre se aplicó á muchos cuentos durante el siglo xvi. Shakespeare hace decir á Mr. Justice Shallow, cuando habla de su juventud y de la de Falstaff: «Le vi romper la cabeza de Skogan á la puerta de la corte cuando era un monigote así de alto». El punto hacia el cual deseo dirigir la atención es que en la coordinación de estas chanzas prácticas de Skoggin, publicadas en 1565, se sigue un orden cronológico impecable, á mi juicio por vez primera, y así el libro toma la forma de una continua biografía picaresca de su héroe. Comienza cuando es estudiante en Oxford, y le sigue á través de sus travesuras en la corte, su destierro en Francia, su regreso á Inglaterra, sus ardidés para captarse de nuevo los favores, y finalmente su muerte y entierro. Me inclino á considerar esta colección de chanzas de bufón como la primera manifestación en Inglaterra del gusto picaresco en la ficción que se había acusado algunos años antes en España en la forma del *Lazarillo*.

Para explicar mi alusión al orden cronológico de *Skoggin Gestes* en la última edición, compararé el libro con otra colección publicada en 1566, un año después de la segunda edición de *Skoggin*, y unida al nombre de Skelton, el sacerdote bufón y poeta laureado de Enrique VII y Enrique VIII. Antes de hacerlo así, puede darse un ejemplo ó dos de *Skoggin*, para que pueda hacerse una comparación de ellos con las historias pa-

(1) *The First and best part of Skoggin Gestes, full of witting mirth and pleasant shifts, done by him in France and other places, being a preservative against melancholy. Gathered by Andrew Borde, doctor of Physic.*

téticas completas en Inglaterra, en las cuales fijaré más adelante la atención. La naturaleza inartística de los fraudes narrados demuestra la probable antigüedad de su origen. La primera historia de *Skoggin*, por ejemplo, se titula: «Lo que el astuto Skoggin y su camarada hicieron para pasarlo bien en la cuaresma»; y el ardid fué simplemente que uno de ellos fingió caer enfermo y el otro hubo de atenderle, confiándosele la llave de la bodega y de la despensa para asegurar el aislamiento. La otra historia dice: «Lo que el astuto Skoggin y su camarada hicieron cuando les faltó el dinero». Esta treta consistía para los cómplices en separarse é ir uno de ellos al mercado de Yhame y sorprender á un ganadero en el caminando un rebaño de carneros. Después de saludar al ganadero, Skoggin había de aludir incidentalmente á los carneros, diciendo que eran como cerdos, y así inducir al hombre á hacer una apuesta de que eran carneros, siendo el árbitro la primera persona que se encontrase. Esta, como es natural, era el cómplice, y el ganadero engañado había de pagar. Esta historia es muy antigua, y se conocía en España, y probablemente en otras partes, algunos siglos antes de que viviese Skoggin.

La más famosa de las historias de Skoggin, y que dió origen á un dicho vulgar para denotar la persecución en pos de un objeto en un lugar inadecuado, fué *La liebre en el tejado*. La historia refiere que Skoggin presentó su esposa á la reina (Isabel Wodville), y dijo á cada una de ellas separadamente que la otra era muy sorda. La consecuencia fué que las dos damas se hablaron á voces, hasta que la investigación condujo al descubrimiento del fraude. La reina se ofendió tanto, que pidió al rey que desterrase al bufón; y el rey advirtió á Skoggin que si se acercaba otra vez al palacio, se le echarían los perros de caza. Algunos días después, Skoggin, habiendo ocultado bajo su casaca una ligera liebre, vino á palacio; y sabiendo esto el rey, ordenó que se soltasen los perros y se le echasen. Cuando los perros estuvieron á su lado, el bufón soltó

la liebre, tras la cual corrieron los perros precipitadamente, dejando solo y salvo á Skoggin. Siendo citado ante el rey, dijo éste á Skoggin: «Tú lanzaste una liebre sobre los perros cuando cayeron sobre ti; vete y busca á la misma liebre, ó sufrirás muerte». Entonces Skoggin contestó: «Puedo traer otra ligera liebre; pero será difícil buscar la misma». «Quiero la misma liebre», dijo el rey. «¿Cómo?», dijo Skoggin. «No puedo decir dónde la encontraré». «Debes buscarla lo mismo donde está que donde no está», dijo el rey. «Bien, dijo Skoggin, confío en que la encontraré». La consecuencia es que Skoggin, cogiendo al rey por su palabra, salta al tejado y casi derrumba el palacio del rey, abriendo salidas con la azada y dando al dabanazos en las almenas; y cuando le reprenden, el bufón dice á los cortesanos que está obedeciendo las órdenes del rey. Cuando se presentó de nuevo ante el rey, Skoggin cita en disculpa las palabras de éste, que ha de buscar la liebre «lo mismo donde está que donde no está»; con eso es desterrado de Inglaterra. Ofende al rey de Francia con ardides semejantes, y vuelve á Inglaterra, donde comienza de nuevo su antigua vida.

El éxito de esta edición de *Skoggin* condujo, indudablemente, á la publicación en el año siguiente (1566) de la colección de Skelton: *Merry Tales (Cuentos alegres)*, nuevamente inventados y hechos por Mestre Skelton, poeta laureado, impresos en Londres, en la calle de la Escuadra, con el signo de San Juan Evangelista. Skelton murió en 1529; de suerte que estos cuentos, de los cuales sólo quedan quince, deben haber sido atribuidos á él tradicionalmente. No se intentó á buen seguro coordinarlos en forma cronológica ó biográfica, y el libro es, indudablemente, la compilación de un mercenario inferior que mezcló los cuentos como los encontró. Que el éxito de *Skoggin* del año anterior fué lo que inspiró el libro, se nota en la primera historia: «Cómo Skelton vino á Oxford desde Abingdon», que comienza así: «Skelton era inglés de nacimiento, como lo era Skoggin, y vivió en Oxford». La mayoría de los cuentos

de Skelton tienen un sabor clerical muy marcado, dando sus agudas respuestas á los frailes, y otras semejantes. Menciónanse aquí, principalmente, con el fin de comparar su orden con el de Skoggin; siendo, en mi sentir, una compilación á la manera antigua (1), mientras que en *Skoggin*, la adopción del orden casi biográfico señala el adelanto hecho en Inglaterra hacia el cuento picaresco coordinado y biográfico, oriundo de *Lazarillo de Tormes*.

Antes de pasar á la consideración del desarrollo íntegro de la ficción picaresca en Inglaterra, aludiré de nuevo á una novela que tuvo una popularidad extraordinaria y un efecto marcado sobre la forma de lenguaje en Inglaterra. Puede llamarse la primera tentativa de una novela moderna que se publicó en este país; y se llamó *Euphnes*, por Juan Lily. La primera parte se publicó en 1579, y merece nuestra atención aquí, en primer lugar, porque su afectado preciosismo de lenguaje y su exuberancia de metáforas fué copiado francamente del estilo español de Guevara (de quien hablé en un capítulo anterior y á quien me referiré de nuevo); y en segundo lugar, porque Lily adoptó la urdimbre del viaje para aplicar sus sátiras y su crítica de la sociedad. Lily es didáctico ante todo; hace sermonear continuamente á su héroe, y en realidad á todos sus caracteres. Su intriga consiste en coger á un joven clásico griego en sus viajes á Nápoles y después á Inglaterra, y todo lo que ve dondequiera se convierte en el texto de un discurso. Nos enseña algunas cosas extrañas sobre los animales, filosofa interminablemente sobre el amor y el matrimonio, y denuncia la extravagancia del traje de las señoras modernas. He aquí lo que su ateniense imaginario tiene que decir sobre las señoras inglesas de la época de Isabel:

«Coge de ellas sus pelucas, sus pinturas, sus joyas, sus

(1) Colecciones de chanzas deshilvanadas en este estilo antiguo continuaron publicándose con varios títulos mucho después: *Tarleton's Jestes*, 1600. *Merry Concited Gestes of George Peale*, 1607. *Jests of Jack of Dover* (que tiene algún esbozo de intriga coordinada) 1604, etc.

rodetes, sus cachivaches, y pronto comprenderás que una mujer es la menor parte de sí misma. Cuando sean despojadas de sus ropas, entonces te parecerán tan odiosas, tan feas, tan monstruosas; las juzgarás serpientes más bien que santos, y de tal suerte te aterrará, que temerás más bien quedar encantado que enamorado. Mira sus gabinetes y encontrarás la tienda de un boticario, de confecciones suaves; el botiquín de un cirujano, de emplastos diversos; un fardo de buhonero de nueva invención. Además de todo esto, por sus sombras, sus manchas, sus limones, sus fresas, sus sortijas, demuestran ser algo más que modestas matronas».

Por esto se verá que *Euphnes* y sus muchos imitadores fueron más bien sátiras construídas con arreglo á la urdimbre de la novela patética que novelas propias. Para ver el efecto íntegro sobre el estilo inglés del afectado preciosismo obscuro de Lily ó euphnismo que imitó de Guevara, sólo tenemos que leer algunas de las cartas de la reina Isabel. El euphnismo se lleva aquí á su extremo absurdo. Lo que la reina hizo lo copiaron las personas inferiores, y la correspondencia de la época está con frecuencia tan impregnada de oscuros conceptos, que son casi ininteligibles á los lectores de hoy.

Ahora llegamos, en la coordinación cronológica, á la primera novela nacional, real y peripatética, en inglés, evidentemente inspirada por el *Lazarillo* y su escuela, á saber: *Jack Wilton*, por Tomás Nash. Este brillante y joven satírico, discípulo y amigo de Greene, que conocía bien la literatura española y tomó muchas de sus intrigas dramáticas de fuentes españolas, debe haber tenido grandes ocasiones de leer la traducción del *Lazarillo* de David Rowland, que era un libro popular en Inglaterra por aquella época. Viajó por el extranjero, y fué uno de los jóvenes de la época de Shakespeare, que luchó denodadamente por crearse un nombre con la literatura. Escribió de todo, desde sátiras políticas hasta un tratado en alabanza de los arenques rojos. En 1594, cuando Nash tenía veintisiete años, se publicó *Jack Wilton*. Deseo dirigir la atención á lo

que ya he notado respecto á la diferencia entre las dos formas de novela picaresca, española é inglesa. Hemos visto que *Lazarillo* fué un bribón, como lo fueron Guzmán de Alfarache, Pablo el Buscón y los demás. Pero no así Jack Wilton. Se supone, verdad es, que llevó al principio una vida muy dura, pero era un caballero de nacimiento y un paje de la corte de Enrique VIII. Comienza su autobiografía cuando era niño, en la comitiva del rey, en el sitio de Tournay, en 1512, y llega con sus aventuras hasta la época en que logró fama, fortuna y una buena esposa. Las escenas no son generalmente innobles ó mezquinas, pero reconócese en todo el libro un esfuerzo demostrativo de cuán agudo y elegante es Jack Wilton. Por ejemplo, su primera aventura, como niño, es cuando estando mal de dinero y careciendo de refresco, se presenta á un antiguo y avaro posadero flamenco, cerca del campo, que sirve al ejército inglés con vino y provisiones. Después de acariciar é infatuar al posadero, representándole que ha venido á hacerle un gran servicio, cuenta el pobre hombre que está sospechoso de dar noticia al enemigo. Jack Wilton le asegura que ha hecho lo que pudo por él y continuará haciéndolo así; pero casi todos están contra él, porque está tan escaso de provisiones. El pobre hombre, cuya conciencia le azuza, se siente atacado de pánico, y no sólo festeja á Jack Wilton bondadosamente, pero regala á todos los soldados ingleses que vinieron á él con vino y comida. Enrique VIII, habiéndose informado de este gran cambio en él, manda por el posadero y le pregunta la razón. Le dice la verdad, y Jack Wilton recibe una buena azotaina. Esto es puramente picaresco, pero no innoble. *Jack Wilton* es una verdadera novela realista de intriga, pero esta y otras novelas en inglés se aproximan más al *Gil Blas* que al *Lazarillo* y al *Guzmán de Alfarache*, porque en Francia é Inglaterra la reacción violenta contra las novelas de caballería no se dejó sentir y no fué menester de la mezquindad del anti-héroe y de sus circunstancias. En resumen: *Jack Wilton* es un ejemplo extraordinariamente interesante de estilo y el mejor cuento pi-



caresco escrito en inglés hasta que Defoe escribió *Moll Flanders* y *Colonel Jack*. Está tocado aquí y allí de premeditada excentricidad eufemística de lenguaje, y corrompido por la introducción liberal de palabras inventadas, pero merece leerse como el primer ejemplo de obras inglesas derivadas directamente del *Lazarillo*. Cuán popular fué á fines del siglo XVI en Inglaterra la traducción del *Lazarillo* de Rowland, se nota por las numerosas alusiones é incidentes suyos en los dramaturgos de la época de Isabel. Shakespeare, entre otros, demuestra que lo había leído. En *Mucho ruido para nada* (1) hace decir á Benito: «¡Cómo! Ahora pegáis como el ciego; ya el muchacho que os roba la comida os lanzará contra el poste» (2). Este es uno de los incidentes de la novela. Era inevitable que una obra tan popular como *Lazarillo de Tormes* diese origen á una infinidad de continuaciones, comentarios é imitaciones. Al año después de su primera publicación, en 1554, fué completada por una segunda parte, publicada anónimamente en Antwerp, pero no en España. Era una obra infeliz que fracasó merecidamente, con excepción del primer capítulo, que narra la reunión de *Lazarillo* con algunos alemanes en Toledo, y cómo les acompañó al mar, donde naufraga y se convierte en un atún. Este capítulo es bueno, y se imprimió muchas veces como parte de la obra original. La continuación fué traducida por Williams Phiston, y se publicó en Inglaterra diez años después de haber traducido Rowland el *Lazarillo* original. La mejor continuación del *Lazarillo*, y la que comúnmente se incorpora á él, fué escrita en París por el desterrado aragonés Juan de Luna, y se publicó allí en español en 1620. Titúlase *Vida de Lazarillo de Tormes corregida y enmendada, y la Segunda Parte de la Vida de Lazarillo de Tormes, sacada de las crónicas antiguas de Toledo*. Luna era profesor de español en París, y modernizó el texto

(1) *Much Ado about Nothing*, acto II, escena I.

(2) *Ho! now you strike, like the blind man: 'twas the boy that stole your meat and you 'El beat the post.*

original, escandalizado por la necia adición de convertir á Lazarillo en un atún, que narrará las verdaderas aventuras de Lazarillo en su expedición contra los algerinos, como la ha oído contar á su abuela en su juventud. En vez de convertirse en un pez, Lazarillo, en esta versión, es rescatado por algunos pescadores, que deciden sacar dinero de mala manera exhibiéndole en una barraca como un tritón; y así continúan sus aventuras en verdadero estilo picaresco. La continuación de Luna es casi tan buena como el original, y fué traducida inmediatamente al inglés por James Wadsworth, y se publicaron numerosas ediciones con el título de *The Pursuit of the History of Lazarillo de Tormes*, y Blakeston también la tradujo. Se publicó de nuevo en 1668 (ambas partes) con el título de *The Witty Spaniard (El ingenioso español)*, con el incidente del pez, así como la continuación de Luna, y con un comentario titulado *Life and Death of Young Lazarillo (Vida y muerte del joven Lazarillo)*, que es un baturrillo de todas las novelas picarescas inglesas y españolas que se han publicado. Pero el *Lazarillo* original todavía sigue siendo hasta hoy la obra maestra, y sólo menciono estos comentarios con sus traducciones inglesas para demostrar cuánto influjo había adquirido en este país esa forma de ficción.

Pero el *Lazarillo* no fué en manera alguna la única novela española picaresca que prendió en Inglaterra. *Guzmán de Alfarache* fué acaso más famosa todavía. De toda la descendencia de *Lazarillo*, ninguna se aproximó á *Guzmán de Alfarache* en popularidad. Se publicó primero con el título de *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, en Madrid, en 1599. El autor era, como Cervantes, un insignificante empleado oficial, y aunque su tentativa en la literatura de ficción le granjeó una fama universal, siguió siendo pobre y emigró, para mejorar de posición, á Méjico, donde escribió mucho en prosa, especialmente una segunda parte del *Guzmán*. *Guzmán de Alfarache*, como *Lazarillo* antes de él, comienza su historia con su nacimiento, que es desgraciado. A los catorce años deja á su ma-

dre y comienza su vida por cuenta propia, y pronto se convence de que si ha de vivir debe engañar antes de ser engañado. Viaja por España é Italia, cambiando de servicio muchas veces; tan pronto bufón de un cardenal, como mendigo en Italia, como paje de un embajador francés; satirizando la sociedad, burlándose de los tipos, cometiendo fraudes, viviendo en posadas, ó en las cocinas de los ricos, de manos á boca; pero, generalmente hablando, en mejores circunstancias que *Lazarillo*. Publicáronse continuaciones forjadas y genuinas, é innumerables imitaciones; pero como todas estaban elaboradas con arreglo á los mismos procedimientos, no necesitamos considerarlas más. El industrioso James Mabbe, «Don Diego Puede Ser», publicó una traducción de ambas partes genuinas en Londres, en 1622, con el título de *The Kogne or the Life of Guzman de Alfarache (El Picaro ó la vida de Guzmán de Alfarache)*, y otras numerosas ediciones salieron á luz en inglés, francés, italiano, alemán y tudesco. A los lectores modernos el *Guzmán* pareceráles fastidioso y discursivo, á pesar del carácter entretenido de muchos de los incidentes narrados, porque la antigua tradición didáctica todavía se sostenía en la literatura española, y rara vez se resistía la tentación de sacar una lección moral de las iniquidades del anti-héroe. Que esto sea más notable en *Guzmán* y otros libros semejantes que ahora mencionaré que en el *Lazarillo*, el primero de la serie por muchos años, débese probablemente al hecho de que el *Lazarillo* constaba realmente de cuentos separados, esbozados primitivamente sin la intención de presentarlos al público como una historia coordinada; en tanto que *Guzmán* y otros intentóse desde un principio que fuesen obras completas y simétricas, y siendo así eso, tenían que adoptar naturalmente la forma tradicional, que, por otra parte, se encomendó á los censores eclesiásticos y á las autoridades, que podían hacer la fortuna de un libro ó anatematizarlo.

De las muchas otras novelas españolas famosas de truhanería poco es menester decir en detalle, puesto que todas están

fundadas en el mismo modelo. Como cambio, hubo una muchacha pícara llamada *La Pícara Justina*, publicada en 1605. Esta formó parte de un libro que en inglés se hizo muy popular con el nombre de *The Spanish Libertines (Las libertinas españolas)*, traducido por el capitán Juan Stevens y publicado en Londres en 1707. Este libro constaba de *Justina, the Country Filt (Justina, la coqueta aldeana)*; *Celestina, the Bawdof Madrid (Celestina, la Alcahueta de Madrid)*; *Estebanillo Gonzalez, the most arch and comical of scoundrels (Estebanillo González, el más grande y cómico de los pícaros): to rohich is addad a play call'd Au Evening's Adventures (á lo cual se agrega una comedia llamada Aventuras de Noche)*. El más característico de estos tipos es el pícaro Estebanillo González, que, pobre andrajoso como era, siempre aspiraba á ser un caballero. Seguramente era un pícaro más entretenido. El siguiente relato de una de sus escapatorias dará idea de su calidad. «Hiciéronme al cabo de cinco semanas (esto es, en el servicio del Cardenal), en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo, que de esta suerte avanza quien sabe tan bien servir y con tanta satisfacción de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, con tener de mi parte los cardenales, de que era el uno á quien servía, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso. Quiso mi favorable estrella que los criados de la casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla á los años de su eminencia, y á mí, por ser muchacho, ó quizá por saber que era chozno del conde Fernán González, me dieron el papel del niño rey de León. Estudiéle, haciéndole al que se hizo autor de ella que me diese cada día media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colación ligera con las unas y esfregarme la frente al cuarto del alba con las cáscaras de las otras, porque de otra manera no saldría con mi estudio, aunque no era más de media columna, por ser flaco de memoria; y esto, que había visto hacer á Cíntor y á Arias cuando estaban en la compañía de Amarilis, creyólo tan de veras que me hizo audaz de

allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los días, y estudiando todas las noches mascando pasas, y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas y haciendo fregaciones de frente. Llegó el día de la representación; hízose en un suntuoso teatro en una de las mayores salas del palacio; pusieron á la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo había de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros á cautivar-me. Convidó el Cardenal mi señor á muchos príncipes y damas de aquella corte; pusiéronme mis representantes de aldeas muchas galas de fiesta de Corpus, adornáronse de muchas plumas, y, en efecto, el palacio era un florido Abril. Pusiéronme un vestido de paño fino con muchos pasamanos y botones de plata y con muy costosos cabos, que fué lo mismo que poner-me alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del común vocablo del juego del ajedrez, por no volverme á ver en paños menores, le dije á mi sayo: jaque de aquí. Empezóse nuestra comedia á las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título, por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo de él, que no me perdía de vista. Llegó el paso de que yo salía á la caza y, fatigado del sueño, me había de recostar en aquella arboleda; y después de haber yo representado algunos versos y apartádose de mí los que me habían salido acompañando, me entré á reposar en aquel acopado y florido dosel, adonde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga, pues aún no había entrado en él cuando, siguiendo una carrera que hacía la enramada, me dejé descolgar del tablado, y por debajo de él llegué á la puerta de la sala, y diciendo á los que la tenían ocupada: «Hagan plaza, que voy á mudar de vestido», me dejaron todos pasar, y, menudeando escalones y allanando calles, llegué á la lengua del agua, y desde ella á la sombra del mar».

Otro libro famoso de esta especie fué la *Vida del Escudero Marcos de Obregón*, por Vicente Espinel, publicada por vez primera en 1618. Aquí el didactismo moral se ostenta sin re-

bozo, aunque las mismas aventuras son muy divertidas, estando el héroe á un nivel más elevado que el de Lazarillo, Guzmán ó Estebanillo. Espinel era un piadoso sacerdote de Madrid, y él mismo se nos manifiesta escribiendo el libro en su vejez con un fin moral en perspectiva, y promete así: «Y con el ayuda de Dios, procuraré que el estilo sea tan acomodado á los gustos generales y tan poco cansado á los particulares, que ni se deje por pesado ni se condene por ridículo». La historia es, á mi juicio, mucho más interesante que la de Guzmán; pero el buen sacerdote desea tanto inculcar la lección, que debe confesarse que hay una buena parte de paja en su grano. El libro fué traducido al francés y se hizo muy popular; pero, que yo sepa, no hubo traducción inglesa hasta 1816. La razón principal de que yo haya insistido en *El Escudero Marcos de Obregón* es que el *Gil Blas*, del cual hablaré directamente, parece haberse inspirado mucho en él; de suerte que si *Marcos de Obregón* no afectó inmediatamente á la literatura inglesa, su influencia sobre ella por medio del *Gil Blas* fué muy considerable.

Antes de referirme al *Gil Blas*, deseo, sin embargo, hablar de una obra española anterior, que Le Sage plagió con tanto éxito que aventajó á la obra original. La obra misma es una inspiración, y por medio de Le Sage ha llegado á ser uno de los tesoros permanentes del mundo. Hemos visto hasta aquí que la urdimbre del criado vagabundo ó aventurero sirviendo en muchas cosas, ponía al autor en condiciones de describir y satirizar una gran variedad de personas y lugares. Pero, por otra parte, esta tramoya tenía sus limitaciones. El pícaro sólo podía describir lo que estaba en situación de ver y oír; no podía sacar asuntos de su cabeza ni podía estar presente á escenas de que debía excluirse á su sirviente. Así Luis Vélez de Guevara, jurisconsulto y favorito en la corte literaria de Felipe IV, tuvo la feliz idea de presentar una nueva forma en 1641. Se llamó *El Diablo Cojuelo*. La historia se reduce á esto. D. Cleofás, un estudiante harapiento, anda co-

rriendo por los tejados, desde la ventana de su buhardilla, huyendo de los alguaciles que le persiguen. Para evadirse de ellos entra por la ventana en otra buhardilla, que resulta ser el laboratorio de un brujo. Mientras está penetrando por la ventana cae sobre una botella y la rompe. Con eso viene un diablillo cojo, á quien el brujo ha encerrado en su gabinete, y en prueba de gratitud por su liberación, él (Asmodeo) ayuda á D. Cleofás á volar sobre Madrid; y para entretenerle, levanta los tejados de cada casa, para que el estudiante pueda ver lo que pasa dentro. Desde las chozas de los mendigos hasta los palacios, pónense de manifiesto los secretos interiores, los vicios, las vergüenzas, las miserias de la ciudad; y el resultado es una sátira tan acerba, tan penetrante y, al parecer, tan cierta, que hace á este libro de gran interés sociológico. Es lástima que el lenguaje esté echado á perder por el fastidioso y afectado preciosismo que se había puesto en moda. Se verá que no hubo límite para su tramoya satírica. Todas las clases y personas fueron satirizadas, si la magia acudía á revelar los secretos íntimos de sus corazones.

Y así el astuto francés Le Sage, siempre en acecho de triunfos, y saturado de sentimiento y tradición españoles por la residencia en España y el estudio de su literatura, se apoderó de *El Diablo Cojuelo*; y por toda Europa, y especialmente Francia, se murmuró sonriendo y en escandalizados cuchicheos de *Le Diable Boiteux*, por Le Sage; y en Inglaterra de *The Devil on Two Stick* (*El diablo con dos muletas*), de Swift, ó algún otro escritor todavía incierto. La adaptación hecha por Le Sage de *El Diablo Cojuelo* sólo fué uno de sus esfuerzos por popularizar y reformar la novela picaresca. A él se debe la mayor y mejor novela picaresca española en el tono y el sentimiento, teniendo además la penetrante lucidez del espíritu francés; y *Gil Blas de Santillana* fué, más directamente que *Lazarillo ó Guzmán de Alfarache*, lo que dió la nota que hizo del aventurero patético un rasgo permanente de la ficción inglesa. Cuánto de su gran libro fué debido al mismo

Le Sage, es difícil decirlo. El autor vivió en la embajada francesa en Madrid por espacio de algunos años, á fin del siglo xvii y principios del xviii, y tradujo *Guzmán de Alfarache*, y, como hemos visto, adaptó *El Diablo Cojuelo*, además de escribir una mala continuación de *Don Quixote* y otro libro picaresco llamado *El bachiller de Salamanca*. Ha sido indicado por los españoles, y especialmente por el Padre Isla, que un francés escribiendo hacia 1700 no se hubiera tomado seguramente la molestia de bosquejar una pulida sátira política sobre los acontecimientos y personajes que habían pasado sesenta años antes. Pero no debe olvidarse que los escritores y lectores franceses siempre se inclinaron á la idea romántica que España presenta ante sus ojos en la corte de Luis XIII y Ana de Austria. Le Sage escribió *Gil Blas* cuando las antiguas tradiciones, maneras y costumbres españolas parecían como si hubieran desaparecido para siempre, ante una nueva dinastía francesa y nuevas ideas francesas en España. Tenía delante de sí los libros españoles picarescos que he mencionado, particularmente *Marcos de Obregón*, donde el color local estaba propicio á su mano; y sería indudablemente para él más atractivo colocar á su héroe en las circunstancias románticas de sesenta años antes que hacerle un personaje contemporáneo. A mi juicio, es al menos muy dudoso que Le Sage se preocupase realmente de la sátira política. Creo que aspiró simplemente á producir, como en realidad produjo, una novela picaresca intensamente interesante, más divertida, porque es menos discursiva y afectada, que los libros españoles de la misma clase. Es poco probable que pueda haber caído en sus manos un manuscrito que le proporcionase tantos chismes y detalles sobre la persona y época de Olivares, para que intentase así utilizarlo como el fondo de su novela. Esto es lo más probable, puesto que la época de Olivares era esencialmente un siglo consciente de sí mismo y de escribir memorias; y todos los españoles escribían, secreta ó francamente, maliciosas descripciones de cada uno de los otros. He tenido ocasión yo mismo de copiar algunas



docenas de documentos en varios lenguajes embutidos de color local sobre los reinados de Felipe III y Felipe IV, los cuales podrían haber bastado para dar á Le Sage todo el detalle político que necesitó para su libro. Que Le Sage hubiera hecho uso de ese material para *Gil Blas* no es más extraordinario que el que Víctor Hugo hubiera utilizado los *Viajes de Madame d'Auhnoy* para el color social (que naturalmente es falso en su mayor parte) el *Ruy Blas*. Sin embargo, el gran punto es que *Gil Blas* es uno de los libros más entretenidos del mundo, casi tan lleno de proverbial sabiduría como el mismo *Don Quijote*; y, como presenta una tendencia á la miseria y la deshonestidad, estaba de acuerdo con la forma inglesa natural de ficción picaresca y patética, que á fines del siglo xvi languidecía, pero que tomó una nueva vida del libro de Le Sage.

Antes de pasar á la consideración del efecto del *Gil Blas* en revivir y perpetuar la tradición picaresco-patética en la ficción inglesa, debo mencionar uno más de los muchos libros que se publicaron en España, escrito por uno de los mayores genios satíricos que la raza española ha producido: me refiero á Francisco de Quevedo Villegas. El libro se publicó por primera vez en Zaragoza, en 1626, y se llamó en la portada: *Historia de la Vida del Buscón, llamado Don Pablo. Exemplo de Vagamundos y espejo de Tacaños*. El libro es una verdadera novela picaresca. No es acaso tan fresca como *Lazarillo*, pero es infinitamente más sutil y es de todos modos superior á *Guzmán de Alfarache* y *Marcos de Obregón*. La intriga es más rápida, la narración es más coordinada, y la sátira de que abunda, como es natural, es salvaje en su ferocidad; mientras que su humorismo no es igualado sino por *Don Quijote*. El pincel de Quevedo no perdonó á nadie, ni siquiera á los sacerdotes; pero el chiste es tan rápido y tan violento, que toda España se rió con *El Gran Tacaño*, como el libro se llamó pronto, á pesar de su sátira. El libro se tradujo pronto al francés y se tituló *L'aventurier Buscon*, y se hizo muy popular en

Francia, con el resto de las obras de Quevedo, especialmente las *Visiones*, imitando Scarron y su escuela escrupulosamente el malicioso ingenio que informa las obras de Quevedo. En Inglaterra fué casi tan popular por el ímpetu de Sir Roger L'Estrange, é innumerables ediciones de las *Visiones* corrieron por toda Europa. La primera edición del *Buscón* en inglés se publicó en Londres en 1657 y se llamó *The Life and Adventures of Buscon the witty Spaniard, put in to English by a person of Honor* (*La vida y aventuras del Buscón, el ingenioso español, vertida al inglés por un hombre de honor*). Otra edición se imprimió en 1683, y se llamó *The Pleasant Story of Paul of Segovia* (*La chistosa historia de Pablo de Segovia*); título por el cual se conoce mejor todavía en Inglaterra y empleado en la hermosa edición de Mr. Watt, con ilustraciones de Vierge, publicada pocos años ha. El Capitán Stevens también la tradujo en 1707, y la llamó *The life of Paul the Spanish Sharper* (*La vida de Pablo el Estafador español*), é indudablemente algunas de las demoledoras sátiras de Swift están inspiradas por esta y otras obras de Quevedo.

Aquí, pues, vemos que desde mediados del siglo xvi hasta principios del xviii, hubo un torrente constante de esta clase de ficción, que pasó de España á Inglaterra. *Lazarillo, El Picaro Guzmán de Alfarache, Don Quixote, Marcos de Obregón, La Picara Justina, Estebanillo González, Gil Blas y La Vida del Buscón* formaban parte de la lectura ordinaria de una familia inglesa. Era inevitable que la forma que satirizaba á la sociedad exhibiendo tipos encontrados en un viaje, se naturalizase en Inglaterra. Era una forma sencilla y flexible, que se prestaba á variaciones infinitas y á la comprensión ó extensión que se desease. Así pasamos de los ingeniosos ardidés cronológicamente coordinados de bufones famosos como Skoggin, cruzando por *Jack Wilton* á fines del siglo xvi, hasta las muchas traducciones y adaptaciones de novelas españolas que entretuvieron á los lectores ingleses durante el siglo xvii. Pero hasta fines del siglo xvii, poca ó ninguna influencia se nota

que haya sido ejercida por estas historias sobre las genuinas novelas inglesas, en parte debido, sin duda alguna, á la moda continuada de la forma pastoril de novela. Con todo, cuando la sátira deseó pegar con una porra y el sentimiento de los partidos fué excitado en Inglaterra por las polémicas, entonces la pastoral insípida fué demasiado débil para este objeto, el folleto político fué insuficiente y se hubo menester del realismo más violento. Entonces vino á pedir de boca la flexible y adaptable urdimbre que he mencionado y la ficción inglesa tomó un rumbo nuevo como una ayuda para la controversia. La primera en orden, aunque no está en prosa, sino en versos macarrónicos, es el *Hudibras*, de Samuel Butler, que está rígidamente modelado con arreglo á *Don Quijote*. Es una sátira sobre los rígidos presbiterianos del tiempo de Cronwell. El burlesco caballero Hudibras es el Don Quijote del puritanismo, el enderezador de imaginarios entuertos hechos á su Dulcinea, y tiene su Rocinante y su Sancho, todo completo, como su progenitor español. Fué, sin embargo, el libelista polémico Defoe quien vió primero las ventajas de la forma española, como un vehículo satírico en la prosa. No me inclino á clasificar el *Robinson Crusoe* como ejemplo de esto, como algunos comentaristas se inclinan á hacer. Lo considero como una historia inspirada por la realidad, lo mismo que lo fué el diario de Defoe el año de la peste. Describe simplemente los incidentes del viaje y no intenta describir tipos, como lo hicieron todas las novelas picarescas. A mi juicio, las primeras novelas picarescas y patéticas puramente inglesas, después de *Jack Wilton*, fueron *Moll Flanders*, indudablemente inspirado por *La Picara Justina*, y *Colonel Jack*, en el cual influyó probablemente el *Gil Blas*. En lo sucesivo, el linaje es directo. El *Joseph Andrews*, de Fielding, que primitivamente fué una sátira literaria sobre la insípida *Pamela*, de Richardson, es picaresca y patética en la forma como en el fondo. Fielding la llamó una epopeya cómica y recuerda á sus lectores el *Telémaco* y la *Odisea*. Pero, podéis conjeturar lo que siente para

sus adentros, cuando dice que se puede llamar cualquier cosa menos novela caballescra.

Como hemos visto, la novela picaresca fué por su origen una reacción contra la caballescra. Fielding también escribió un mezquino Quijote hembra, que demostró que estaba bien versado en la ficción española. Smollett era erudito español y tradujo admirablemente el *Don Quixote*. Pero, antes de que lo hiciese, escribió *Roderick Raudons*, novela que derivaba directamente de los modelos españoles y puramente picarescos, en el sentido inglés y francés; es decir, que no trataba necesariamente de personas innobles ó escenas miserables, sino de las aventuras de un pobre joven, cuyo ingenio suplía la penuria de su bolsa. *Humphry Clinker* y *Peregrine Pickle* fueron inspirados por la misma tradición, á saber: la presentación de tipos encontrados en el viaje. Así fué también *Thistram Shandy*, de Sterne, y *The Sentimental Journey*, aunque profundamente impregnado del genio peculiar del autor. Dic Reus se inspiró francamente en Fielding, como el Capitán Marrnatt en Smollett; y tenemos en *Pic Kwick* y *Sam Weller*, á principios del siglo xix, reflexiones de *Don Quijote* y *Sancho Panza*; en *David Copperfield*, un pícaro honrado y sentimental, cuyas principales aventuras por la vida no tanto se forjan para exhibir sus propias cualidades como para presentar los tipos que tropieza. Cuando uno menciona la obra *David Copperfield*, éste es la última persona en quien pensáis. Pensáis en *Uriah Hecp*, en *Micauber*, en *Frad dles*, en *Besty Trotwood*, en *Mr. Dick*; y de igual manera, con *Walter Scott*, *Guy Manuering* ó *Waverley* son únicamente figuras accesorias en comparación con los personajes que encuentran y describen; y esto mismo ocurre en *Guzmán de Alfarache* y *Gil Blas*. *Midyhipman Easy* y *Japhet in Search of a Father* son puramente cuentos picaresco-patéticos, que nunca hubieran tomado su forma actual si no hubiese abierto el camino la novela española de intriga. Lo mismo puede decirse de *Yom Cringle's Loy*, de *Michael Scott*, y otras muchas obras

semejantes; y en *Huckleberry Frim*, de Mark Twain, vemos una intención transparente de hacer experiencias con un pícaro americano, en lo que las circunstancias pueden aproximarle á Lazarillo, Guzmán de Alfarache y el resto de la encantadora sociedad de jovenzuelos de agudo ingenio y de bolsas tan ligeras como sus corazones, que el genio español creó como una reacción contra los caballeros andantes.

## VII

### LA LITERATURA DEL VIAJE Y DE LA GUERRA

Cuando el centro del poder marítimo pasó del Mediterráneo, donde había estado vinculado por espacio de tres mil años, al Atlántico, los problemas de la supremacía marítima en Europa se alteraron, y el cetro del mar quedó á disposición de la potencia que primero reconociese y proveyese fructuosamente á las nuevas condiciones que se habían creado. Galeras con el gran número de tripulantes necesarios para remar, y el cargamento limitado y el espacio de provisión posible, no podían estar mucho tiempo en el mar para hacer provechosos viajes por el Océano sin tocar en tierra, ni podían vivir en los grandes polines atlánticos. Esto había sido reconocido por el príncipe Enrique de Portugal, que en el primer tercio del siglo xv inauguró la sistemática exploración atlántica y la colonización de las costas africanas en el camino de la India. El tipo del bajel que él perfeccionó; la carabela, dependiendo principalmente de buques pequeños fácilmente aparejados y sólo en caso de necesidad movidos á remo, resolvió en cierto modo el problema en lo que concernía á la costa de Africa. Pero el descubrimiento y exploración de América, aunque efectuado con buques semejantes á éstos, demostró que, aunque hicieron algo por el descubrimiento, fueron insuficientes para llevar los cargamentos de víveres y materia-

les requeridos por las nuevas colonias de la madre patria, ó el flete de oro y plata, especias y drogas, que hicieron provechoso el descubrimiento.

Los españoles tenían que resolver solos el problema, porque celosamente intentaron impedir la intrusión de cualquier otra potencia en el mundo occidental, que reclamaban como suyo. La solución á que se había llegado no fué particularmente provechosa en lo que concernía á la evolución de un nuevo tipo de bajel. Fué principalmente desarrollar, reforzar y armar los grandes, lentos y pesados barcos mercantes ó cascos, que siempre habían contado con las galeras como buques de refuerzo. El tipo así perfeccionado se armó pesadamente, especialmente á proa y á popa, pero iban muy cargados por la cofa; y aunque tan grandes galeones armados de cargamento iban escoltados habitualmente por galeras y otros barcos más pequeños y más ligeramente armados, muchas veces estaban en la práctica á merced de algún barco pirata ó corsario rápido, bien construído y cómodo, que se cuidaba de atacarlos; como presentaban un gran costado expuesto al fuego de los enemigos, y eran tan incómodos, que buques mucho más pequeños, con mejores líneas, costados más bajos y timones más ligeros, podían cercarlos y echarlos á pique, escapando ellos mismos sin daño alguno. No hubo marineros en el mundo que tuviesen que arrostrar peligros más graves que los campesinos ingleses del Oeste; y su oficio, el de pescador ó el de comerciante, según se presentaba la ocasión, era el resultado de muchos siglos de experiencia. Al afrontar los peligros y la gloriosa lucha de navegar por el Océano, el inglés comprendió que podía competir ventajosamente con cualquier hombre. Lo que un español se atrevía á hacer, él lo haría; y entró en el ánimo de Inglaterra la altiva pretensión de tener igual supremacía por mar que los españoles: que la raza fuese para los hábiles, y la batalla para los fuertes. Y de esta sed de aventuras brotó el imperio de la Gran Bretaña.

Los descubrimientos y conquistas de Colón y sus sucesores

fueron seguidos en Inglaterra tan apresuradamente como en todas partes, y las numerosas cartas y folletos dando cuenta de los primeros descubrimientos fueron traducidos en forma de baterías en inglés, tan pronto como salieron á luz en otros idiomas. Pero hasta mediados del siglo xvi, sesenta años después del primer viaje de Colón, no se satisfizo la curiosidad pública en Inglaterra por un relato completo de las exploraciones, tal como hasta esta época se habían publicado en España. Ricardo Eden fué quien dió el primer paso. Era un erudito inglés, que había sido agregado á la familia del rey Felipe cuando éste se casó con María Tudor en 1554; é indudablemente con el objeto de dar á los ingleses una idea de la grandeza de su nuevo rey consorte, Eden tradujo del latín en que estaba escrito ese famoso relato de los viajes de Colón, escrito por uno que había conocido al gran descubridor personalmente, el famoso Pedro Mártir Anglería, que, aunque italiano de nacimiento, era español adoptivo. *Las Décadas del Nuevo Mundo*, como se titulaba el libro de Pedro Mártir, publicado completo por primera vez en España en 1516, no fué, sin embargo, el único libro de que Ricardo Eden tomó materiales para sus propias *Décadas*. Utilizó también los libros de historiadores subsiguientes de la conquista: la *Historia general de las Indias*, de Oviedo, y la *Historia general de las Indias, con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año 1551*, de López de Gomara, Zaragoza, 1553. Eden llevó á término así su historia para calcular cómo se arreglaban entonces las cosas, publicando sus *Décadas* en 1555, en Inglaterra. El libro de Eden, aunque muy á favor de los españoles, fué, no obstante, considerado por el obispo Gardiner como sospechoso de herejía en algunos pasajes, y el autor fué multado y perdió su cargo oficial.

Sin embargo, el libro fué arrebatado y leído con avidez por un público positivamente sediento de tomar parte en las vastas regiones áureas del Nuevo Mundo, que los españoles re-

clamaban como suyo. Pero con María en el trono y Felipe rigiendo severamente el Consejo privado inglés, no fué posible ninguna indicación pública de que los ingleses tenían tanto derecho como cualquier otro á buscar nuevas tierras incultas allende el Océano occidental. Con la venida de Isabel todo cambió. Desde el primer año de su reinado hasta el día de su muerte, la gran reina nunca cejó en su demanda de que al menos á su pueblo no se le cerraría la puerta del Nuevo Mundo, y que las tierras no regidas por príncipes cristianos habían de ser propiedad de aquellos cuyos súbditos las tuviesen sometidas. En lo sucesivo, no sólo la curiosidad y el amor de provocar la lectura, sino la determinación de los ingleses de tener su parte íntegra en el comercio del Océano y de las tierras inexploradas, condujo á los espíritus aventureros á cruzar los mares en busca de botín, comercio y descubrimiento. Hasta la época en que Juan Hawtrins, en 1562, hizo á su primera compra de esclavos bordear la costa occidental de Africa, y á través de las colonias españolas en las Indias occidentales traficar por fuerza si no querían por la persuasión, hasta entonces los viajes ingleses, con excepción de la excursión de William Hawkin al Brasil en 1530, no se habían extendido mucho más allá de las costas de Portugal, España y Marruecos, con una rara escapatoria al Levante. Pero desde esa época (1562) en adelante la demanda de información en el camino del Oeste era tan enérgica en Inglaterra, que á los autores les costaba trabajo estar en paz con ella. Los detalles de navegación al Oeste de las Azores eran todavía desconocidos prácticamente en Inglaterra. España no sólo amenazó con tratar como piratas á los buques extranjeros en el Oeste del Atlántico, sino que guardó celosamente los secretos de las corrientes, vientos, mareas, costas, sondas. Pero la voracidad de los ingleses no reconocía obstáculos. El conocimiento lo necesitaban, y lo tendrían. Y así salió de la prensa de Londres una multitud de libros reproducidos del español, que excitaron los corazones ingleses y ayudaron á los ingleses al conocimiento necesitado



para atravesar el Atlántico y encontrar para sí mismos el Occidente áureo.

Los traductores salieron usualmente, no de literatos y hombres instruídos, sino de los comerciantes ingleses, que por residencia ó tráfico en España no sólo se habían familiarizado con el idioma, sino que también había adquirido una noción de la enorme ventaja que las colonias, como las de España, producían á Inglaterra. Eran un gran número de estos comerciantes ingleses residentes en los puertos españoles, que, aunque francamente católicos devotos, estaban, con todo, orgullosos de su país, y siempre deseosos de servir á sus intereses. Estos eran, en su mayor parte, los hombres que ahora proveían lo que deseaban con ahinco sus paisanos: el conocimiento del camino occidental; aunque debe admitirse que, en regla general, se cuidaban de cruzar el mar para burlar la Inquisición antes de que se publicasen sus traducciones inglesas. No había para ellos falta de material español, aunque debe confesarse que la mayoría de los libros traducidos no nos parecen transmitir muy útil dirección para los exploradores prácticos, aun cuando hayan sido interesantes como libros de viaje. El primero y más activo de estos traductores asalariados fué un tal Juan Frampton, que había estado mucho tiempo prisionero en los calabozos de la Inquisición en Sevilla; pero se había esforzado por lograr su libertad, y vino á Inglaterra en 1577. Comenzó su trabajo literario sacando á luz inmediatamente la traducción de un famoso libro por un médico español que había visitado á América, llamado *Historia medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias occidentales que sirven para medicina, con un tratado de la piedra bezar; las grandezas del hierro y de la nieve y del beber frio, por Nicolás Monardes*, que se había publicado en España en 1569 y 1574. De este libro, que contiene no poca charlatanería mezclada con ciencia, Frampton publicó una versión inglesa en 1577 con el título de *Noticias alegres del mundo recién descubierto; donde se declaran las virtudes de las diversas plantas, hierbas, aceites,*

*pedras, etc. (Yoyful Newes of the Newe fonude Worlde; Wherein is declard the virtues of divers plannts, herbes, oils, stones, etc.).* En 1579 Frampton publicó otro libro, una traducción de los relatos de Bernardo de Escalante de los viajes portugueses á las Indias orientales, que Frampton llamó *A Discourse of the Navigation thatthe Portingales doe make to the Eastern parte of the Worlde* (*Un discurso de la navegacion que el Portingales hace á la parte occidental del mundo*), y poco después, el mismo traductor industrioso introdujo los viajes de sir Marco Polo á los lectores ingleses de la versión española. Todos estos libros fueron leídos apresuradamente por una Inglaterra enardecida con las historias de la tiranía española y su debilidad efectiva en los mares, y de los tesoros vastos en poder de sus buques pesados é incómodos, que debían ser poseídos por hombres audaces para la rapiña. Otros traductores mercenarios siguieron á Frampton, tratando de alentar este espíritu, produciendo libros de exploración y viaje de originales españoles. Tomás Nicholas, comerciante de las Canarias, había caído en las garras de la Inquisición, como Frampton, y había cruzado los mares dejando atrás los dominios del rey Felipe en cuanto pudo. Comenzó á publicar en Inglaterra al mismo tiempo que Frampton. Su primera traducción fué un extracto de la española, llamado *Strange and Mearvellous Newes lately come froonthe great Krigdon of China, in a Letter seul from Mexico to Spain* (*Extrañas y maravillosas Noticias recién llegadas del gran Reino de China, en una carta enviada de Méjico á España*). Pero en 1578 se publicó otro libro más importante, que es en realidad una traducción de la *Historia de las Indias*, de López de Gomara, que ya he mencionado, y que Eden había utilizado en parte en 1555 en sus *Décadas del Nuevo Mundo*. Pero este libro de Nicholas se publicó en unas circunstancias más favorables que las de Eden, y su popularidad fué grande. Se llamó *A Pleasant History of the Conquest of West Indies* (*Una agradable historia de la conquista de las Indias occidentales*). Algún tiempo después, Ni-

cholas emprendió la tarea de traducir otro famoso libro por uno de los conquistadores, con quien se había encontrado en España. Era la *Conquista del Perú*, por Agustín de Zárate, y Nicholas sólo tradujo los cuatro primeros libros; pero les agregó el libro final de Zárate, dando cuenta del descubrimiento de las ricas minas de plata del Potosí.

Hubo otro comerciante inglés que traficaba desde las Canarias y que tradujo libros semejantes de los originales españoles para satisfacer el deseo de sus paisanos de información respecto á los países extranjeros. Su nombre fué Nichols, y de sus manos salieron varios libros. Cuando el odio á los españoles se hizo mayor, después del viaje de saqueo llevado á cabo con gran éxito por Drake, y el secuestro en Inglaterra del tesoro español, se publicó en Londres otro libro que causó gran sensación. Este fué la famosa acta de acusación contra el tratamiento de los españoles para con los indígenas americanos, escrita primero por el apóstol de las Indias, Padre Las Casas, cuya abrumadora denuncia de la inhumanidad de sus propios países es aún hoy una de las más enérgicas obras de defensa en el mundo. La versión española se llamó *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, y el libro inglés, que fué traducido por un autor desconocido, se publicó con el título de *The Spanish Colony (La Colonia española)* en 1583. Para un público ya enardecido acerbamente contra España este libro dió nuevo pábulo al odio, y se hizo uso de él por el partido de la guerra en la corte de Isabel. Todos estos libros eran, no obstante, nada más que historias y narraciones de aventuras pasadas, con ligeras descripciones de las tierras recién descubiertas. Lectura agradable y excitante, sin duda alguna, y propia para incitar al lector á aventurar su vida ó su dinero en la persecución de fines semejantes.

Con esto se alentó el espíritu aventurero; pero como faltaba el conocimiento correspondiente de los detalles de la navegación atlántica, si se emprendían expediciones, difícilmente podrían llevarse á feliz término. Drake y Hawknis, Cumberland,

Winter, Frobisher y los demás grandes marinos de la época de Isabel no se arrojaron al no trillado Atlántico guiados sólo por el instinto aventurero. Habían recogido escrupulosamente, por medios buenos y malos, toda migaja de información que podía lograrse de los españoles que habían hecho la travesía occidental. Marineros capturados en el mar se veían forzados con sobornos, mimos y amenazas de tormento á decir todo lo que sabían de los vientos, corrientes, mareas, sondas y costas del Nuevo Mundo. Los papeles de Estado abundan en esas declaraciones, y algunos de los diarios de Drake, que han pasado por mis manos, demuestran con cuánta paciencia recogió y anotó todo fragmento de información que pudiera serle útil en sus viajes. Pilotos, especialmente portugueses desafectos, fueron sobornados á precios subidos para dirigir las expediciones inglesas. Pero por cada expedición importante, como las de Drake, Cumberland ó Raleigh, hubo un puñado de aventureros insignificantes con un bote pequeño y de casco derrengado ó dos, que, tomando en sus manos su vida y fortunas, se iban á encontrar la tierra del oro que había de darles á ellos y á los suyos lujo y comodidad ó una muerte miserable. Estos hombres no sólo necesitaban también aprender algo de los pelibros que habían de arrostrar, sino la ciencia por la cual habían de vencerlos. Los españoles casi eran los únicos, como he indicado, que poseían la ciencia de la navegación atlántica, y todo libro español escrito sobre este asunto era prontamente traducido al inglés y muy vendido en Inglaterra. Sólo dos años después del advenimiento de Isabel (1561) publicó Ricardo Eden su traducción del *Arte de Navegar*, por Martín Cortés, de Sevilla, que se había publicado diez años antes en España. Fué reimpresso una y otra vez en Inglaterra, con nueva información, y todo patrón de barco que soñaba con guiar su buque al Nuevo Mundo trataba de poseerlo como su *vademécum*. El libro es raro ahora, y la edición más antigua que conozco es la de 1576, revisada y ampliada por el editor Juan Tapp, que posteriormente, por espacio de muchos años y pe-

riódicamente, publicó nuevas ediciones revisadas. El libro en inglés se llama *El Arte de la Navegación*, escrito primero en lengua española por el excelente marinero y matemático de estos tiempos Martín Cortés. Traducido al inglés por Ricardo Eden. Ampliado y revisado por Juan Tapp, para que se venda en su comercio en Saint-Magnus, á la esquina del puente de Londres.

Tapp mismo escribe un prólogo que dará idea de la popularidad conquistada por el libro. «Cortés y amistoso lector—dice:—aquí os presento á vuestra vista *El Arte de la Navegación*, fruto de la práctica de Martín Cortés, español de cuya destreza y perfección en las cosas de marina es suficiente testigo la obra misma, porque no hay libro existente en lengua inglesa que en un método tan breve y fácil descubra tantos y tan raros secretos de filosofía, astronomía, cosmografía y en general de todo cuanto atañe á la buena y segura navegación; pero como se ha impreso tantas veces, se han deslizado en él algunas erratas, por falta de previsión y buen cuidado». Tapp se jacta de que lo ha revisado perfectamente y le ha agregado nuevos índices. El libro contiene minuciosas descripciones y reglas para el empleo de los instrumentos científicos—el astrolabio y el compás,—calendarios, los nombres de las principales estrellas, mucha ciencia meteorológica, la teoría de las mareas, las variaciones del compás y mapas para el cálculo de latitudes. Hay también una descripción de un instrumento que, por lo que puede comprender un hombre de tierra adentro, parece anticipar el cuadrante y el sextante, que desde entonces han suplantado al astrolabio.

Ni fué la versión de la *Navegación* de Martín Cortés hecha por Eden el único libro de su clase publicado en Inglaterra. Pedro de Medina había publicado en España, en 1545, otro: *Arte de Navegar, en que se contienen todas las Reglas, Declaraciones, Secretos y Avisos que en la buena navegación son necesarios y se deben saber. Fué visto y aprobado en la insigne Casa de Contratación de las Indias por el Piloto mayor y Cos-*

*mógrafos de Su Majestad*. Este libro, que ahora es raro, como el de Cortés, contiene un mapa del Atlántico desde la costa occidental de África hasta las Indias Occidentales y América Central, que demuestra cuán extraordinariamente confusas eran todavía las nociones sobre la conformación de las costas americanas. El libro de Medina encontró también un traductor en Frampton. En 1578 se publicó en Londres otro libro sobre el mismo asunto, una traducción del español hecha por el industrioso traductor Eduardo Hellowes del *Informe de la Aguja Magnética y sus inventores*, de Antonio de Guevara (1539). Hellowes llamó á su librito: *A Book of the Invention of the Art of Navigation (Libro de la Invención del Arte de la Navegación)*.

Salió en verdad de las prensas de Inglaterra, durante la última mitad del siglo XVI, un diluvio perfecto de libros directamente traducidos ó inspirados por los textos españoles, tratando de la exploración y navegación, en que los ingleses se interesaban ahora tan profunda y permanentemente. Viajes al Este y al Oeste, de españoles y portugueses, descripciones de maravillas más allá de la creencia humana, de hombres con cerebros en sus estómagos, de palacios de oro, de vastas ciudades de muchas leguas de extensión, historias salvajes de marineros medio maniáticos que por espacio de muchos años se habían perdido para la civilización y habían quedado asombrados y confusos entre la imaginación y el hecho. Todos fueron arrebatados por un público inglés hambriento de sorpresas y ardiendo en deseos de ilimitada riqueza fácilmente ganada en las lejanas tierras misteriosas. Una lectura del librito de uno de los grandes espíritus de la Inglaterra de la época—el relato de sir Walter Raleigh de su viaje á Guiana—demostrará al lector cuán profundamente habían ahondado en el alma de la nación estos cuentos milagrosos de los españoles. Sin ellos, ¿quién sabe si la imaginación inglesa hubiera arrastrado á los hombres á estos viajes, en apariencia desesperados, en embarcaciones pequeñas y frágiles, á resistir los embates del

Atlántico y á morir noblemente, como murieron sir Humphrey Gilbert y otros ciento, en una persecución desesperada, que, aunque fracasó al descubrir una tierra de El Dorado, encontró el mayor imperio que el mundo ha visto?

Si Raleigh, por leer á López de Gomara y á los otros narradores del descubrimiento, pudo llegar á pensar, como lo hizo, en la fabulosa tierra de Manoa y sus montañas de oro; si estas historias le indujeron á arriesgar su último céntimo, á empeñar las joyas de su esposa y á comprometer su libertad y su vida, juzgad qué efecto deben haber producido sobre las personas ignorantes é iliteratas de la misma época. No era menester extrañarse del entusiasmo, más aún, casi del frenesí con que los ingleses de todas las categorías anhelaban aventuras allende los mares, como lo habían hecho los españoles antes de ellos. Algunas líneas del *Descubrimiento de Guiana*, de Raleigh, probarán cómo le habían excitado las relaciones españolas. Después de describir en ardientes frases la grandeza y esplendor de la supuesta Manoa, continúa: «Y si la comparamos con la del Perú y leemos la relación de Francisco López y otros, parecerá lo más creíble: y porque podemos juzgar del uno por el otro, me parece bien insertar parte del Capítulo XII de López, en su *Historia General de las Indias*, donde describe la corte y magnificencia de Guaynacapa, antepasado del Emperador de Guiana, y cuyas palabras son éstas: «Todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y de plata, y cuando menos de plata y de cobre, por más recio. Tenia en su recámara estatuas huecas de oro, que parecian gigantes, y las figuras de propio tamaño de cuantos animales, árboles y yerbas produce la tierra y de cuantos peces cria la mar y agua de sus reinos. Tenia asimesmo sogas, costales, cestas y trojes de plata; rimeros de palos de oro que pareciesen leña rajada para quemar; en fin, no habia cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha y aun dicen que tenian los ingas un verjel en una isla y cerca de la Puna, donde se iban á holgar cuando querian mar, que tenia la hortaliza, las flores y

árboles de oro y de plata: invención y grandeza hasta entonces nunca vista. Allende de todo esto, tenía infinitísima cantidad de plata y oro por labrar en el Cuzco, que se perdió por la muerte de Guaxcar: ca los indios lo escondieron, viendo que los españoles se lo tomaban y enviaban á España». Y en el capítulo XVII dice: Francisco Pizarro hizo pasar el oro y la plata de Atahualpa después que lo hubo cogido, lo cual describe López en las palabras siguientes (1): «Hallaron cincuenta y dos mil marcos de plata y un millón y trescientos y veinte y seis mil y quinientos pesos de oro». Ahora bien: aunque todas estas relaciones parezcan extrañas, sin embargo, si consideramos los muchos millones que se llevan diariamente del Perú á España, fácilmente podemos creer lo mismo, porque vemos que por el abundante tesoro de ese país el rey de España veja á todos los príncipes de Europa, y en pocos años ha pasado á ser, desde el pobre rey de Castilla que era, el mayor monarca de esta parte del mundo, y que está en condiciones de prosperar día por día, si otros príncipes desperdician las buenas ocasiones ofrecidas, y sufren que se agregue á los demás este imperio, que excede con mucho á todos los demás. Si su oro nos pone ahora en peligro, entonces será irresistible». Por todo este libro y otros del mismo escritor, Raleigh demuestra cuán profundamente había estudiado los relatos españoles de América y de la navegación atlántica. Acaso era el intérprete de su siglo, y los libros que francamente le inspiraron y enseñaron deben haber apelado en el original y las traducciones á miles de sus paisanos animados por un espíritu semejante de aventura y ambición.

Todas las traducciones de relatos españoles de exploración que he mencionado, por grande que fuese su efecto sobre los espíritus ingleses, eran, como hemos visto, producidos por pu-

---

(1) No se olvide que la cita del historiador de las Indias está intercalada en la de Raleigh, que la cita del original español directamente.—  
*N. del T.*



blicistas aislados y traductores que satisfacían una exigencia general. Había pocas tentativas de correlación, é indudablemente hubo pocos hombres, al menos hasta fines del siglo, capaces de analizar textos ó dilucidar afirmaciones, porque anteriormente había éscasez de material en manos inglesas para atestiguar la verdad de las afirmaciones hechas por españoles, que hablaban como testigos oculares de lo que describían. Pero después que Drake y las huestes de piratas hubieron saqueado á los españoles en sus propios mares, é ingleses, franceses y alemanes fueron haciendo algo de lo mucho que querían en los océanos que los españoles se habían esforzado por cerrar, aumentó la masa de conocimientos; y surgió en Inglaterra un hombre de cerebro bastante poderoso é imaginación bastante lúcida para ver la importancia para el futuro de Inglaterra de que toda la información asequible sobre la exploración y la colonización se hiciese provechosa, y que el conocimiento de la ciencia de la marinería era tan necesario como la audacia de ánimo para la fundación de un imperio colonial.

Cosa harto curiosa: este joven clérigo, Hakluyt, cuya ambición fué tan grande y prudente para Inglaterra, no era de linaje inglés, sino tudesco. Sus servicios á la ciencia de la navegación y exploración nunca pueden recompensarse. Había publicado cuando era muy joven, en 1585, una nueva edición del *Orbe Novo*, de Pedro Mártir. Pero á fines del siglo había madurado su gran proyecto de coleccionar, de todas las fuentes, impresas, manuscritas y verbales, descripciones de viajes en todas las partes del mundo. Los tres magníficos volúmenes, cuando salieron á luz eventualmente, presentaban en verdad una historia completa de las exploraciones desde los primeros tiempos hasta el período de la publicación; Hakluyt tomó sus narraciones del alemán y del latín, del francés y del inglés, así como del español. De labios de marineros que habían vuelto de aventureras correrías, de los diarios de navegación de los buques y de las cartas familiares de los capitanes, el erudito é

industrioso anglo-tudesco sacó sus narraciones de viajes, que hasta hoy son tan útiles como entretenidas para leer. Pero el punto que deseo grabar en el espíritu de mis lectores es que el ambicioso proyecto de Hakluyt no fué simplemente una tentativa literaria. Había visto á España sobrepujar al resto del mundo logrando la expansión colonial. Había visto cómo los ingleses, aunque habían nacido marineros, se habían visto obligados á recurrir á los textos españoles y á depender de la experiencia española para aprender la navegación científica del Atlántico; cómo se habían visto obligados á pelear por espacio de cuarenta años, brutal y continuamente, para conseguir el derecho de cruzar con sus barcos el mar y visitar tierras desconocidas para la civilización. Y Hakluyt estaba animado por el deseo de inducir á sus paisanos adoptivos á basar sus reclamaciones y su acción futuras en la erudición de primera mano más bien que en la violencia. Que el ejemplo español fué el que inspiró su proyecto se nota en las dedicatorias separadas de estos tres volúmenes. La dedicatoria á lord almirante Howard del primer volumen de las *Navegaciones principales* (1599) tiene por objeto inculcar la necesidad de la enseñanza sistemática de la náutica «si Inglaterra ha de formar parte del mundo marítimo». «Cuando traigo á la memoria— escribe Hakluyt—cuántos barcos se han perdido, cuántas personas útiles se han sumergido en el mar y cuánto se ha empobrecido este reino con la pérdida de gran artillería y otras riquezas comodidades por la impericia de nuestros marinos, he deseado sobremanera que se diese sobre navegación una conferencia en esta ciudad para desterrar nuestra gran ignorancia en cosas marítimas, y por el aumento y multiplicación general de los conocimientos náuticos de este siglo, en el cual Dios ha excitado un deseo tan general en la juventud de este reino de descubrir todas las partes de la faz de la tierra, para este reino no conocido en los siglos anteriores. Y para que esto no parezca vana fantasía ni ardid mío, dignese su señoría comprender que el emperador Carlos V, considerando la impericia

de sus marinos y los múltiples naufragios que ocurrían al pasar y repasar de España á las Indias occidentales, con gran perspicacia y previsión estableció no sólo un piloto mayor para examen de los que trataban de tomar á su cargo buques en ese viaje, sino que también fundó una notable conferencia del *Arte de Navegación*, que se lee hasta hoy en la Aduana de Sevilla. Los lectores de esa conferencia no sólo han enseñado é instruído á los marineros españoles con palabras, sino que también han publicado diversos extractos y meritorios tratados referentes á cosas marítimas para la dirección y aliento de la posteridad. Las eruditas obras de esos lectores, á saber: Alonso de Chaves, Jerónimo de Chaves y Rodrigo Zamora, cayeron afortunadamente en mis manos mucho ha, junto con el grande y severo examen de todos los patrones que desean hacer viajes á las Indias occidentales. Cuando los leí por vez primera y los consideré como es debido, parecióme un procedimiento tan excelente y exacto que deseé sobremanera tener la suerte de ver establecido entre nosotros el mismo orden». Esto demuestra, sin dejar lugar á duda, que la primera idea de la obra de Hakluyt y los inapreciables servicios que prestó á la náutica y á la literatura inglesa, fueron debidos á los libros españoles que había leído. La continuación de sus trabajos y su conclusión sólo fué posible, por otra parte, por el nuevo material español que cayó en sus manos. Muchas de sus narraciones son directas y reconocidas traducciones de los textos españoles, y otras experiencias obtenidas con españoles y en comarcas españolas.

En la dedicatoria de su segundo volumen, Hakluyt se hace evidente que el principal objeto de su obra es dotar á los ingleses del conocimiento marítimo poseído por los españoles, para que los últimos fuesen derrotados con sus propias armas. Después de alabar la carrera marina y la colonización como una buena salida para la ardiente energía de los jóvenes ingleses, continúa: «Hay debajo de nosotros, en el grande y amplio país de Virginia, cuyo interior ha de suponerse que es tan be-

nigno y hermoso en el clima, tan rico y abundante en minas de plata, tan aptas y capaces de todas las comodidades que Italia, Francia y España pueden proporcionar, que los españoles mismos en sus propios escritos impresos en Madrid en 1586, y al cabo de algunos meses después reimpresos por mí en París, y en un mapa secreto de esas partes hecho en México el año antes para el rey de España — el original, que con muchos otros está bajo la custodia del excelente matemático Tomás Hariot, — como también en las cartas españolas interceptadas que cayeron en mis manos llevando la fecha de 1595, reconocen que él interior (esto es, de Virginia) es un país mejor y más rico que México ó Nueva España. Y otra parte, sus principales escritores, como Pedro Mártir Anglería y Francisco López de Gomara y otros, reconocen con un consentimiento que toda esa vasta extensión de tierra desde los sesenta y siete grados de latitud en Norte casi de la Florida fué descubierta por vez primera por Inglaterra, por precepto del rey Enrique VII, y la parte meridional, antes de cualquier otro pueblo cristiano, se había incluido entre las diversas colonias inglesas por real consentimiento de su Sagrada Majestad».

La misma insistencia sobre su inspiración española y su dependencia de los originales españoles, se ven en la dedicatoria del tercer volumen á sir Roberto Cecil. «Puesto que en nuestras guerras con España—dice,—por la captura de sus buques y el saqueo de sus ciudades, la mayoría de todos sus secretos de las Indias occidentales y de todas partes han caído en manos de nuestros habitantes (siendo así que en los primeros tiempos eran, en su mayor parte, desconocidos para nosotros), he empleado lo mejor de mis esfuerzos en conseguir traducir del español, y habiéndolo conseguido, aquí en este volumen publico esos secretos, que pueden de cualquier manera aprovecharnos, ó dañarles si nos estimulan por sus súbitas insolencias para continuar nuestro método de utilidad contra ellos». Entonces comienza á divagar sobre el valor de la información recogida. No hay ciudad, puerto ó río de importan-

cia en las Indias occidentales, de las cuales no se dan buenas descripciones de fuentes españolas, varias de las cuales menciona. Así es evidente que á los textos literarios españoles débese en gran parte la idea de una escuela científica de náutica inglesa, y que el primer apóstol literario de un vasto imperio inglés allende los mares fuese inspirado para emprender su propaganda por la influencia de los libros españoles.

Hubo otra ciencia en que los españoles aventajaron, en el siglo XVI, á todas las demás naciones: la ciencia de la guerra militar en tierra. Hubo muchas razones para esto. Se desconocían ejércitos de tierra. Se reclutaron las tropas para una campaña, y se despedían cuando se hacía la paz. Pero los españoles habían estado peleando prácticamente sin interrupción, por espacio de algunos siglos, primero contra los moros, y luego, después del advenimiento del emperador Carlos, en las guerras constantes de Italia, y posteriormente en las guerras de religión en Alemania, y las campañas en las fronteras flamencas. Tan superior fué el conocimiento de los españoles en la guerra por tierra, que cuando Enrique VIII, en alianza con el emperador, cruzó el canal con su ejército para sitiar á Boulogne, y se esperó que marchase á París, tenía que haberle agregado un famoso general español, el duque de Alburquerque, y también un cuerpo extraño de mercenarios españoles para endurecer á sus ingleses inexpertos. He referido los esfuerzos desesperados hechos por Enrique VIII, y hasta por el protector protestante Somerset, para conservar su paga á un cuerpo de hombres españoles, que fueron, en realidad, la flor de los soldados de Europa en el siglo XVI (1). Las modas

---

(1) Brantome pregona la admiración de toda Europa por estas tropas excelentes y brillantes. Podemos ver en sus páginas cómo la galante apostura del español tradicional se impuso é influyó en el vestido, el lenguaje, la conducta y los modales de Francia, Inglaterra é Italia. Cuando Brantome oyó que los mosqueteros del duque de Alba pasaban por Francia para atacar á los protestantes en Holanda, nos dice que hizo una larga jornada en silla de posta sólo por tener el gusto de ver á «esa hermosa tropa de

militares fueron adoptadas por otras naciones, que las tomaron de España en aquel período tan naturalmente como los trajes de señora se copian ahora de París, y lo mismo que Londres dicta cómo irá ataviado el hombre en todo el mundo civilizado. Por espacio de muchos siglos, con pocas y breves rupturas, España é Inglaterra habían sido amigas, y los soldados ingleses no perdían ocasión de juntarse con los hombres de armas españoles en el campo de batalla. Pero los recuerdos de sus proezas se leían en español, francés, italiano, é incidentalmente en traducciones inglesas. La *Guerra de Granada*, de Diego de Mendoza, dando cuenta de la guerra de Felipe II contra los moriscos andaluces, fué un libro popular y de moda, como lo fueron *Guerras civiles de Granada*, de Pérez de Hita; *Comentarios de la guerra de Flandes*, de Bernardino de Mendoza, y *Guerra de Alemania*, de Avila y Zúñiga, relato de las guerras luteranas traducido al inglés por Juan Wildnison, en el reinado de Felipe y María, año de 1555.

En libros sobre asuntos militares ocurría lo mismo que he indicado en la literatura de exploración marítima. Los primeros libros eran históricos y literarios, con objeto de transmitir información respecto á las hazañas de estos temibles tercios de infantería que habían marchado victoriosos por Europa. Mas después del advenimiento de Isabel, y especialmente después del patrocinio de los habitantes de los Países Bajos en su rebeldía, habían enviado á los capitanes y soldados ingleses por miles á través del mar del Norte, para encontrar á esos guerreros ceñudos de la escuela de Alba; entonces la necesidad del conocimiento actual de su táctica y de la disciplina y organización que les hicieron lo que eran, se introdujeron entre los

---

soldados bravos y galantes, bien escogidos de los tercios de Nápoles, Lombardía, Sicilia, Cerdeña y algunos del regimiento de la Goleta: todos veteranos, tan bien equipados y armados, la mayor parte de su armadura adamascada y el resto cincelado y bruñido, de suerte que cada soldado os parecía un capitán y no lo que era; en tanto que por su arrogante y noble gracia les pudierais tomar por príncipes».

ingleses que tenían que pelear con ellos. Desde entonces salieron de las prensas en Inglaterra muchas traducciones de los libros españoles que trataban de asuntos militares. Las versiones inglesas son ahora todas raras, y no he podido ver muchas de ellas. Pero las que he leído son extraordinariamente sugestivas y demuestran cuán escrupulosamente las ideas militares de Inglaterra se ajustaban á la enseñanza española. Cosa harto curiosa: estos libros, que, como indicaré, contienen un sistema completo de organización, tan plenamente madurado como las reglas de nuestro propio rey para el ejército, se presentan en la forma de diálogo, en el cual un famoso general, muerto ó vivo, se supone que es la persona que transmite la información á otra persona, que está buscándola. Uno de los libros principales de esta clase publicado en Inglaterra, fué *El oficio de sargento mayor*, traducido anónimamente del general Sancho de Londoño, llamado *Un discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar á mejor estado*, y se publicó en Londres, en 1589, cuando, como se recordará, el galante Vere y sus ingleses estaban peleando con los españoles en Flandes. El original español estaba dedicado al gran duque de Alba.

Pero un libro más importante fué uno que se publicó en Londres al año siguiente, 1590, llamado también *El sargento mayor*, que era una traducción hecha por Juan Thorins de la obra de Francisco Valdés, *Espejo y disciplina militar*, y contiene una descripción exacta de la organización de un regimiento, que, en realidad, era el sistema adoptado en el servicio inglés, como consecuencia de la publicación de estos libros. Hay dos puntos que chocan especialmente á un moderno lector militar en estos libros, á saber: la suprema importancia atribuída al cargo de sargento mayor, el cual ocupaba una posición semejante al puesto ahora desempeñado por un coronel de regimiento y su ayudante en combinación, habiendo sido escogido siempre el sargento mayor por su conocimiento y experiencia, y nunca por su jerarquía, riqueza ó influencia, como ocurre muchas veces con los comandantes; siendo el se-

gundo punto el escuadrón ó formación del cuadrado en marchar ó maniobrar, y la dependencia del peso y contacto más bien que la movilidad en el ataque y la defensa. Esta persistencia en los antiguos ideales, á pesar del cambio efectuado en las posibilidades de la guerra por el adelanto en artillería, era característicamente española; y por la traducción de libros españoles acerca de ciencia militar, esa tendencia imprimió su huella en la táctica por espacio de más de dos siglos. En la ciencia naval, la aparición en Inglaterra de un genio original como Drake y el ímpetu dado á la construcción de buques por la demanda de corsarios, provocó el reconocimiento de la eficacia de la movilidad, como en contraposición á la carga, mucho antes de que los soldados sacudiesen las cadenas de la tradición española.

En los libros militares á que aludo se dan las más minuciosas instrucciones para la dirección y maniobras de un regimiento, especialmente en el *Arte militar*, de Escalante (1595), y en la *Teórica y práctica de la guerra*, de Mendoza, que fué traducida al inglés por Sir Eduardo Hoby, y publicada en 1597. Según fué pasando el tiempo y se efectuaron combates entre españoles é ingleses en tierra tanto como en mar, durante la larga guerra irregular que por espacio de cuarenta y cinco años pretendió ser paz, surgió en Inglaterra una copiosa literatura que trató de tales encuentros. Sería imposible mencionar una décima parte de las narraciones traducidas del español, á veces para información, pero las más de ellas para refutación, que salieron de la prensa inglesa durante los últimos veinte años del reinado de Isabel. Hakluyt publicó varias, tales como ese hermoso fragmento de prosa vivida que da cuenta de la reñida lucha entre el pequeño *Revenge* y los grandes buques de guerra españoles que Sir Ricardo Grenville insistía en combatir obstinada é innecesariamente. Este se llama *Relación de la verdad del combate en las islas de Azores, el último día de Agosto de 1591, entre el «Revenge», uno de los buques de Su Majestad, y la Armada de Es-*



*paña. Escrita por Sir Walter Raleigh, Caballero (A report of the truth of the fight about the ysles of Azores, the last of August 1591, betwecn the «Revenge», one of her Majesty's Ships and the Armada of Spain. Penued by Sir Walter Ralegh, Knt).*

«Porque corren—dice—diversos rumores, así en Inglaterra como en los Países Bajos y en otras partes, de este último encuentro entre los buques de Su Majestad y la Armada de España, y que los españoles, según su manera habitual, llenan el mundo con sus vanidosas jactancias, haciendo gran alarde de victorias, cuando, por el contrario, son más común y vergonzosamente derrotados y deshonorados; por eso aspiran á posesionarse de la ignorante multitud con informes falsos; así que es conforme á toda buena razón, para la manifestación de la verdad y para ahogar la falsedad y la mentira, exponer fielmente el comienzo, continuación y resultado de este último y honroso encuentro.»

En 1583 salieron en Inglaterra dos traducciones del informe del almirante Alvaro de Bazán sobre la derrota de las flotas del pretendiente portugués (ayudado extraoficialmente por Inglaterra y Francia) por los españoles, cerca de Terceira; y casi todas las acciones militares descritas por los españoles ó sostenidas contra ellos desde entonces llamaron la atención de los lectores ingleses. Para mencionar sólo algunas de ellas, hubo el ataque inglés á Lisboa en 1589, el ataque á Cádiz en 1596, la conquista de Portugal por España por medio del italiano de Conestaggio, y otras muchas. Pero, como es de suponer, la derrota de la Armada dió origen al mayor núcleo de esta clase de literatura, fugitiva y polémica en su mayoría. Era una época en que no había periódicos, y los folletos dieron origen á la lectura pública, que era su único sucedáneo. Los relatos de la derrota tomados de fuentes inglesas originales eran, como es natural, numerosos, pero no nos interesan aquí. Lo que entra en nuestros planes es la masa de literatura polémica que brotó en aquella época. Los libros tomaron por lo general la forma de cartas interceptadas, reales ó

supuestas, de los embajadores de España, y una violenta refutación de su contenido. Muchas veces llevaban títulos como éstos: *A Pack of Spanish kies; first printed in Spain, now ripped up, nufolded and condemned* (1588) (*Un paquete de mentiras españolas, impresas por primera vez en España, ahora rasgado, abierto y condenado*). Otro era *And Answer to the nuthruths publised and printed in Spain, against our English Navy* (1589) (*Una respuesta á las falsedades publicadas é impresas en España contra nuestra Armada inglesa*), traducido por J. Lea. Otro fué *A Copy of a Letter latety written by a Spanish Gentleman to his friend in England in refutation of sun drip calumnies here falsely, bruted and spread amongst the people* (*Copia de una carta recién escrita por un caballero español á su amigo en Inglaterra, en refutación de calumnias diversas aquí falsamente publicadas y divulgadas entre el pueblo*).

La mayoría de éstas eran únicamente sátiras, con el objeto de presentar bajo mal aspecto á un enemigo. D. Bernardino de Mendoza, que hasta 1584 había sido embajador en Inglaterra y fué aquí muy impopular, era entonces embajador en Francia, y sus cartas fueron especialmente atacadas y puestas en ridículo, como mentirosas. Hay una carta de esta clase que dió á entender que le había sido enviada por un inglés católico y partidario de España, que, aunque profesando simpatía hacia el objeto de la Armada, condena las falsedades contra Inglaterra que respecto á ella se habían difundido, en detrimento de los ingleses. Se supone que está escrita por un tal Ricardo Leigh, profesor de un seminario; pero, según todas las probabilidades, fué simplemente otro de los ataques polémicos con que, en la mayoría de las controversias, un combatiente se esfuerza por injuriar á otro. Hay en verdad acervos de obras insignificantes como éstas, en forma de folletos y libelos, pero son de poca importancia desde un punto de vista literario. Lo importante es que tenemos que agradecer á la inspiración española los textos con que se intentaba enseñar á los ingleses la náutica científica y el arte de la guerra;

y también una gran masa de historias útiles de exploración y de campañas militares. Ni cesaron estas fuentes cuando los países se pusieron más en armonía. Durante la mayor parte del siglo xvii floreció en Inglaterra una escuela de escritores hispanófilos que seguían la moda del día cuando el español era el lenguaje de moda, y traducían entre otros libros historias de guerras en que los españoles habían estado empeñados. Tales fueron *Las guerras de los Comuneros* (*The Wars of the Commoners*), traducidas al inglés por Jaime Wadsworth; *Las guerras de Flandes* (*The Wars of Flanders*), escritas en italiano por el cardenal Bentivoglio, traducido por el conde de Monmouth; *Las guerras de Felipe IV*, por Malvezzi, traducido por Roberto Gentilis con el título de *Los principales acontecimientos de la Monarquía de España* (*The Chief Events of the Monarchy of Spain*), y otros varios. Así quedó fuera de duda que la influencia de la literatura española en Inglaterra en materias de exploración, náutica y guerra, era poderosa y resistente.

MARTÍN HUME

# LA ESPAÑA NUEVA

## LA INDUSTRIA Y SU DESENVOLVIMIENTO

LA INDUSTRIA METALÚRGICA; LA INDUSTRIA TEXTIL, ETC.

### LOS TRANVÍAS

En este admirable país, tan opulentamente dotado de riquezas minerales, la gran industria, por mucho tiempo desdeñada, debía acabar por implantarse con éxito, siendo el caso de repetir el proverbio español «*Lo que ha de ser no puede faltar*».

Hoy, la evolución del país en este sentido industrial es un hecho y no falta más que esperar sus resultados progresivos; restando, sin embargo, todavía mucho terreno para acometer otra multitud de empresas beneficiosas á los intereses del país.

Esta evolución industrial no puede demostrarse mejor que por el desenvolvimiento de los trabajos mineros y de las extracciones metalíferas, que constituyen la piedra angular de la industria entera; que sigue los progresos realizados en la producción minera y la estadística de ésta da para los once últimos años las siguientes cifras, de una elocuencia indiscutible:

#### PRODUCCIÓN MINERA

| AÑOS      | Pesetas.    | AÑOS      | Pesetas.    |
|-----------|-------------|-----------|-------------|
| 1892..... | 89.054.077  | 1897..... | 101.394.361 |
| 1893..... | 94.148.868  | 1898..... | 152.371.842 |
| 1894..... | 95.318.790  | 1899..... | 167.154.437 |
| 1895..... | 98.192.055  | 1900..... | 189.137.559 |
| 1896..... | 108.221.970 | 1901..... | 179.735.525 |

Y á título de documentación, he aquí el reparto del tonelaje de los principales minerales extraídos en España en las épocas siguientes:

|                       | 1877      | 1897       | 1899       | 1901       |
|-----------------------|-----------|------------|------------|------------|
| Hierro.....           | 789.000   | 7.525.000  | 9.522.000  | 7.907.000  |
| Cobre.....            | 694.000   | 2.180.000  | 2.444.000  | 2.672.000  |
| Hulla.....            | 326.000   | 2.010.000  | 2.565.000  | 2.567.000  |
| Plomo.....            | 151.000   | 110.000    | 309.000    | 174.000    |
| Plomo argentífero.... | 19.000    | 187.000    | 185.000    | 207.000    |
| Azufre.....           | 17.000    | 32.000     | 59.000     | 50.000     |
| Manganeso.....        | 3.000     | 100.000    | 105.000    | 60.000     |
| Mercurio.....         | 14.000    | 32.000     | 32.000     | 28.000     |
| Zinc.....             | 35.000    | 73.000     | 120.000    | 120.000    |
| <i>Totales...</i>     | 2.048.000 | 12.249.000 | 15.341.000 | 13.785.000 |

Este recrudecimiento de la actividad minera; tan fecunda en nuevas explotaciones (1), ha repercutido en primer término en la exportación creciente de minerales á Inglaterra, Bélgica y Holanda, y en segundo sobre la producción metalúrgica, que se ha desenvuelto en notables proporciones. El valor de los minerales tratados en España ha tenido los aumentos siguientes:

|           |                          |
|-----------|--------------------------|
| 1896..... | 142 millones de pesetas. |
| 1897..... | 166 » »                  |
| 1898..... | 166 » »                  |
| 1899..... | 176 » »                  |
| 1900..... | 216 » »                  |
| 1901..... | 201 » »                  |

aumento que se percibe aún mejor teniendo en cuenta que en 1888, las 132 fábricas en actividad no producían más que por

(1) Existen actualmente en España cerca de 2 millones de hectáreas concedidas para explotaciones mineras, contra 500.000 en 1880. Solamente en el distrito de Bilbao había en 1900, 220 minas perfectamente organizadas, de las cuales 204 de hierro; en el de San Sebastián, en 1899, se trabajaba en 497, de las cuales 364 de hierro, 38 de plomo, 36 de zinc y 4 de cobre. En 1900 había 609.

N. B.—Las sociedades mineras están exentas de la tasa de 12 por 100 que recae sobre el rendimiento de las sociedades.

valor de 104 millones y que la producción de hierro en lingotes, que en 1884 era de 125.000 toneladas, en 1898 alcanzaba la cifra de 961.000.

Las provincias de Vizcaya y Cataluña, que figuran á la cabeza del movimiento industrial, muestran bien á las claras la intensidad de este desenvolvimiento logrado con capitales nacionales. He aquí un cuadro relativo á tres establecimientos: «Altos Hornos», «Vizcaya» y la «Compañía Ibérica», que muestra claramente el desenvolvimiento de la industria de hierro:

| AÑOS      | Producción de hierro en lingotes. | Ventas.   | Producción. |
|-----------|-----------------------------------|-----------|-------------|
| 1885..... | 55.818 t.                         | 23.861 t. | 9.565 t.    |
| 1890..... | 178.360                           | 96.447    | 78.824      |
| 1895..... | 158.086                           | 78.976    | 67.258      |
| 1900..... | 197.078                           | 64.473    | 103.687     |
| 1901..... | 208.800                           | 73.817    | 103.000     |

Por lo que toca á Cataluña, existen hoy 13.000 fábricas de todas clases, pagando el impuesto de los establecimientos industriales.

Por lo demás, el consumo de combustible, que es una de las piedras de toque de las más significativas en la economía de la industria, sobre todo en un país que dispone de poca «hulla blanca», es decir, de fuerza motriz natural, atestigua asimismo el desenvolvimiento de la industria española. Las cantidades de carbón empleadas dan lugar al siguiente cuadro estadístico:

| AÑOS      | Producción.   | Importación. | Consumo.     |
|-----------|---------------|--------------|--------------|
| 1896..... | 1.852.947     | 1.547.621    | 3.400.568 t. |
| 1897..... | 2.010.960     | 1.640.029    | 3.650.989    |
| 1898..... | 2.414.127     | 1.244.345    | 3.658.472    |
| 1899..... | 2.565.437     | 1.615.008    | 4.180.445    |
| 1900..... | 2.515.545     | 1.991.635    | 4.507.000    |
| 1901..... | 2.747.724 (1) | 2.163.000    | 4.910.000    |

Mientras tanto, el número de máquinas de vapor empleadas,

(1) Comprendido el lignito (95.867) y la antracita (85.266).

que en 1880 sumaban 372, con una fuerza de 8.893 caballos, se elevaban en 1897 á 790, con 25.000 caballos, y en 1901 á 1.516, con una fuerza de 67.000. Los motores hidráulicos, en número de 58, añadían á esta fuerza dos mil caballos más.

En apoyo de la demostración de este desenvolvimiento nuevo, pueden aducirse otros argumentos, entre ellos el aumento creciente de la población en los centros industriales, aumento que no ha surgido de una evolución lenta, insensible á través de los años, sino que brota realmente en estos últimos tiempos y por influjo de factores anormales, de factores nuevos. De él se podrá juzgar sobre todo por el acrecentamiento de esta población casi súbito en ciudades como Bilbao, Santander y Gijón, hoy muy populosas, enteramente dominadas por la industria y cuyo desenvolvimiento desde 1842 á 1870 no ofrece, por ejemplo, la intensidad que reviste en los años últimos, como va á verse á continuación.

|                | <u>1842</u> | <u>1870</u> | <u>1902</u> |
|----------------|-------------|-------------|-------------|
| Bilbao.....    | 10.000 h.   | 15.500 h.   | 60.000 h.   |
| Santander..... | 16.600 »    | 20.600 »    | 43.000 »    |
| Gijón.....     | 6.550 »     | 10.750 »    | 38.000 »    |
| Oviedo.....    | 10.000 »    | 10.000 »    | 36.000 »    |
| Huelva.....    | 8.500 »     | 9.800 »     | 15.000 »    |
| Barcelona..... | 130.000 »   | 202.000 »   | 450.000 »   |

Este movimiento es el que ha constituido en España, en detrimento de los campos y de la agricultura, grandes aglomeraciones industriales, entre las que descuellan las siguientes provincias:

|                |         |
|----------------|---------|
| Barcelona..... | 910.000 |
| Madrid.....    | 700.000 |
| Coruña.....    | 620.000 |
| Oviedo.....    | 600.000 |
| Sevilla.....   | 560.000 |
| Málaga.....    | 525.000 |
| Murcia.....    | 500.000 |

Entre ellas Barcelona y Bilbao ocupan más del tercio de obreros industriales.

Hemos dicho que en 1888 España no poseía más que 132 fábricas metalúrgicas. Hoy esta cifra se ha casi doblado, pudiendo imaginarse la suma de capitales aportados en España desde hace algunos años, tan fecundos en negocios nuevos de todo género, mientras que los franceses y los belgas, ya desde 1820 á 1885, colocaban más de dos mil millones en empresas diversas, de tracción principalmente (1).

Sobre todo, desde el fin de la guerra cubana es cuando se manifiesta más este resurgimiento, mejor dicho, esta creación industrial, como indica la importación de máquinas destinadas á la industria, á saber:

#### IMPORTACIÓN DE MÁQUINAS

|                              |      |
|------------------------------|------|
| 27 millones de pesetas, en   | 1896 |
| 30    »                    » | 1897 |
| 25    »                    » | 1898 |
| 40    »                    » | 1899 |
| 66    »                    » | 1900 |
| 58    »                    » | 1901 |

Desde 1899 vemos á los belgas cooperar activamente á este movimiento. En el curso de este año, que devolvió la paz á España, dando ocasión de mostrar al país sus reservas de energía, fundaron la «Metalúrgica Hispano-Belga» (1 millón), los «Tranvías de Murcia y Granada» (3 millones), los «Tranvías eléctricos de España» (10 millones), la «Sociedad de electricidad de las Palmas» (750.000 fr.) y reorganizaron los «Altos

(1) Desde 1886 á 1898 se han constituido en España 12.888 sociedades con un capital total de 2.526 millones. Estas sociedades se distribuyen así:

|                                        |               |
|----------------------------------------|---------------|
| 9.223 sociedades colectivas.....       | 459 millones. |
| 1.910    »           comanditarias.... | 183    »      |
| 1.155    »           anónimas.....     | 1.184    »    |

Entre estas sociedades se cuentan: 58 de ferrocarriles (544 millones), 29 de tranvías (23 millones), 55 de construcción (43), 11 Bancos de descuento (50), 5 Bancos de crédito territorial (35), 8 Bancos de crédito agrícola (30), 291 sociedades mineras (190), 27 de seguros (380), 38 de producción (24).



hornos de Málaga» (3 millones y medio) (1), dotándolos de transportes aéreos para la conducción del mineral. El año precedente habían constituido la sociedad «Aguas de Alicante» (3 millones) y los «Tranvías de Santander y Sardinero», etc.

En 1900 se han constituido 61 sociedades importantes, con un capital de 128 millones, entre las cuales se cuentan 29 sociedades de navegación, 7 empresas mineras y metalúrgicas, 6 fábricas de electricidad, 8 de pulir, 7 Bancos, entre ellos una institución de crédito en Sevilla (15 millones), dos en Valencia y una en Cartagena, con un capital de 10 millones cada una.

Desde entonces el movimiento extraordinario de los negocios, análogo al de Rusia, de 1893-95 no se detiene. Los españoles toman parte activa en él, probando que son igualmente capaces de resoluciones y de iniciativas. De hecho participan en la constitución de las grandes empresas, en que entran por mucho las inmensas fortunas aportadas de Cuba y Filipinas, principalmente en los establecimientos financieros.

Por todas partes se crean fábricas de electricidad, para alumbrado y fuerza industrial, así como para la tracción, sobre todo en Madrid, Barcelona y Cartagena, en que se funda la «Compañía de Alumbrado y fuerza eléctrica» para suministrar 8.000 caballos de energía á las fábricas cercanas. Bilbao, Zaragoza, donde hay igualmente una fábrica de electricidad que proporciona fluido á cinco localidades de alrededor, etcétera, etc.

Se fundan nuevos establecimientos metalúrgicos, y algunos, como la «Sociedad Duro-Felguera» (11 millones y medio de pesetas), deciden ensanchar su constitución en vista de una producción doble y atendiendo cuidadosamente al perfeccionamiento del *outillage*.

Se forman grandes núcleos industriales como el «Sindicato

---

(1) La fábrica de Málaga data de 1830. Fué la primera de España en que se fabricó hierro.

español de talleres de construcción», con un capital de 12 millones de pesetas, y en el que se fusionan las fábricas de la «Maquinista Guipuzcoana», de Boasain; los «Talleres de Zorcora», de Bilbao; la «Constancia», de Linares, y la fuerte «Cifuentes y Stoldt», de Gijón. Igualmente se reúnen en una empresa, en Bilbao, con un capital de 55.500.000, los Altos Hornos de Vizcaya y de la Iberia, que suman 6 altos hornos, con una producción anual de 250.000 toneladas; 4 hornos para acero Siemens, con una producción de 50.000 toneladas; 23 laminadores, 2 fundiciones, un taller de maquinaria, en que se emplean 6.500 obreros, cuyos salarios anuales, á una mediana de 3,75 pesetas diarias, exigen 6 millones de pesetas al año. Esta empresa puede asegurarse que es, después del Banco de España, la más importante del país.

Y para continuar esta incursión, hecha con bastante desorden, en el campo de la emulación y de la actividad industrial española, recordemos aún la fusión y el desenvolvimiento de las fábricas de electricidad madrileñas, la «Madrileña» y la «Inglesa»; la constitución en Valencia, con un capital de millón y medio, de la «Industrial Valenciana» para la producción de alcohol y explotación de industrias conexas; el establecimiento en Madrid, por la Compañía Frío industrial, de cámaras frigoríficas para la importación de carnes de la República Argentina, etc., etc.

Los belgas, de los que acabamos de decir la activa colaboración que han tenido en el despertar de la industria española de 1898-99, han continuado paralelamente á los ingleses y franceses, prestándola su concurso decidido y vigoroso.

Por el siguiente cuadro, ampliamente recapitulador y ciertamente incompleto, podrá juzgarse del número é importancia de las Sociedades hispano-belgas fundadas desde Julio de 1900, teniendo el domicilio social en Bélgica.

| SOCIEDADES                                                                                                                                                 | CAPITAL<br>—<br>Francos. |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------|
| El Crédito Hispano-belga.....                                                                                                                              | 1.000.000                |
| Compañía General Minera para el desenvolvi-<br>miento y explotación de minas en España y el<br>extranjero.....                                             | 30.000.000               |
| La Jerezana.....                                                                                                                                           | 1.600.000                |
| Placer del Río Sil.....                                                                                                                                    | 1.300.000                |
| Sociedad Franco-belga de la ciudad y puerto de<br>Santander.....                                                                                           | 5.500.000                |
| Sociedad Minera de Aldeira.....                                                                                                                            | 1.200.000                |
| Minas de cobre de Aguas-frias.....                                                                                                                         | 1.000.000                |
| Compañía de cobre de Río Meca.....                                                                                                                         | 2.500.000                |
| Metálicas de Extremadura para la industria mi-<br>nera, extracción, venta y tratamiento de mi-<br>nerales y construcción de vías de comunica-<br>ción..... | 1.000.000                |
| Azufre de Hellín.....                                                                                                                                      | 3.000.000                |
| «Crédit Foncier» de España.....                                                                                                                            | 8.000.000                |
| <i>Total</i> .....                                                                                                                                         | 56.100.000               |

Mientras tanto, los Bancos, esas instituciones tan necesarias para la industria y el comercio, han visto crecer sucesivamente sus beneficios; por ejemplo, el Banco Hipotecario de España y el Banco Hispano-Colonial, para no citar más que dos entre otros, cuyos dividendos han ido en aumento, suscitando la creación de múltiples establecimientos de crédito, no tan sólo en Madrid, sino en provincias, tales como Sevilla, Valencia, Gijón, etc., etc.

Por todas partes se nota este recrudescimiento de vitalidad, en un país en que de antiguo contaba con multitud de instituciones industriales como los astilleros de Santander, los hornos de Bilbao, los talleres de Trueba, cerca de Sevilla, que tienen como principal cliente á la Artillería española; las fábricas de fusiles de Oviedo y de Segovia; las de armas blancas y cuchillería de Toledo, de célebre renombre, y de Albacete; los establecimientos de construcción (material móvil, locomoto-

ras, etc.) de Barcelona, Sevilla y Pamplona, y, en otro orden de industrias, las lanerías de Málaga, Granada y Sevilla, y las fábricas de cueros de Córdoba, de antigua fama, Vizcaya y Barcelona, etc., etc.

\*  
\* \*

Otras industrias diversas, como la textil y la azucarera, sirven asimismo para atestiguar este resurgimiento industrial de España.

La guerra cubana había dado, así se creía al menos, un golpe serio á la industria textil, particularmente á la de algodón, de que las colonias eran un gran cliente. El remedio se encontró en el mismo mal. El Gobierno español decretó, el 12 de Julio de 1901, nuevos derechos aduaneros para los tejidos de lana y de lana-algodón, 10,75 pesetas por kilo, semejantes á los que gravaban la importación de los paños, así como los tejidos de lana-seda (10 por 100 de seda), que pagaban un derecho de 17 pesetas kilo, mientras que la denuncia del tratado de comercio franco-español en 1892 había traído como consecuencia un régimen muy difícil para los tejidos franceses.

Las consecuencias de estas medidas proteccionistas fueron decisivas: ellas levantaron una barrera infranqueable contra las importaciones francesas, que hasta entonces se cifraban enormemente.

Para darse fácilmente cuenta de esto, véase el siguiente cuadro construído por la Cámara de negociantes y Comercio exterior de Francia, movida por la situación creada á la industria textil francesa por la nueva tarifa aduanera. Este cuadro expone los precios á los cuales llegan en España los productos franceses, como consecuencia de los nuevos derechos establecidos:

| FRANCIA<br>—<br>Precio de venta.<br>—<br>Francos. | ESPAÑA<br>—<br>Precio de reventa.<br>—<br>Francos. |          |
|---------------------------------------------------|----------------------------------------------------|----------|
|                                                   | Antes de<br>1891.                                  | Después. |
| 1,25 .....                                        | 2,85                                               | 4,30     |
| 2,00 .....                                        | 3,75                                               | 5,40     |
| 3,50 .....                                        | 5,75                                               | 7,50     |
| 4,50 .....                                        | 7,00                                               | 8,50     |
| 6,50 .....                                        | 9,50                                               | 11,75    |

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Inútil es decir si en estas condiciones es posible la concurrencia de los tejidos franceses con los productos catalanes, después del doble obstáculo levantado por la ruptura del tratado y el establecimiento de los nuevos derechos, sin contar la posición desfavorable en que los coloca el desnivel del cambio.

En 1892 entraron en España 260.000 kilogramos de tejidos de lana y 20.784 de seda; al año siguiente después de la denuncia del tratado de comercio, la importación francesa cae á 85.802 kilogramos para los tejidos de lana y 13.559 para los de seda. Hoy estas importaciones son casi nulas.

La supresión de la concurrencia de una parte, la demanda nacional y exterior de otra, debían promover el resurgimiento de la industria textil, y así ha ocurrido en efecto.

Esta industria, por otra parte, no es nueva en España, porque desde hace mucho tiempo existen fábricas de tejidos de algodón, de paños, de sedas y de telas. Por todas partes se encuentran talleres de tejidos, principalmente en Cataluña y particularmente en Barcelona, centro de la industria del algodón que ocupa 100.000 obreros y produce 2.000.000 de brochas; en Barcelona se cuentan también, sobre todo, muy desenvueltas la industria de tejidos de lana y de seda, de peinar y cardar aquélla y tintorerías.

La industria algodонера se encuentra también en Madrid,

Valencia, Málaga, Motril y Avila, así como en las Islas Baleares, mientras que la industria lanera se localiza en Barcelona, Madrid, Zaragoza, Reinos, Sabadell, Valencia y Pamplona. La fabricación de telas se concentra en el Norte y en Andalucía, y el mercado de la seda se centraliza en Valencia, donde se hacen los paños, y en Murcia.

La industria del algodón dispone hoy en España de más de 2.700.000 brochas, y á este efecto puede verse el número de brochas de algunos países productores del continente, á saber:

| PAÍSES        | Brochas.  |
|---------------|-----------|
| Bélgica.....  | 920.000   |
| Italia.....   | 1.940.000 |
| Austria.....  | 3.500.000 |
| Francia.....  | 5.700.000 |
| Rusia.....    | 7.000.000 |
| Alemania..... | 8.000.000 |

España, que posee 68.400 talleres de tejidos, ocupa en la actualidad el sexto lugar en la filatura de algodón. Importa la materia primera de América y Egipto, porque el algodón no se cultiva en la Península. La progresión en el consumo ha sido constante, importando anualmente:

|                     | Kilogramos<br>de<br>algodón en bruto. |
|---------------------|---------------------------------------|
| De 1880 á 1884..... | 48.633.000                            |
| De 1890 á 1894..... | 60.000.000                            |
| De 1894 á 1899..... | 68.302.000                            |
| De 1898.....        | 65.376.000                            |
| De 1899.....        | 86.461.000                            |
| De 1901.....        | 78.263.000                            |

La industria lanera es quizá más próspera todavía que la industria algodонера, y el desenvolvimiento que ha logrado, sobre todo desde 1901-1902, aunque no se encuentra todavía consignado en las estadísticas, resulta enorme. Lo que se ha resentido con este motivo la industria francesa es un testimonio más que suficiente.

Hasta entonces, el desenvolvimiento había seguido una regular marcha progresiva, como se induce de la importación de materias primeras; los carneros españoles no suministran, en efecto, más que el 10 por 100 de la lana que se consume, porque la raza indígena tan reputada de los carneros merinos ha pasado en parte á Francia é Inglaterra.

De Buenos Aires (70 por 100) y de Australia (20 por 100), las compras de lana en bruto fueron anualmente como sigue:

|                     | Kilogramos. |
|---------------------|-------------|
| De 1880 á 1884..... | 1.898.000   |
| De 1893 á 1899..... | 2.795.000   |
| En 1898.....        | 1.984.000   |
| En 1899.....        | 3.217.000   |
| En 1900.....        | 2.631.400   |
| En 1901.....        | 3.278.900   |

Los tejidos españoles disponen de 5.600 talleres ordinarios, 1.200 talleres Jacquart y 2.000 talleres mecánicos.

\*  
\* \*

En cuanto á la industria de la seda, tiene en España origen muy lejano. Se estableció en Andalucía por el siglo xi y se mantuvo muy floreciente hasta el xvi, época á partir de la cual declina. Desde hace algunos años, tan sólo los españoles tratan de hacerla resurgir, estimulados por el ejemplo de Italia, cuyas condiciones climatéricas se asemejan un poco á las de Andalucía, y la hacen representar el primer lugar en sericultura. Mientras que en 1900 España recogía cerca de un millón de kilos de capullos y producía 85.000 kilos de seda, Italia recolectaba 42 1/2 millones de capullos, que daban 3 1/4 millones de kilos de seda. Ciertamente, es este un ejemplo que reanima, y así se comprenden los esfuerzos hechos para el cultivo del gusano de seda, esfuerzos en los cuales los franceses establecidos más allá de los Pirineos participan seriamente. Las compras de huevos de gusanos de seda originarios prin-

principalmente del Var y del Rosellón, de donde son las razas más estimadas, se persiguen á este efecto. Se compraron:

|               | Kilogramos. |
|---------------|-------------|
| En 1898 ..... | 486         |
| En 1899 ..... | 688         |
| En 1900 ..... | 2.398       |
| En 1901 ..... | 568         |

aunque la sericicultura ha tenido que sufrir en estos últimos años enojosos contratiempos, tanto del excesivo calor en 1899, como de las fuertes lluvias en 1901.

La producción sericícola es como sigue:

| REGIONES                | 1900      | 1901    |
|-------------------------|-----------|---------|
| Valencia y Aragón ..... | 420.000   | 418.000 |
| Murcia y Ortuella ..... | 590.000   | 540.000 |
| Sierra Segura .....     | 11.000    | 10.000  |
| Almería y Granada ..... | 26.000    | 23.000  |
| Extremadura .....       | 3.000     | 4.000   |
|                         | 1.050.000 | 995.000 |

El rendimiento es generalmente satisfactorio; se obtiene por término medio un kilo de seda de cada 11  $\frac{1}{2}$  á 12 kilos de capullos en la región de Valencia, y de 12  $\frac{1}{2}$  á 13 kilos en las cercanías de Murcia. Á continuación reproducimos un cuadro de la producción y de la industria de seda en España. Se comprobará cómo España no satisface las exigencias del consumo y que, por tanto, progresan notablemente las compras de seda.

#### PRODUCCIÓN, IMPORTACIÓN Y CONSUMO DE SEDA

| AÑOS      | Cosecha de capullos. | Seda producida. | Consumo de seda. | Sederia exportada de Francia en España y Portugal, en francos. |
|-----------|----------------------|-----------------|------------------|----------------------------------------------------------------|
| 1892..... | —                    | 75.000          | 173.000          | ?                                                              |
| 1894..... | 1.000.000            | 87.000          | ?                | ?                                                              |
| 1895..... | —                    | 100.000         | 160.000          | ?                                                              |
| 1896..... | —                    | 100.000         | 167.000          | ?                                                              |
| 1897..... | 915.000              | 75.000          | 150.000          | ?                                                              |
| 1898..... | 962.000              | 80.000          | 110.000          | ?                                                              |
| 1899..... | 1.000.000            | 78.000          | 225.000          | 9.694.300                                                      |
| 1900..... | 1.050.000            | 85.000          | 205.000          | 4.896.400                                                      |
| 1901..... | 995.000              | 80.000          | 195.000          | 5.262.200                                                      |



No nos resta ya más, desde el punto de vista de la industria textil, que decir algo acerca de la fabricación de telas, que no ofrece ninguna particularidad notable. El lino y el cáñamo se cultivan en España con buen resultado. 4.759 hectáreas se consagran al primero, especialmente en Extremadura (Badajoz y Cáceres) y en las provincias del Nordeste (León, Orense, Oviedo, etc.). La producción ha alcanzado en estos dos últimos años la cifra de 25.000 quintales métricos de fibras y 18.000 quintales métricos de granos, de un valor total de 4.800.000 francos.

El cáñamo se cultiva en una superficie de 5.168 hectáreas, repartiéndose sobre todo por el Este de la Península en la provincia de Valencia (Alicante y Castellón); en Aragón (Teruel, 900 hectáreas, y Huesca); en Cataluña (Lérida y Barcelona), y en la provincia de Murcia y Albacete. Las producciones últimas se cifran en 50.000 quintales métricos, de un valor de 5.800.000 pesetas, á que hay que agregar 600.000 pesetas de cañamones.

Respecto de la industria azucarera, la cuestión reviste actualmente mayor importancia, constituyendo para la España económica nueva un problema grave y difícil.

Hace algunos años se utilizaba la caña de azúcar que crecía fácilmente en la vega de Sevilla; mas considerando la producción de las colonias, no se cuidaba este cultivo, así como tampoco el de la remolacha azucarera. Así es como resultaba una producción de azúcar absolutamente insuficiente, que debía ser compensada con una fuerte importación. A partir de 1880 comienza el cultivo de la remolacha, y poco tiempo después España contaba con dos fábricas de azúcar, ambas sociedades anónimas. Desde entonces, y gracias á derechos de entrada prohibitivos, la industria azucarera comenzó á tomar gran vuelo, con verdadera rapidez, que explica cómo desde 1895 decae la importación, casi anulada en los últimos años, como puede verse:

| AÑOS      | Toneladas. | Millones de pesetas. |
|-----------|------------|----------------------|
| 1892..... | 76.488     | 42.2                 |
| 1895..... | 46.429     | 19.0                 |
| 1896..... | 37.731     | 17.2                 |
| 1897..... | 28.065     | 13.2                 |
| 1898..... | 8.682      | 4.1                  |
| 1899..... | 9.302      | 4.4                  |
| 1900..... | 476        | 0.276                |
| 1901..... | 116        | 0.067                |

En 1895 existían ya 25 fábricas de azúcar de remolacha, y hoy se cuentan 48, repartidas de este modo: 13 en Granada, 8 en Zaragoza, 5 en Oviedo, 3 en Madrid, 2 en León, en Málaga y en Navarra, 1 en cada una de las regiones de Álava, Almería, Barcelona, Burgos, Cádiz, Córdoba, Coruña, Lérida, Palencia, Pontevedra, Santander, Soria y Valladolid.

Tal plétora de fábricas, sucediendo rápidamente á la nada, debía por fuerza engendrar un cierto estado de desequilibrio. De un defecto se incurrió en otro; así es que hoy existe una superproducción de azúcar, cuyo precio es todavía muy elevado para que pueda competir con los productos similares en el mercado internacional.

Es extremadamente difícil conocer exactamente la producción de las últimas campañas, porque los datos que poseemos son bastante contradictorios. Así es que con mucha reserva insertamos las siguientes cifras:

|                                   | 1900    | 1901    | 1902       |
|-----------------------------------|---------|---------|------------|
| Cantidad de remolacha trabajada.  | 289.012 | 265.921 | 351.705 t. |
| Azúcar dispuesta para la venta... | 14.005  | 15.140  | 23.218 t.  |

Según este cuadro, la superproducción tiende á agravarse desde hace algún tiempo; sin embargo, estas cifras recientes concuerdan con las de una relación consular, según la que la última campaña azucarera ha sido como sigue:

|                          | Toneladas. |
|--------------------------|------------|
| Azúcar de remolacha..... | 53.315     |
| Azúcar de caña.....      | 16.979     |
| Azúcar de sorgo.....     | 151        |
| <i>Total</i> .....       | 70.445     |

Según este mismo documento, el stock existente en 31 de Diciembre de 1902 era de 30.705 toneladas de azúcar, sin vender.

Lo indiscutible es que el fenómeno de la superproducción es un hecho, que ha engendrado diversos proyectos: primeramente se habló de la constitución de un monopolio sobre el azúcar; después, de un *trust*.

Esta última idea merece, sobre todo, un estudio profundo. Encontrará, sin duda, grandes dificultades, porque las fábricas, esparcidas por todo el país, se encuentran en muy distintas condiciones de explotación, lo que sin duda habrá de oponerse á su unidad técnica y financiera. Por otra parte, la limitación de la producción, con elevación de los precios, preocupa á muchos azucareros.

Ningún proyecto ha sido aceptado hasta aquí por la totalidad de los productores. Mientras que para algunos serían bastantes 60 millones tan sólo, otros convienen en la constitución de una sociedad anónima con un capital de 150 millones, contando con el concurso del Banco Español de Crédito, de los Bancos de París y de los Países Bajos y del Banco Hispano-Americano, así como también con otros establecimientos de crédito de provincias.

El coste de todas las fábricas de azúcar se calcula en 120 millones de pesetas, restando por tanto al *trust* 30 millones como fondo disponible.

Los establecimientos de crédito que patrocinan este negocio cuentan con un rendimiento anual de 20 por 100, aun abonando al Estado mayores cantidades que ahora. Los organizadores confían en que se llegará pronto á un acuerdo con el

ministro de Hacienda para determinar la cantidad fija que la sociedad abonará como impuesto sobre el azúcar, sobre la base de un aumento sobre la percepción actual, que por tanto favorecerá al Tesoro.

Parece ser que los promovedores tropiezan con algunos obstáculos en los centros oficiales. La cuestión iniciada en 1899 continúa pendiente, sin que pueda presagiarse nada positivo (1).

Un hecho incontestable es que los industriales españoles, después de este resurgimiento de los negocios, tratan de unirse, agrupando sus establecimientos y asociando sus capitales, al efecto de agigantar sus esfuerzos. Ya hemos citado en el curso de este estudio numerosas empresas que se han fusionado, como la «Vidriera Vizcaína», cristalería de Bilbao, que de acuerdo con la fábrica de botellas «La Jerezana», sociedad belga establecida en Jerez, han creado la «Compañía general de vidrios españoles» (2).

Ciertamente, estas asociaciones no pueden dar sino buenos resultados económicos, no solamente por su organización y desenvolvimiento cuando el número de productores reunidos es limitado, sino también por su influencia en la marcha regular del mercado, así como en el desenvolvimiento de las demás industrias que tienen que vivir en relación. Así se ha com-

---

(1) El *trust* del azúcar quedó constituido en España, con el título de *Sociedad general azucarera*, en 1.º de Julio de 1903, fusionándose 56 fábricas, representando un capital de 143 millones de pesetas, con 286.000 acciones de 500 pesetas: 200.000 preferentes y 86.000 ordinarias. Las primeras con rendimiento fijo de 6 por 100 anual, y las segundas variable. De las 56 fábricas no funcionan más que 34. En el apéndice diremos algo acerca de su marcha.—(N. T.)

(2) Es un signo de los tiempos este de la organización industrial, de la concentración de energías económicas. En todos los países el movimiento es muy acentuado. En España, recientemente, además del *trust* azucarero, se ha constituido, en íntima relación con él, el *trust* del alcohol, constituido en 6 de Diciembre de 1904, con un capital de 16 millones de pesetas.—(N. T.)

prendido siempre en los Estados Unidos, país clásico de los *trust*, y tal ha sido seguramente el pensamiento que ha guiado á los iniciadores del *trust* del azúcar (1).

Los fabricantes de papel, más afortunados en sus gestiones, aunque su industria estaba algo decaída, han llegado á fusionarse, constituyendo una sociedad con un capital de 20 millones, titulada «La Papelera Española», en que se han agrupado las grandes fábricas nacionales.

Por cualquiera parte del país que se extienda la mirada, se contempla esta expansión industrial, que es una de las notas más características de la España actual.

La próxima reorganización de los arsenales y de los astilleros, así como la construcción de una nueva flota anunciada por el Gobierno, colaborarán á ensanchar esta esfera de la actividad.

Nos resta decir algunas palabras de una de las industrias más prósperas de España: la industria de los tranvías. Hoy, en efecto, se encuentran empresas de tranvías en casi todas las ciudades españolas. En estos últimos años han adquirido un desenvolvimiento considerable, no solamente por el número de concesiones nuevas en todo el país y hasta en las islas Canarias, sino también por la transformación eléctrica de la tracción animal y de la tracción á vapor de la mayor parte de las líneas existentes. En ciertos años, hacia 1898-99, por ejemplo, en que el negocio de los tranvías constituye ordinariamente empresas muy lucrativas, hay en España un verdadero pugilato por obtener concesiones de este género.

En 1897 se contaban ya 350 kilómetros de líneas, de las cuales 179 explotadas por el vapor, 128 por la tracción animal y 41 solamente por la electricidad.

El producto que rendían era de 4 1/2 millones de pesetas.

---

(1) Limitada la producción á la exigencia total del consumo, y contenido el precio en los límites normales del coste y de la demanda, el *trust* es, por su perfección técnica y financiera, el ideal de la ciencia, que pide cada día más la unión de las fuerzas productivas homogéneas.—(N. T.)

Actualmente, la red de tranvías españoles se ha desenvuelto considerablemente, y aquí es preciso reivindicar una vez más para los belgas una gran parte en este estado de cosas nuevo. Ellos retienen, en efecto, los tranvías siguientes:

| Denominaciones.                           | Constitución. | Capital: acciones. | Capital: obligaciones. |
|-------------------------------------------|---------------|--------------------|------------------------|
| Tranvía de Madrid y de España .....       | 1886          | 2.500.000 fr.      | 3.000.000 fr.          |
| Vecinales de Andalucía.....               | 1896          | 2.001.000 »        | 1.000.000 »            |
| Tranvía de Málaga.....                    | 1898          | 1.750.000 »        | —                      |
| Idem de Cartagena.....                    | 1898          | 1.000.000 »        | —                      |
| Idem de Santander y Sardinero.....        | 1898          | 1.000.000 »        | 675.000 »              |
| Idem de Barcelona á San Andrés y Ext..... | —             | 6.000.000 »        | 4.000.000 »            |
| Idem de Murcia y Granada..                | 1899          | 3.000.000 »        | —                      |
| Idem de Tenerife.....                     | 1899          | 1.500.000 »        | 1.000.000 »            |
| Idem de Alicante.....                     | —             | 3.000.000 »        | —                      |
| Idem de Valladolid.....                   | —             | —                  | —                      |
| Idem eléctrico de España...               | 1899          | 10.000.000 »       | 13.000.000 »           |

Esta última sociedad es la más importante, con un capital de 10 millones; tenía principalmente por objeto, cuando su constitución en 1899, la unificación y la transformación eléctrica de toda la red madrileña, que comprende cinco líneas, entre las cuales la del Norte, de una longitud de más de 12 kilómetros, le ha sido cedida para su explotación eléctrica por la Sociedad Belga de Madrid y de España en 1901. Posee igualmente las líneas del Este, Estaciones y Mercados y de Leganés, abiertas con tracción eléctrica el año último, así como la de la Guindalera-Prosperidad. Explota además, por otra parte, el ferrocarril de Sarriá á Barcelona.

Los ingresos totales de esta Compañía, que eran de francos 3.479.000 en 1900, se han elevado, á pesar de los quebrantos del tráfico, exigidos por los trabajos de transformación, particularmente en la línea del Norte, á más de 3.600.000 francos, ó sean 831 pesetas por kilómetro, contra 799 en 1900. Es-

tos resultados vienen en creciente progresión; pero aunque la mayor productividad corresponda á Madrid, puesto que es la capital, puede decirse que este supervalor se encuentra también en numerosas compañías de provincias, sobre todo después de la aplicación de la tracción eléctrica. Se ha probado además que en ciertas líneas los ingresos habían progresado en una proporción de 35 á 40 por 100, mientras que los gastos de explotación disminuían. Agreguemos que puede fijarse el coeficiente medio de explotación eléctrica en el 46 por 100, mientras que para los caminos de hierro se estima generalmente en un 33 por 100.

No entra en nuestro propósito examinar todos los negocios de los tranvías españoles, que desde hace algunos años se elevan á una cifra respetable de millones. La sociedad de tranvías de Barcelona á San Andrés nos da una nueva prueba: sus resultados en la explotación de las líneas de Barcelona á San Andrés (5 kilómetros), Barcelona-Horta (6 kilómetros), Barcelona-Badalona-Mongat (11 kilómetros), á los cuales acababan de agregarse la concesión de Barcelona-Ranilla á Casa Antonez, á lo largo del puerto, y cuyos beneficios de 314.257 pesetas, en 1902, han doblado á los de 1901, importantes 162.178 pesetas.

Evidentemente, la cuestión del cambio contraría y reduce igualmente los beneficios de estas empresas, aunque, sin embargo, sus gastos muy castigados se limitan á los de explotación, que no imponen grandes sacrificios por el agio; sin embargo, cuanto más se aproxime el valor de la peseta al del franco, tanto más prósperas y más productivas serán estas empresas para los capitalistas extranjeros.

## LA AGRICULTURA

El problema agrícola representa una cuestión grave para España, á causa de la falta de seguridad en las cosechas y la excesiva división de la propiedad inmueble.

Mientras que en el capítulo de la industria hemos registrado un soberbio impulso hacia el progreso, los hechos relativos á la agricultura son menos decisivos y el despertar de España en este punto no es tan claro.

La decadencia data de muy lejos, y debemos remontarnos lo menos un siglo para darla á conocer. En esta época la mitad de la población se empleaba en trabajos agrícolas. Actualmente tan sólo se ocupa una cuarta parte de ella; el número de obreros agrícolas es, por tanto, la mitad del de hace cien años.

El aumento de la población de las ciudades es debido en gran parte al abandono de la agricultura por la industria, abandono que se explica por las condiciones defectuosas de la explotación del suelo.

Estas condiciones son de dos clases, climatéricas y sociales, y M. André Barthe expone una experiencia muy curiosa, que las demuestra. Uno de los grandes propietarios de Lora del Río, provincia de Sevilla, murió, dejando sus bienes á los trabajadores pobres del municipio. Una vez el reparto hecho, un número de obreros que no tenían antes del reparto otro patrimonio que sus brazos, se encontraron de repente dueños de un lote de terreno; al cabo de un año una gran parte de estos obreros habían vendido su parte, que no les proporcionaba para vivir. He aquí hechos positivos que deben atraer la atención, porque siendo el instinto de la propiedad uno de los más característicos en el hombre, es verdaderamente extraño que se declare vencido para defender por más tiempo su posesión, hasta obtener de ella lo necesario para vivir.

Bien sabemos que es preciso tener en cuenta los elementos morales del individuo; pero aunque apuntemos en la cuenta del obrero todos los defectos que es posible atribuir al hombre, aun así y todo no parecen suficientes para justificar este abandono del instinto de adquisición; debe haber, y hay en efecto, diferentes causas que concurren á ello; entre otras, por ejemplo, la incertidumbre de algunas cosechas, como la del



trigo y la del aceite, que forman una de las principales riquezas de la región, pero que falta á veces de cinco años cuatro (1).

Muchos propietarios, aun entre los más ricos, calculan su rendimiento teniendo en cuenta este hecho, y reducen los gastos al minimum, de donde resulta que los haberes de los obreros bajan en proporciones verdaderamente extraordinarias, pudiendo encontrarse en su insuficiencia la explicación del movimiento obrero.

La superficie agrícola de España (2) equivale á la de Francia; pero la producción de estos dos países es extremadamente distinta. Puede calcularse en 270 millones de hectolitros para Francia, contra 90 millones para España.

Las condiciones climatéricas constituyen la primera causa deprimente de la agricultura. El país presenta una altura media elevada; la meseta central es muy fría en invierno, muy calurosa en verano, y los vientos circulan libremente destruyendo la vegetación, que lluvias muy raras apenas pueden restablecer. El país está enteramente desmontado; los cursos de agua son torrentes violentos, bien pronto consumidos por la sequedad del aire. En otras comarcas, los grandes valles y las orillas del mar gozan de un clima más templado, pero por todas partes el agua falta y la vegetación se resiente.

Desde algún tiempo el Gobierno presta toda su atención á los progresos de la agricultura, porque va comprendiendo que una iniciativa amplia y poderosa es la única que puede contener el mal y traer días mejores.

Se trata de combatir la sequedad del sol por trabajos de irrigación, valiéndose de las aguas pluviales que se recoge en los pantanos, para servirse de ella en las épocas de sequía. El

---

(1) No participamos del pesimismo de M. André Barthe, creyendo más bien que de cinco años es preciso contar cuatro cosechas ordinarias y una excepcionalmente fructífera, como lo prueban por otra parte las estadísticas á este punto relativas.

(2) La riqueza agrícola se calcula oficialmente en 553.253.216 pesetas.

Estado ha elaborado un plan de conjunto de estos trabajos, que sólo él puede abordar, y ya en parte se ha realizado algo del mismo con un éxito tal, que la cosecha de las partes segadas ha casi doblado.

Según los datos de la última junta consultiva agronómica, la superficie sembrada de trigo en terreno seco es de hectáreas 3.490.354, que producen 33.438.258 quintales métricos, ó sea por hectárea 9,6 quintales, mientras que la superficie consagrada al mismo cultivo de regadío es de 221.583 hectáreas, que producen 3.821.198 quintales, ó sea por hectárea 17,3 quintales.

Por lo demás, he aquí un cuadro que prueba mejor que todas las apreciaciones la importancia de este riego con relación á 1901 (1):

| CONCEPTOS      | DE SECANO  |                           | DE REGADÍO |                           |
|----------------|------------|---------------------------|------------|---------------------------|
|                | Hectáreas. | Producción.<br>—<br>Q. M. | Hectáreas. | Producción.<br>—<br>Q. M. |
| Trigo.....     | 3.490.354  | 33.438.258                | 221.583    | 3.821.198                 |
| Cebada.....    | 1.253.042  | 15.797.000                | 82.901     | 1.584.717                 |
| Centeno.....   | 793.791    | 7.146.765                 | 3.048      | 59.599                    |
| Avena.....     | 379.795    | 3.263.415                 | 2.317      | 44.194                    |
| Maíz.....      | 370.657    | 4.528.563                 | 97.221     | 2.014.534                 |
| Arroz.....     | —          | —                         | 34.182     | 1.736.868                 |
| Diversos.....  | 3.833      | 29.933                    | 1.319      | 27.176                    |
| Garbanzos..... | 161.752    | 856.098                   | 5.453      | 37.262                    |
| Judías.....    | 201.631    | 674.908                   | 53.449     | 707.086                   |
| Habas.....     | 157.714    | 1.336.620                 | 27.020     | 388.764                   |
| Guisantes..... | 18.628     | 139.054                   | 233        | 2.298                     |
| Lentejas.....  | 16.830     | 129.245                   | —          | —                         |
| Diversos.....  | 170.660    | 1.177.830                 | —          | —                         |

(1) He aquí algunos datos para 1902:

|              | Superficie. | Producción.<br>—<br>Quintales. |
|--------------|-------------|--------------------------------|
| Trigo.....   | 3.692.924   | 36.339.015                     |
| Cebada.....  | 1.456.853   | 17.696.536                     |
| Avena.....   | 449.939     | 3.389.096                      |
| Centeno..... | 784.249     | 6.651.915                      |
| Maíz.....    | 462.418     | 6.419.422                      |

Como se ve, una muy débil parte del suelo está consagrada al cultivo de regadío. Esta observación basta para comprender el progreso que puede alcanzarse en el porvenir, cuando los planes de irrigación estén por completo terminados. En tales terrenos de regadío, la probabilidad de la buena cosecha dependerá menos del acaso y la confianza en la agricultura renacerá entonces tanto más, cuanto los obreros encuentren en ella un salario más seguro.

En los últimos tiempos, la prensa diaria nos ha hecho saber las turbulencias de los obreros agrícolas de Andalucía, y es preciso, por tanto, que estudiemos ligeramente sus causas.

La propiedad inmueble está poco dividida en esta provincia, y se encuentra poseída por un pequeño número de grandes propietarios. Estos no se ocupan por sí mismos de sus dominios, sino que se hacen representar por administradores, que estrujan á los obreros con su afán de lucro personal. El obrero, que cobra por días, por meses ó estaciones, recibe siempre un salario insuficiente. En Andalucía viene á ser de 1,75 pesetas por término medio. De aquí la idea de asociarse para obtener un mayor salario; de aquí los tumultos continuos de protesta, que datan desde muy antiguo, porque ya en 1855 habían tenido que reprimirse á viva fuerza.

El remedio podría encontrarse en una división mayor de la propiedad, que aumentaría el número de pequeños propietarios, que vivirían en más íntima comunicación con la tierra y con los trabajadores (1). Este remedio no sería, claro es, ab-

(1) Uno de los remedios científicamente más defendidos en estos últimos tiempos es el de la expropiación forzosa por causa de bonificaciones agrarias, que diría Cimbali, y que se apoya en el principio de que todo propietario tiene el sagrado deber de cultivar su tierra, y en caso de que la dejara abandonada ó inculta, expropiarle por utilidad social. Podría expropiársele, en el caso de que no contara con los medios suficientes para cultivar una extensa propiedad, una parte de ella. Tal vez en España sea una verdad la de que la propiedad no debe estar en pocas manos, por muchos motivos económicos, políticos y sociales, para no tener que

solamente insuficiente, porque no protegería á los obreros contra el azar de la cosecha.

Por lo demás, esta concentración de la propiedad apenas existe sino en Andalucía. En otras provincias, particularmente en el país vasco, la tierra está suficientemente dividida, y gran parte del espíritu industrial que anima la cercana comarca minera mueve también á la agricultura.

Según una relación del cónsul inglés de Bilbao, los esfuerzos, en otro tiempo vanos, para introducir en el cultivo el empleo de máquinas agrícolas, poco á poco van ganando terreno, y tal vez muy pronto se vean coronados por el éxito. La importación, al principio muy restringida, de máquinas agrícolas, ha consistido principalmente en sembradoras, segadoras, aventadoras, etc. La Diputación provincial se ha colocado á la cabeza de este movimiento, y anima á los colonos de la provincia vasca á adquirir instrumentos modernos, de los que se establecerá un depósito en Bilbao. Se venderán principalmente rastrillos, arados Brabant, doble tipo, cribadoras, etc. En 1901, los Estados Unidos han enviado á esta región 50 máquinas diversas, importación que ha aumentado en 1902.

La gran dificultad con que se tropezaba al principio era con la ignorancia de los obreros para manejar estos utensilios mecánicos, que en sus manos inexpertas se averiaban muy pronto. Necesitan éstos algunos años de aprendizaje. Ante todo, será necesario buscar tipos de máquinas apropiados á las condiciones del país, al suelo, á los animales de tiro, que, en general, no pueden arrastrar máquinas pesadas.

Observemos que, paralelamente al empleo de las máquinas agrícolas, el salario de los obreros agrícolas aumenta también, así como á la vez se acrece el rendimiento del suelo.

De aquí arranca el verdadero remedio del marasmo de la

---

repetir el «*latifundus latifundio republica perdiderunt*». Claro es que el ideal sería poder cultivar intensivamente grandes extensiones de terreno; pero nos falta hoy por hoy el medio de ejecución.—(N. T.)

agricultura española, mejorando las condiciones del cultivo por el empleo de las máquinas y de los más nuevos procedimientos, de los abonos, de la extensión del riego por la mayor parte del territorio, etc., etc.

Ya hemos dicho que el plan de conjunto de estos trabajos hidráulicos está elaborado. Según dicho plan, el suelo de España se divide en tres regiones, á saber: el de las tierras no regables, como las provincias de Cuenca y Cáceres; el de las regables en parte, como Albacete, Avila, Badajoz, Ciudad Real, León y Palencia; y por último, el resto del país.

A este efecto se crearán 110 canales y 222 grandes depósitos para regar 1.183.000 hectáreas. La longitud total de los canales será de 6.120 kilómetros, con un caudal de 734.000 litros; los depósitos contienen 3.861 millones de litros. Este proyecto provee igualmente á la obtención de 74.000 caballos de fuerza hidráulica.

En cuanto á los gastos á efectuar, consistirán en 212 millones para trabajos de excavación y profundidad y 200 para la construcción de depósitos, en total 412 millones, ó sean unas 348 pesetas, como término medio, por hectárea regada.

Estas cifras no resultan enormes si se advierte que estos trabajos habrán de repartirse entre muchos años—por lo menos diez,—lo que exigiría tan sólo un dispendio anual de 40 millones, y para una labor cuyo resultado definitivo sería mejorar enteramente el estado de la agricultura y suministrar á la producción del país el medio poderoso de un acrecentamiento tan rápido, que constituiría un verdadero renacimiento.

A decir verdad, el Gobierno no se ha mostrado hasta aquí muy espléndido en estos trabajos. Se estima que durante todo el siglo XIX no ha consagrado más de 100 millones. Sin embargo, ahora cabe esperar un próximo cambio en esta actitud del Gobierno; por el momento, 2.000 obreros están ocupados en profundizar el canal de Tamarite y Aragón, que fertilizará 130.000 hectáreas de Aragón y Cataluña. El canal, que me-

dirá 170 kilómetros, con un caudal de 36.000 litros, costará cerca de 30 millones de pesetas.

Uno de los escollos con que tropieza la agricultura es el de que al obrero agrícola le falta frecuentemente el conocimiento serio de su oficio: se deja guiar por una vieja rutina; las tierras se abandonan en barbecho durante dos años; después se cultivan durante uno solamente sin recibir los abonos necesarios: multitud de causas, por tanto, que disminuyen el rendimiento. Este cuadro pesimista no debe impedirnos hacer constar que en este orden, como en todos los otros, se ha producido un cierto despertar, estimulado muy particularmente por la buena cosecha de 1901. Cierta ordenamiento en el riego de las tierras, la creación de estaciones agronómicas, el establecimiento de escuelas de agricultura, etc., son elementos de progreso que se dibujan desde hace algunos años, visible sobre todo en las estadísticas de 1901.

Si el cultivo intensivo se aplicase á la generalidad de las tierras, España llegaría á bastarse á sí misma, mientras que ahora es todavía tributaria del extranjero en algunos cereales. Rara vez para el trigo ha habido algún excedente de producción, por ejemplo, en 1902.

España es, por el contrario, un país exportador muy importante de ciertos productos agrícolas, como lo demuestra el cuadro siguiente:

EXPORTACIONES AGRÍCOLAS DE ESPAÑA (*en pesetas*).

| CONCEPTOS                    | Mediana<br>de los años<br>1896 - 1900. | 1900       | 1901       |
|------------------------------|----------------------------------------|------------|------------|
| Limones.....                 | 1.168.658                              | 1.184.217  | 1.022.333  |
| Naranjas.....                | 41.694.580                             | 39.033.857 | 42.800.650 |
| Uvas.....                    | 8.059.350                              | 9.636.485  | 10.646.223 |
| Otros frutos verdes.....     | 3.871.929                              | 4.562.405  | 4.384.618  |
| Almendras.....               | 11.195.128                             | 7.996.872  | 11.156.757 |
| Aceitunas.....               | 3.582.691                              | 4.535.245  | 5.052.709  |
| Avellanas.....               | 4.646.813                              | 4.107.838  | 5.831.998  |
| Pasas.....                   | 17.913.286                             | 23.898.023 | 20.527.571 |
| Otros frutos secos.....      | 1.801.412                              | 1.791.048  | 1.768.261  |
| Conservas alimenticias.....  | 16.462.684                             | 17.305.645 | 19.803.219 |
| Espicias, cebollas, etc..... | 20.102.820                             | 20.501.715 | 23.060.040 |

Si tomamos la mediana de los diez últimos años, á fin de establecer una producción general independiente de la eventualidad de las cosechas más ó menos felices, puede calcularse ésta para los cereales en 1.325 millones de pesetas, repartiéndose como sigue:

|              |                          |
|--------------|--------------------------|
| Trigo.....   | 714 millones de pesetas. |
| Cebada.....  | 256       »       »      |
| Maíz.....    | 127       »       »      |
| Centeno..... | 119       »       »      |
| Arroz.....   | 63       »       »       |
| Avena.....   | 46       »       »       |

Las producciones siguientes se valúan como sigue:

|                |                         |
|----------------|-------------------------|
| Garbanzos..... | 65 millones de pesetas. |
| Judías.....    | 55       »       »      |
| Habas.....     | 36       »       »      |
| Vino.....      | 360       »       »     |
| Patatas.....   | 119       »       »     |
| Aceite.....    | 189       »       »     |
| Naranjas.....  | 50       »       »      |

Estudiemos ahora más especialmente los importantes cultivos del olivo y de la vid, que podían llegar á ser un origen enorme de rendimientos para el país.

La superficie consagrada al cultivo del olivo es aproximadamente de unos 12.670 kilómetros cuadrados, de los cuales 725 de regadío y el resto, ó sea cerca del 95 por 100, de secano. Esta cifra es muy de notar porque demuestra en qué medida puede progresarse en este punto.

Los centros de producción principales se encuentran en las provincias de Sevilla, de Córdoba, de Jaén y de Lérida. La superficie consagrada á la plantación olivarera va creciendo sin cesar. Ha aumentado desde 1901 á 1902 en 113.046 hectáreas. En cuanto á la producción de aceite, alcanza la cifra de 2.946.000 hectolitros, con un aumento de 1.304.448 en el período decenal transcurrido.

El aceite de oliva español no ha conquistado todavía la reputación de los aceites de Provenza, á causa del defecto de

su preparación. El aceite no se fabrica siempre completamente bien en España, y se vende á un precio inferior; pero la prueba de que será fácil remediar este estado de cosas transitorio, es que se señalan compras de aceite destinadas á la misma Provenza. El aceite sometido en esta comarca á rectificación, se vende bajo el nombre de aceite de Provenza, á un precio que hace la operación lucrativa.

En vista del desenvolvimiento de la producción olivarera, si los españoles estudiasen á fondo este asunto de la preparación y depuración del aceite, quedaría á este producto un importante supervalor.

Extraemos las indicaciones siguientes de un interesante informe del Sr. Téllez y Araus, sobre la fabricación de aceite en la provincia de Lérida, publicado por el Ministerio de Agricultura.

Se cultiva sobre todo el olivo llamado *Arbéquina*, cuyo rendimiento es considerable y su aceite de muy buena calidad. La cosecha comienza á mediados de Diciembre y se prolonga durante algún tiempo. A medida que se va verificando, los frutos son transportados al molino y triturados, sea entre muelas, ya entre cilindros. Después, la masa obtenida se recoge en cestos de esparto que van filtrando el aceite. Antiguamente, y hoy todavía, en las industrias más atrasadas, todo el aceite se reúne, y el producto obtenido tiene muy poco valor. Pero allí donde los progresos modernos se manifiestan, como en algunas grandes fábricas, se repiten tres veces las dos operaciones de la molienda y el prensado. Los primeros aceites obtenidos son de calidad superior; en la segunda operación se obtiene el de segunda calidad y en la tercera el más inferior. Todavía se obtiene una cuarta calidad tratando el orujo por medios químicos, en particular por el sulfuro de carbono. Por último, estos aceites son depurados y filtrados antes de entregarlos al consumo.

El conjunto de los gastos de fabricación se eleva á cerca de 33,75 pesetas por quintal métrico.



En 1901 se contaban 340 fábricas de aceite en la provincia de Lérida, comprendiendo:

387 prensas de palanca,  
26 prensas de cuña,  
17 prensas de husillo,

que representan los procedimientos de la antigua fabricación rutinaria, y

10 prensas hidráulicas

en las importantes fábricas montadas á la moderna.

La calidad de las cosechas se resume en el cuadro siguiente:

| Años.     | Cosechas. | Precio de venta<br>por<br>quintal métrico. |
|-----------|-----------|--------------------------------------------|
| 1894..... | Buena...  | 69,00                                      |
| 1895..... | Mala..... | 66,86                                      |
| 1896..... | Mala..... | 98,07                                      |
| 1897..... | Regular.. | 103,89                                     |
| 1898..... | Buena...  | 96,33                                      |

La producción de vino, en cambio, va decreciendo: en 1893, 1.745.503 hectáreas estaban dedicadas al cultivo de la vid, y la distribución por provincias era la siguiente:

|                 |         |
|-----------------|---------|
| Tarragona.....  | 111.000 |
| Valladolid..... | 105.000 |
| Valencia.....   | 93.000  |
| Zaragoza.....   | 90.000  |
| Logroño.....    | 83.000  |
| Málaga.....     | 80.000  |

Las provincias de Ciudad Real, Albacete, Madrid, Alicante, Lérida, Zamora, Gerona y Teruel son igualmente vinícolas.

Actualmente no se cuentan más que 1.400.523 hectáreas reservadas á este cultivo, y la producción de vino ha disminuído de 7.476.000 hectolitros.

Esta disminución se ha manifestado, principalmente, después de la denuncia de los tratados de comercio, en la proporción indicada por el cuadro siguiente:

## LA EXPORTACIÓN DE VINOS ESPAÑOLES

| AÑOS     | EXPORTACIÓN TOTAL    |                          | Á FRANCIA                |
|----------|----------------------|--------------------------|--------------------------|
|          | Millones de pesetas. | Millones de hectolitros. | Millones de hectolitros. |
| 1891.... | 277.0                | 11.0                     | 9.6                      |
| 1892.... | 117.7                | 6.5                      | 5.6                      |
| 1893.... | 75.3                 | 5.0                      | 3.6                      |
| 1895.... | 103.4                | 5.1                      | 3.6                      |
| 1900.... | 76.4                 | 3.8                      | 2.5                      |
| 1901.... | 44.8                 | 2.2                      | 1.0                      |
| 1902.... | 36.1                 | 1.8                      | 0.7                      |

Como se ve, Francia acaparaba el mercado de vinos españoles antes de 1892; estos vinos se empleaban, principalmente, en el encabezamiento de los suyos. Desde esta fecha, Francia compra en sus propias colonias, en Argelia y en Túnez; así como en Italia, sus vinos de encabezamiento.

Como es muy improbable que puedan jamás alcanzarse los buenos resultados de antaño, la disminución de la superficie vinícola se impone, pudiendo felicitarse de ver dedicar los terrenos que abandona, á otros cultivos más provechosos.

En cuanto al consumo de vino del país, se ha reducido, por consecuencia del impuesto que recae sobre él; por otra parte, los gastos de transporte son frecuentemente elevados en las comarcas pobres en medios de comunicación; causas, entre otras muchas, deprimentes del mercado de vinos, contra las cuales los sindicatos de productores no han podido jamás luchar victoriosamente. Desde 1900 la filoxera causa también destrozos, á los cuales la plantación de las cepas americanas pretende remediar.

Creemos que el único medio de levantar la exportación de los vinos españoles sería tratar de obtener una mejor vinificación que la que se obtiene hoy. En muchas partes del país, la vinificación se hace cuando la temperatura es muy elevada, y la fermentación produce á esta temperatura sustancias diferentes de las que forman el buen vino. El *bouquet* se

modifica y el vino se conserva mal y se predispone para la fermentación ácida, etc.

Esta mediana vinificación desacreditó también los vinos de Argelia; pero en los últimos tiempos se comienza á hacer en este país vino por procedimientos de fermentación verdaderamente científicos, y desde entonces, siendo el zumo del racimo empleado de mejor calidad, la producción resulta más excelente.

Una reforma semejante daría á los vinos de España las mismas calidades, y podrían concurrir con éxito en nuestros mercados; el mercado francés parece estar cerrado para ellos con los vinos de otras naciones (1).

Ya hemos hablado anteriormente del cultivo de la remolacha, de la caña de azúcar y del algodón. Desde que España no tiene colonias se ha tratado de cultivar el café y tabaco, y los primeros ensayos han dado resultados beneficiosos.

He aquí, por lo demás, el resumen de la producción agrícola de España en 1901, en pesetas, no disponiendo todavía de los datos de la producción de 1902:

|                             |               |
|-----------------------------|---------------|
| Cereales y leguminosas..... | 1.508.366.770 |
| Vinos .....                 | 360.560.433   |
| Aceites.....                | 189.826.817   |
| Patatas.....                | 199.331.857   |
| Remolacha azucarera.....    | 23.402.700    |
| Remolacha forrajera.....    | 9.607.474     |
| Nabos.....                  | 21.808.233    |
| Azafrán.....                | 12.853.525    |
| Lino.....                   | 4.787.731     |
| Cáñamo.....                 | 5.750.627     |
| Naranjas.....               | 50.990.437    |
| Limonas.....                | 1.551.320     |
| Algarrobas.....             | 13.010.310    |
| Higos.....                  | 9.638.386     |
| Granadas.....               | 812.951       |
| Almendras.....              | 25.114.304    |
| Manzanas.....               | 3.027.444     |

Total..... 2.440.441.319

(1) Estas observaciones se aplican no á los vinos finos de Málaga, Alicante y Jerez, que siempre han sido y continuarán siendo una de las preferencias más delicadas de la mesa de todo buen *gourmet*; sino á los vinos ordinarios que para el consumo diario pueden concurrir con los de Burdeos, Argelia y Túnez, que nosotros tenemos costumbre de consumir.

Entre los productos forestales, es preciso citar, en primer término, el alcornoque, de que España parece poseer el monopolio. Es en la provincia de Gerona donde se encuentra principalmente el alcornoque; una gran parte de la corteza es allí mismo trabajada, y la pequeña villa de San Feliú de Guixols, con sus 75 fábricas, es el centro de esta industria. A pesar del empleo de las máquinas, el trabajo manual no por eso disminuye.

La provincia de Gerona ha exportado en 1899, 14-18 millones de pesetas de taponés, y en 1900 por más de 32 millones. Los residuos se emplean en diversos usos, entre los cuales la industria del lino consume la mayor parte.

En lo que se refiere á la cría de ganado, cuestión que entra igualmente en este capítulo, es muy difícil procurarse datos exactos, y bien puede asegurarse que las cifras suministradas por las estadísticas en este punto, quedan muy por bajo de la verdad. Nos dan para 1893:

397.172 caballos.  
1.521.842 asnos y mulas.  
2.217.660 toros.  
16.469.303 corderos.  
2.534.219 cabras.  
1.927.864 puercos.

O sean 25.068.060 animales.

Pero Routier aprecia que en 1899 había de 32 á 35 millones.

Los animales son, en general, pequeños, pero de buena calidad. La lana de los corderos merinos y los caballos andaluces gozan de una excelente reputación. Desde el punto de vista del porvenir, el país podrá aumentar considerablemente la cría de ganado; posibilidad que hay que lograr, cuidando al mismo tiempo de su calidad por los numerosos medios que enseña la zootecnia moderna.

J. HOGGE FORT      F. V. DWELSHAUVERS-DERY

## UN COMPAÑERO EXTRAÑO

---

...En la obscuridad, tropezaba con los vallados que rodeaban á las casas de la aldea; me metí valientemente en un mar de fango, mientras iba de una ventana á otra golpeando suavemente en los cristales.

—¿Puede pernoctar aquí un caminante?—preguntaba.

Por toda respuesta me enviaban á los vecinos, á la prevención, ¡al infierno! Desde una ventana me amenazaron con soltar los perros detrás de mí; en otra, silencioso, pero elocuente, se asomó un enorme puño.

—¡Vete, vete, ya que todavía estás entero!— me gritó una mujer.—Mi marido está en casa.

La comprendí: sin duda no recibía á los transeuntes que demandaban un asilo sino en ausencia de su marido... Lamentando que fuese así, me dirigí á la ventana siguiente.

—Buenas gentes, ¿puede pasar aquí la noche un caminante?

Me respondieron afablemente:

—¡Que Dios te acompañe! Vé con Él... más lejos.

Caía una lluvia fina y fría, y en la tierra fangosa aumentaba la obscuridad. A veces, una racha de viento llegaba sin saberse de dónde; agitaba las ramas de los árboles; hacía que se estremecieran los rastrojos mojados de los techos; y los sonidos melancólicos que despertaba turbaban, como una fúnebre música de suspiros y gemidos, el sombrío silencio de la noche.

Al escuchar aquel triste preludio del austero poema que se llama el otoño, las gentes, en las casas bien cerradas, se ponían probablemente de mal humor, y por esto no me concedían hospitalidad. Luché largo rato contra aquella malquerencia; pero se defendieron con obstinación, y me quitaron al fin toda esperanza de dormir bajo techado.

Dejé el pueblo por el campo, esperando encontrar algún montón de heno ó de paja..., aunque solamente la casualidad pudiese deparármelo en aquella tenebrosa obscuridad...

Vi entonces, á tres pasos delante de mí, erguirse algo grande y más sombrío aún que la misma obscuridad: adiviné una granja.

Las granjas no están construídas á ras del suelo: descansan sobre estacas ó piedras. Entre el piso y la tierra hay espacio suficiente para que un hombre honrado pueda fácilmente encontrar sitio: no hay más que echarse boca abajo y arrastrarse.

La suerte quería evidentemente que me acostase aquella noche no solamente bajo un techo, sino bajo un piso. Muy contento me deslicé sobre la tierra seca, tanteando el suelo en busca de un sitio relativamente cómodo. De repente resonó en las tinieblas una voz tranquila:

—Más á la izquierda, caballero—decía.

Aquello no era aterrador, pero tan imprevisto...

—¿Quién está ahí?—pregunté.

—Un hombre... con una estaca...

—También yo tengo una estaca.

—¿Y cerillas, tiene usted?

—Sí, tengo cerillas.

—¡Magnífico!

Yo no veía la ventaja de ello; pan y tabaco me hubieran arreglado más que las cerillas.

—¿Qué?—preguntó la voz del invisible,—¿no le han dejado entrar en ninguna casa del pueblo para pasar la noche?

—No—contesté.

—Ni á mí tampoco.

La cosa era evidente... si es que en efecto había intentado que le acogiesen. Pero también podía haber venido á aquel lugar sin solicitar nada en el pueblo, sencillamente para esperar el momento favorable á la ejecución de un proyecto, tal vez arriesgado, que exigiera en absoluto el velo de la noche.

Evidentemente, todo trabajo es agradable á Dios; sin embargo, resolví apretar fuertemente mi garrote en la mano.

—No me han querido recibir—repitió la voz.—¡Qué bandidos! Le dejan á uno entrar en cuanto hace bueno; pero con un tiempo semejante... le dan á uno con la puerta en las narices...

—¿Y á dónde va usted?—pregunté.

—A... Nicolaieff. ¿Y usted?

Se lo dije.

—Entonces llevamos el mismo camino. Pues bien, encienda usted una cerilla: quiero fumar.

Los fósforos se habían humedecido; durante largo rato los froté impacientemente contra la plancha que se encontraba encima de mi cabeza. Por fin brilló una lucecilla, y una cara pálida con poblada barba negra surgió en la obscuridad.

Unos ojos grandes é inteligentes me miraban con ironía; después, unos dientes blancos lucieron bajo los bigotes, y el hombre me dijo:

—¿Quiere usted fumar?

La cerilla se había consumido. Encendí otra, y nos volvimos á mirar á la luz que proyectaba; después de lo cual, mi compañero de albergue declaró con convicción:

—Creo que no nos molestaremos mutuamente... tome un cigarrillo.

Tenía él uno entre los dientes, y mientras que fumaba iluminaba su rostro una débil claridad rojiza. Alrededor de los ojos y en la frente tenía finas y profundas arrugas. A la luz de la cerilla, había observado que estaba vestido con los restos de un viejo gabán natado; una cuerda le servía de cinturón, y

llevaba en los pies unos zapatos hechos de un solo pedazo de cuero, «porchecú», como los llaman á orillas del Don.

—¿Es usted peregrino?—pregunté.

—Sí, viajo. ¿Y usted?

—También.

Hizo un movimiento, y sonó algo metálico: una tetera ó una marmita, probablemente uno de esos accesorios indispensables al peregrino en viaje. No se notaba, sin embargo, en su voz esa moderación, esa unción hipócrita que descubre siempre á las gentes de esa clase. Hasta entonces su conversación no había sido cortada ni por suspiros piadosos ni por citas de las «Escrituras». En suma: no se parecía á esa especie de vagabundos que marchan á los «santos lugares», variedad perniciososa de los innumerables nómadas de Rusia, peor que otra cualquiera, porque infesta los campos propagando mentiras y supersticiones de que están siempre ávidos los campesinos.

Además, iba á Nicolaieff, en donde no hay ni «cosas santas» ni reliquias...

—¿De dónde viene usted?—pregunté.

—De Astracán.

En Astracán tampoco hay reliquias; volví á interrogarle.

—Va usted de un mar á otro, pero no por los santos lugares.

—¡Ah! también paso por ellos. ¿Por qué no? Voy con placer... no le tratan á uno mal... sobre todo si se las compone uno bien con los frailes... Nos quieren mucho, porque les aportamos una distracción en su vida. Y usted, ¿qué piensa de todo esto?

Le expuse mi opinión.

—Sí, buenos lugares para comer y beber. ¿Y de dónde viene usted? ¡Ah!... Buena caminata. Encienda otra cerilla, fumaremos más. Cuando se fuma, parece que se está más caliente.

Hacía realmente frío, gracias á nuestros trajes mojados y al viento que se introducía descaradamente bajo el piso.

—¿Quiere usted comer? Tengo pan, patatas y dos cornejas asadas... ¿Quiere usted?



—¿Cornejas?—pregunté con curiosidad.

—¿No le gustan? Hace usted mal.

Me tendió un enorme pedazo de pan.

—No he probado nunca las cornejas.

—Pues pruebe usted. Son deliciosas en otoño. Y luego, que es más agradable comer cornejas, cogidas con anzuelo por la propia mano de uno, que el pan ó la grasa que le tira el prójimo desde la ventana de su casa... de esa casa á la que deseas prender fuego desde que aceptaste la limosna.

Decía aquello con tono razonable, razonable é interesante. Aquella costumbre de comer cornejas era nueva para mí, pero no me asombraba. Sabía que en Odesa, en invierno, los ladrones de carretera comen ratones, y que en Rostoff se consumen caracoles. ¿Qué hay en esto de increíble? Los parisienses sitiados comían con placer cualquiera suciedad, y hay gentes que se encuentran toda la vida como en una plaza sitiada.

—¿Y cómo coge usted las cornejas?—pregunté.

—Desde luego que no con la boca. Se puede matarlas con un bastón ó una piedra; pero lo más seguro es pescarlas con anzuelo. Se ata al extremo de un cordel largo un pedazo de grasa, de carne ó una corteza de pan. La corneja lo atrapa, lo traga... y ya está cogida.

En seguida se la retuerce el cuello, se la despluma, se la limpia y se pone al fuego, sirviéndose de un palo á modo de asador.

—¡Qué bueno sería estar ahora sentado cerca del fuego!—exclamé.

El aire era cada vez más helado. Parecía que el mismo viento tiritaba de frío; pegaba contra las paredes del edificio con un gemido lastimero y tembloroso. A veces llegaba con él el ladrido de los perros, el canto de los gallos, los sonos de una campana que tintineaba lúgubrementemente en la iglesia del pueblo. Las gotas de lluvia caían pesadamente al través del piso de la granja en la tierra mojada.

E. M.—Agosto 1905.

—Es fastidioso permanecer tumbado sin charlar—dijo mi compañero de albergue.

—Hace demasiado frío para entablar una conversación—repliqué.

—Póngase usted la lengua bajo el sobaco, y se calentará.

—Gracias por el consejo.

—¿Y qué, marcharemos juntos? Llevamos el mismo camino.

—Marcharemos juntos.

—Entonces conozcámonos. Yo, por ejemplo, me llamo Pablo Ignalief Promtoff, de la nobleza.

Yo me nombré también.

—Ya estamos en regla. Ahora le preguntaré una cosa: ¿cómo ha venido usted á parar á esta manera de vivir? La aficióncilla al aguardiente, ¿eh?

—La vida me aburría.

—Es posible... ¿Conoce usted la institución que se llama «Registro judicial»?

—La conozco.

—¿Está su nombre impreso en él?

Por aquella época aún no me habían impreso en ninguna parte; lo declararé.

—Tampoco yo estoy impreso.

—¿Pero espera usted estarlo?

—Todo está en la mano de Dios.

—Parece usted un hombre alegre.

—¿Y por qué había de estar triste?

—No dirían todos lo mismo encontrándose en su posición—dije, porque dudaba de la sinceridad de sus palabras.

—Mi situación es húmeda y poco cómoda, pero cambiará con la aurora. El sol saldrá, porque siempre sale; ¿no es cierto? Entonces saldremos de aquí y tomaremos el té, comeremos, nos calentaremos... ¿Está esto tan mal?

—Está muy bien—repliqué.

—Ya ve usted. Todo lo malo tiene un lado bueno.

—Y todo lo bueno, uno malo.

—¡Amén!—exclamó Promptoff, con voz de diácono.

Mi palabra que empezaba á encontrarme á gusto en su compañía. Lamentaba no poder distinguir su rostro, que debía de ser muy expresivo, á juzgar por la riqueza de las entonaciones de su voz. Hablamos largo rato de cosas indiferentes, ocultando tras la vulgaridad un mutuo deseo de conocernos de una manera más íntima; admiré la habilidad con que me obligaba á confesarme, mientras que él no me decía nada de sí mismo.

Mientras que conversábamos apaciblemente la lluvia había cesado y la obscuridad se fundía insensiblemente; amanecía; una franja rosada brillaba con suavidad en el oriente. Con la aurora llegaba el fresco de la mañana, agradable y confortante para un hombre vestido con prendas calientes y secas.

—¿No encontraremos algo aquí para encender fuego?... ¿algunas astillas?—preguntó Promptoff.

Nos fuimos á buscar, arrastrándonos por el suelo, pero sin encontrar nada.

Se decidió entonces á arrancar una plancha mal sujeta, de la que hicimos astillas.

Promptoff propuso en seguida hacer un agujero en el piso de la granja para procurarse algunos granos de cebada; cocidos en el agua constituyen un buen alimento. Protesté, porque en lugar de los dos ó tres litros que necesitábamos, aquel medio haría que cayeran del granero varios quintales.

—¿Y qué nos importa eso?—preguntó Promptoff.

—Hay que respetar la propiedad ajena, según lo que he oído decir...

—Eso, mi amigo, es indispensable cuando uno mismo es propietario.

Me callé, pensando para mí que las ideas de aquel hombre sobre la cuestión de la propiedad ajena debían de ser muy elásticas, y que lo agradable de estar en relaciones con él podía tener sus quiebras.

Apareció el sol, alegre y vivo. Jirones de cielo azul se

mostraban entre las nubes desgarradas, que corrían hacia el Norte, lentas y fatigadas.

Por todas partes brillaban gotas de agua. Promptoff y yo salimos de nuestro escondrijo y nos dirigimos, bordeando un campo de trigo segado, hacia una línea de árboles verde y sinuosa, bastante lejana de nosotros.

—Allí hay un río—dijo Promptoff.

Le miré, y pensé que tendría unos cuarenta años.

La vida no le debía de haber sonreído. Los ojos, sombríos y profundamente hundidos, brillaban llenos de calma y seguridad, y cuando los guiñaba un poco, su rostro tomaba una expresión dura y astuta. Su andar firme y acompasado, su morral de cuero hábilmente sujeto á la espalda, toda su persona hablaba de una vida errante; había en él una mezcla de lobo y zorro.

—He aquí lo que vamos á hacer—dijo:—más allá del río, á unas seis verstas, está el pueblo de Mongolia; desde allí iremos directamente á Novaia-Pragua, en cuyos alrededores viven estundistas, bautistas y otros campesinos soñadores. Le tratan á uno muy bien, si se sabe inventar algo que halague sus ideas particulares. Pero ¡cuidado! no hay que citar una sola palabra de las Sagradas Escrituras. Nada les es más familiar.

Elegimos un lugar no lejos de un grupo de álamos negros; con ayuda de unas piedras—había muchas á orillas del río, cuyas aguas había enturbiado la lluvia—hicimos una especie de hogar, y pronto la llama chisporroteó en el aire fresco de la mañana.

A dos verstas de nosotros, en lo alto, la aurora hacía relucir los techos de paja de una aldea. Las paredes de las casitas se destacaban en blanco sobre las copas puntiagudas de los álamos, cuyo follaje, con los tintes del otoño, resplandecía á los rayos del sol matinal. La humareda gris que salía de las chimeneas se diseminaba con matices anaranjados y purpúreos y formaba manchas de sombra sobre el cielo claro.

—Quiero bañarme—declaró Promptoff.—Es indispensable

después de semejante noche en blanco. Le aconsejo que haga lo mismo. Y mientras que nos refrescamos, hervirá el té. Ya sabe usted, hay que cuidar de que el cuerpo esté siempre limpio y dispuesto.

En tanto que hablaba, se desnudó. Era de buena raza aquel cuerpo bien proporcionado, de vigorosos músculos, perfectamente desarrollados. Y los sucios pingajos que se acababa de quitar me parecieron más repugnantes y más abominables todavía de lo que hasta entonces me habían parecido. Transidos y amaratados por el frío de aquel baño helado, nos apresuramos á ponernos las ropas, que se habían calentado junto al hogar. Después nos sentamos cerca del fuego para tomar el té.

Promptoff tenía un vaso de hierro; echó en él el té hirviendo y me lo ofreció. Pero el diablo, que está siempre dispuesto á burlarse de los hombres, me tocó en una de las falsas cuerdas del corazón, y dije magnánimamente:

—Gracias. Beba usted antes. Esperaré.

Dije esto con la firme convicción de que Promptoff querría rivalizar en finura y generosidad conmigo, y yo estaba dispuesto á ceder á sus instancias corteses para hacerme beber el primero. Pero contestó sencillamente:

—Bueno.

Y se llevó el vaso á los labios.

Yo me volví y me puse á mirar fijamente la desierta estepa, deseando convencer á Promptoff de que no veía la expresión sarcástica de sus ojos. Bebía el té, mascaba el pan, todo con una lentitud martirizante. Yo temblaba con todos mis miembros, y estaba dispuesto á echar el té hirviendo de la tetera en el hueco de la mano.

—No es conveniente hacer cumplidos—dijo Promptoff.

—¡Ya!—suspiré yo.

—Muy bien. Ahora lo ha comprendido usted. ¿Por qué ceder á otro lo que te es cómodo ó agradable? Por mucho que se diga que todos los hombres son hermanos, nadie ha trata-

do, sin embargo, de probarlo por medio del sistema métrico.

—¿No querrá usted hacerme creer que piensa lo que acaba de decir?

—¿Y por qué diría otra cosa que lo que acabo de decir?

—Ya sabe usted que el hombre gusta de mostrarse siempre un poco mejor de lo que es.

—No comprendo cómo he podido inspirarte semejante confianza—dijo aquel lobo encogiéndose de hombros...—¿Acaso porque te he dado té y pan? Pues bien: no lo he hecho por un sentimiento fraternal, sino por curiosidad. Veo á un hombre que no está en su centro, y deseo saber cómo y por qué ha sido lanzado fuera de la vida...

—Y también yo tengo ese deseo... Dígame quién es usted, qué es lo que hace.

Me dirigió una mirada escrutadora; se calló y después dijo:

—¿Sabe nunca exactamente el hombre lo que es?... Hay que preguntarle por quién se toma.

—Dígame entonces por quién se toma usted.

—Pienso que soy un hombre para el cual la vida es demasiado estrecha. La vida es estrecha, y yo... soy ancho. Tal vez no sea esto verdad. Pero hay en la tierra una variedad especial de gentes que descienden probablemente del Judío errante. Su particularidad consiste en que no son capaces de encontrar en parte alguna de la tierra un lugar en el que puedan fijarse. Reside en ellos un deseo de novedad, una mudanza inquieta: los más débiles de los tales no pueden encontrar nunca pantalones que sean de su gusto, lo que les entristece y descontenta; en cuanto á los más fuertes, nada les satisface, ni el dinero, ni las mujeres, ni los honores... A tales gentes no se las quiere en el mundo; son audaces é intratables. La mayor parte de los hombres son como monedas corrientes, y no hay más diferencia entre ellos que el año de la acuñación. El uno está usado, el otro es más nuevo; pero tienen el mismo valor; la materia de que están hechos es análoga: se parecen

hasta en los menores detalles. Pero yo no soy una de esas monedas... tal vez valga menos... Eso es todo.

Lo decía con una sonrisa escéptica y se me figuraba que ni él mismo tomaba sus palabras en serio. Pero excitaba en mí una curiosidad ansiosa y resolví seguirle hasta saber quién era. Evidentemente, era lo que se llama «un hombre inteligente»: Hay muchos de este género entre los vagabundos, pero son almas muertas. Han perdido todo respeto de sí mismos, toda conciencia de su estado moral; de día en día van hundiéndose en el fango, hasta que se disuelven y desaparecen.

Pero había en Promptoff algo firme, estoico. No se quejaba de la existencia, como lo hacen los otros.

—¿Vámonos?—preguntó.

—Vamos—respondí.

Nos levantamos confortados por el té y el sol, y seguimos el curso del río.

—Y cómo se procura usted el sustento?—pregunté á Promptoff.—¿Trabaja usted?

—¿Trabajar? No; no me gusta.

—Pero, entonces, ¿cómo?

—Ya lo verá usted.

Se calló. A los pocos pasos se puso á silbar entre dientes una alegre canción. Sus ojos escrutaban la estepa con mirada vigilante y segura, y andaba á grandes zancadas regulares, como un hombre que va derecho á su fin.

Le examiné, y creció en mí el deseo de saber con quién me las había.

La estepa, desierta y tranquila, nos rodeaba; resplandecía sobre nosotros el sol acariciador del mediodía; aspirábamos á bocanadas el aire puro y confortante y marchábamos hacia las lejanías, allí en donde los jirones de nubes se amontonaban en un caos magnífico de formas y de colores.

Cuando llegamos á la carretera del pueblo, un perruco se lanzó hacia nuestras piernas y se puso á dar vueltas en nuestro alrededor ladrando estrepitosamente. En cuanto le mirá-

bamos, daba un salto de costado, como una bala, aullando de miedo; después se lanzaba de nuevo contra nosotros, ladrando con más fuerza. Algunos congéneres aparecieron á su vez, pero sin mostrar el mismo celo; ladraron una ó dos veces y se escondieron en seguida yo no sé dónde. Su indiferencia parecía excitar todavía más al perrillo rojo.

—¿Ve usted qué mala índole?—dijo Promptoff señalando con la cabeza al celoso animal.—Está mintiendo. Sabe muy bien que no hay para qué ladrar; además, no es perverso, es cobarde; pero desea ganar los favores de su amo. Es un rasgo puramente humano... y es indudable que el hombre se lo ha comunicado. Las personas echan á perder á los animales. Llegará pronto un tiempo en que los animales sean tan cobardes é hipócritas como usted y como yo...

—Muchas gracias—dije.

—No hay de qué. Ha llegado el momento de entrar en escena...

Su fisonomía móvil revistió una expresión lúgubre, su mirada se hizo estúpida, su espalda se arqueó, se hizo todo lo pequeño posible, y sus harapos se hincharon.

—Hay que dirigirse al prójimo y pedirle pan—dijo para explicarme su transformación; y se puso á inspeccionar las ventanas de las casucas.

En el alféizar de una de aquéllas estaba una mujer dando de mamar á su hijo.

Promptoff la saludó y le dijo con acento de súplica:

—Buena mujer, dé pan á unos peregrinos.

—No tengo—respondió la mujer, dirigiéndonos una mirada recelosa.

—¡Que tu pecho se deseque, hija de perro!—exclamó rudamente mi compañero.

La mujer dió unos gritos como si la hubieran mordido, y se arrojó sobre nosotros.

—¡Ah! vosotros...

Promptoff, sin moverse, la miraba fijamente con sus ojos



negros, en los que había una expresión salvaje de mal augurio. La mujer palideció, se estremeció, volvió á entrar prestamente en la casa murmurando algo.

—¿Vamos?—dije á Promptoff.

—Esperemos á que nos traiga el pan.

—Lo que nos va á enviar es á su marido con la hoz...

—Usted no entiende de esto—dijo aquel lobo con una sonrisa escéptica.

Tenía razón: la mujer apareció de nuevo con la mitad de un pan redondo y un enorme pedazo de grasa. Saludó profundamente á Promptoff, y le dijo con voz suplicante:

—Le ruego tome, hombre de Dios, no se enfade.

—Que Dios te preserve del mal de ojo, de los brujos y de la fiebre intermitente—replicó Promptoff con tono sugestivo.

Y marchamos...

—Oiga—dije cuando estuvimos lejos de la casa...—¡Qué extraña manera... por no decir más... tiene usted de pedir!

—Es la mejor; si se sabe mirar bien á una mujer á los ojos, le toma á uno por brujo, se asusta, y da no solamente pan, sino toda la comida que tenga preparada para su marido. ¿Por qué mendigar y rebajarme ante ella cuando puedo mandar? He pensado siempre que vale más arrancar que solicitar... pero claro es que, si no se puede arrancar, hay que mendigar.

—¿Y no le ha sucedido á usted nunca recibir en lugar de pan un...?

—¿Un puñetazo? No. No se hubieran atrevido... Yo, hermanito, tengo un papel mágico... me basta enseñárselo al campesino... para que sea mi esclavo... ¿Quiere usted verlo?

Me entregó un papel arrugado y sucio; era un permiso de paso «para ir de Astracán á Nicolaieff, á nombre de Pablo Ignalieff Promptoff, expulsado por vía administrativa de Petersburgo». El papel tenía el sello de la Dirección de policía de Astracán y las firmas correspondientes; todo estaba en regla.

—No lo entiendo—dije devolviendo el documento á su pro-

pietario. —¿Por qué circunstancias viene usted de Astracán siendo un expulsado de Petersburgo?

Se echó á reir, y toda su persona expresó la convicción de su superioridad sobre mí.

—Pues es muy sencillo. Piense usted que me expulsan de Petersburgo, y al expulsarme me dejan en libertad de que elija, salvo algunas excepciones, un lugar de residencia. Designo la ciudad de Kursk, por ejemplo. Llego á Kursk y voy á la policía. «Tengo el honor de presentarme, etc., etc.»... La policía de Kursk no puede recibirme amablemente; tiene más quebraderos de cabeza de los que desea. Supone que tiene ante ella un perdido, y un perdido hábil, puesto que no han podido desembarazarse de él ni por la fuerza ni en virtud de un artículo de la ley, sino que se han visto obligados á recurrir á medios administrativos para expulsarle de Petersburgo. Y la policía se vería muy contenta con mandarme á cualquiera parte, aunque fuese al fondo de un precipicio. Viendo su embarazo, acudo en su ayuda por pura humanidad. Digo: «Puesto que yo he decidido el lugar de mi residencia, ¿no desearían ustedes que hiciese una nueva elección?» Les entusiasma el desahacerse de mí. Les digo que estoy dispuesto á dejar el distrito en donde velan por la inviolabilidad de las personas y de la propiedad, pero que es preciso que me den un viático por mi condescendencia. Ofrecen cinco rublos, diez rublos, más ó menos... esto depende del humor y del carácter... pero dan siempre con gusto. Vale más perder cinco rublos que adquirir en mi persona un elemento de inquietud superflua; ¿no es así?

—Tal vez—dije.

—No; seguramente. Y me proveen de un papel que no se parece en nada á un pasaporte. En la diferencia entre ese papel y un pasaporte consiste mi fuerza mágica. En este documento se dice: «expulsado ad-mi-nis-tra-ti-va-men-te de Petersburgo». Lo enseñé al starosta (1), que, de ordinario, es

(1) Especie de alcalde pedáneo.

más bruto que un leño, y no comprende absolutamente nada. Se asusta al ver los sellos. Le digo: «En virtud de este papel debes procurarme un refugio para la noche». Me lo procura. «Debes darme de comer.» Me da. No puede hacer otra cosa, porque está escrito en el papel: «de Petersburgo administrativamente». Tal vez significa «enviado secretamente» para inspeccionar las diferentes industrias locales, la fabricación de moneda falsa, la destilación clandestina, la venta de bebidas prohibidas. Ó la manera más ó menos celosa con que frecuentaban la iglesia ortodoxa, ó algo concerniente á la tierra. ¿Quién comprenderá lo que significa ese «administrativamente de Petersburgo?» Tal vez soy un personaje disfrazado... El aldeano es tonto... ¿Qué va á comprender?

—Sí; no comprende gran cosa—dije.

—¡Y es muy feliz!—declaró Promptoff con tono vivo y convencido.—Así precisamente debe ser, y así solamente es tan indispensable á todos como el aire. Porque ¿qué es el mujik? El mujik es para los hombres una substancia alimenticia, es decir, un animal comestible. Por ejemplo: ¿sería posible mi existencia en la tierra sin el mujik? El sol, el agua y el mujik son indispensables á la existencia del hombre.

—¿Y la tierra?

—Si el mujik existe, la tierra existirá también. Basta decirle: «¡eh, tú, crea tierra!» Y la tierra será. No puede él desobedecer...

Gustaba de discurrir aquel alegre camastrón. Hacía ya mucho tiempo que habíamos salido de la aldea y cruzado por delante de muchas granjas, y de nuevo aparecía ante nosotros otra aldea escondida entre el follaje carcomido del otoño. Promptoff charlaba alegre como un canario, y yo le escuchaba pensando en el mujik y en la nueva forma de parásito que roía su propiedad imaginaria de campesino.

¿Cuándo se dará al mujik algo bueno para compensarle de todo el mal que tan generosamente le han causado? He aquí que á mi lado camina un producto de la vida de la ciudad; un

vagabundo cínico é inteligente que vive á costa de ese mujik; un lobo convencido, seguro de su fuerza bruta.

—Oiga—le dije, acordándome de repente de una circunstancia.—Nos hemos encontrado en condiciones que me obligan á dudar grandemente del efecto de su papel... ¿Cómo lo explica usted?

—¡Ya!—replicó Promptoff.—Es muy sencillo... yo he pasado ya por ese lugar... y sabe usted... no siempre es agradable que le recuerden á uno las gentes...

Su franqueza me agradó. La franqueza es siempre una buena cualidad, y es muy de lamentar que se encuentre pocas veces en las personas.

Yo prestaba oído atento á la desenvuelta charla de mi compañero, tratando de determinar si verdaderamente era tal como se pintaba.

—He aquí una aldea... ¿Desea usted que le muestre la eficacia de mi papel?—propuso Promptoff.

Renuncié á la experiencia, y le dije que prefería que me contase la causa de su extrañamiento.

—¡Oh! es una historia larga—dijo agitando una mano.—Pero se la contaré á usted alguna vez. Mientras tanto, descansemos y comamos. Estamos suficientemente provistos de víveres; por consiguiente, no tenemos necesidad de ir al pueblo á molestar á nuestro prójimo.

Un poco separados del camino, nos sentamos en el suelo y nos pusimos á comer. Después, emperezados por los tibios rayos del sol y el ligero soplo del viento de la estepa, nos tumbamos para dormir. Cuando despertamos, el sol, enorme y purpúreo, estaba ya en el horizonte, y las sombras del crepúsculo meridional se extendían por la llanura.

—Ya ve usted — declaró Promptoff, — la suerte quiere que pasemos la noche en esa aldea.

—Vamos á ella—repliqué.

—No tenga usted cuidado; esta noche la pasaremos á cubierto.

Tenía razón: en la primera casuca que demandamos asilo nos hicieron entrar hospitalariamente.

El propietario, una especie de gigante muy apacible, acababa de llegar de los campos que labraba; la mujer preparaba la cena. Cuatro chiquillos sucios, agrupados en un rincón de la estancia, nos dirigían miradas curiosas y recelosas. La robusta mujer iba y venía, silenciosa y viva, de la cocina á la habitación, trayendo unas veces pan, otras veces leche. El hombre, sentado frente á nosotros en un banco, se frotaba las manos con expresión concentrada y nos dirigía miradas interrogadoras. No tardó en hacernos la pregunta habitual.

—¿Adónde vais?

—Vamos, buen hombre, «de un mar al otro, hasta la ciudad de Kieff» — respondió prestamente Promptoff, citando las palabras de una antigua melodía.

—¿Qué hay en Kieff?—preguntó el hombre después de haber reflexionado.

—¿Y las santas reliquias?

El hombre miró á Promptoff y escupió sin decir nada.

Tras una pausa añadió:

—¿Y de dónde venís?

—Yo, de Petersburgo, y éste, de Moscú — respondió Promptoff.

—¿De dónde?—preguntó el khokol (1) arqueando las cejas.—¿Cómo es Petersburgo? Las gentes dicen que está construido sobre el mar, y que se inundará un día...

La puerta se abrió y aparecieron dos khokoles.

—Aquí estamos, Mikhael—declaró uno de ellos.

—¿Qué deseáis?

—Tenemos un negocio... ¿Quiénes son éstos?

—¿Estos? — preguntó el propietario indicándonos con la cabeza.

—Sí.

(1) Khokol, apodo de los habitantes de la Rusia menor.

El hombre se calló, reflexionó, y volviéndose lentamente, declaró:

—¿Acaso lo sé yo?

—¿Sois tal vez peregrinos?—nos preguntaron.

—Sí—contestó Promptoff.

Y siguió un largo silencio, durante el cual los tres khokoles nos miraron con obstinación, desconfianza y curiosidad... Por fin, todos se sentaron á la mesa y comenzaron á comer con apetito.

—Y tal vez sabrá leer y escribir alguno de vosotros—preguntó uno de los khokoles dirigiéndose á Promptoff.

—Los dos—respondió lacónicamente.

—Entonces sabréis lo que conviene á un hombre que tiene desazón y unos dolores tan fuertes en la espina dorsal, que no puede dormir en toda la noche.

—Lo sabemos—declaró Promptoff.

—¿Y qué?

Promptoff se limpió las manos en sus harapos, miró al techo con aire pensativo, y por fin declaró con voz decidida y hasta dura:

—Hay que arrancar unas ortigas, ordenar á la mujer del enfermo que le frote con ellas la espina dorsal, y después endurecer la espalda con aceite de cáñamo salado... eso es todo...

—¿Y qué hará eso?—preguntó el khokol.

—No hará absolutamente nada—dijo Promptoff encogiéndose de hombros.

—¿Nada?

—Nada absolutamente.

—¿Pero alivia?

—Alivia.

—Probaré... Gracias.

—Salud—dijo Promptoff con perfecta seriedad.

Siguió un largo silencio; no se oía más que el ruido de las mandíbulas y á los chiquillos que cuchicheaban entre sí.

—Escuche—dijo el dueño de la casa:—puesto que es así,

¿no podría decirme si ha oído algo en Petersburgo ó en Moscú referente á Siberia... sobre si se puede ó no emigrar allí?... Uno de los vuestros—ó mintió ó dijo la verdad, el diablo lo sabe—pretendía que la cosa era completamente imposible....

—Imposible—afirmó atrevidamente Promptoff.

Los khokoles se miraron unos á otros, y el propietario murmuró entre dientes:

—Que los sapos se les metan en el vientre.

—No se puede—declaró de nuevo Promptoff, y de repente su rostro se puso como inspirado.—Y no se puede, porque es inútil ir á Siberia, puesto que en todas partes abunda la tierra.

—Sí, eso es verdad, en todas partes hay bastante tierra para los difuntos... pero falta para los vivos—declaró tristemente uno de los khokoles.

—Se ha decidido en Petersburgo—añadió solemnemente Promptoff—que se entregue toda la tierra, la de los campesinos y la de los propietarios, á la Corona.

Los khokoles le dirigieron unas miradas salvajes; se callaban. Promptoff les miró severamente y prosiguió:

—Pasará á la Corona, como he dicho; ¿y sabéis por qué se hará eso?

El silencio era absoluto, y los pobres khokoles parecían próximos á estallar por el asombro y el deseo de saber más.

Yo les contemplaba y retenía á duras penas la irritación que me causaba Promptoff al burlarse así de aquellas pobres gentes. Pero descubrir sus mentiras era exponerle á que le dieran una paliza. Y me callaba, abrumado por aquel estúpido dilema.

—Hable, buen hombre—dijo suave y tímidamente uno de los khokoles, casi sofocado.

—Pasará á la Corona, á fin de repartir regularmente la tierra entre todos los campesinos. Han reconocido allí—Promptoff indicó vagamente una dirección—que el verdadero dueño de la tierra es el campesino, y se ha mandado que se prohíba que las gentes se vayan á Siberia, para que esperen la repartición.

Uno de los khokoles dejó caer un pedazo de pan que tenía en la mano.

Todos estaban pendientes de los labios de Promptoff, estupefactos con aquella maravillosa noticia. De pronto se oyeron cuatro exclamaciones simultáneamente.

—¡Santísima Virgen!—supiró histéricamente la mujer.

—¿No miente usted?

—¡Mentir!

—¡Estupenda historia!—exclamó con tono convencido el que tenía mala la espina dorsal.

—Es solamente un rumor—dije,—tal vez es una habladuría.

Promptoff me miró con sincero asombro, y dijo enérgicamente:

—¿Cómo un ruido? ¿Cómo habladurías?

Y de sus labios la mentira más descarada salió como una melodía, como una música gratisima para todos los oyentes, excepto para mí. Sabía inventar cosas divertidas. Los khokoles, que deseaban creerle, le escuchaban con la boca abierta; pero me era duro oír aquellas mentiras inspiradas, que podían acarrear desgracias en lo futuro.

Salí de la casa, y me tumbé en el suelo, en el patio, pensando en el medio de desenmascarar el péfido juego de mi compañero. Su voz resonó largo rato en mis oídos; después me dormí...

Al amanecer me despertó Promptoff.

—Levántese, marchemos—dijo.

A su lado estaba el propietario, lleno de sueño, y el morral de Promptoff estaba repleto. Nos despedimos y marchamos. Promptoff estaba alegre, cantaba, silbaba y me miraba irónicamente de soslayo. Yo pensaba en el discurso que quería dirigirle, y me callaba, marchando á grandes pasos á su derecha.

—¿Y qué? ¿por qué no me dirige usted censuras?—preguntó de repente.

—¿Reconoce usted, pues, que las merece?—repliqué secamente.



—Evidentemente... le comprendo y sé que va usted á sermonearme... ¿Pero qué hay de malo en que los campesinos sueñen un poco? No por eso se harán más inteligentes. Y yo gano con ello. Mire, han llenado mi morral.

—Sí, pero puede usted ser la causa de que reciban un vapulco.

—No es probable... Pero aun cuando llegara ese caso, ¿qué me pueden importar las costillas ajenas? Yo ruego á Dios que me conserve las mías sanas. Evidentemente, esto no es moral, pero, lo repito, ¿qué me importa que sea moral ó no? Convenirá usted en que esto no me incumbe.

—¿Qué hacer?—pensé;—el lobo tiene razón.

—Supongamos que tengan que sufrir por mi causa; á pesar de todo, el cielo seguirá siendo azul y la mar salada...

—¿Pero es posible que no tenga usted compasión?

—Nadie se compadece de mí... Yo ruedo por los campos, y todos aquellos hacia quienes me arroja el viento me rechazan con el pie...

Estaba serio; una ira reconcentrada contraía sus facciones, un deseo de venganza brillaba en sus ojos.

—Yo me conduzco siempre así, y á veces peor todavía. En el gobierno de Saratoff, recomendé á un campesino que sufría del vientre que bebiese una infusión de aceite de oliva y de polillas... porque era avaro. ¡Cuántas cosas perversas y risibles he realizado durante todos mis viajes! ¡Cuántos ensueños malsanos y supersticiones imbéciles he introducido en las concepciones morales del campesino! Y no lo siento. ¿Por qué? ¿En virtud de qué leyes? No hay más leyes que las que están en mí. Esta es mi opinión, y Juan Pico de Oro la confirma en algún sitio, no recuerdo en dónde.

—Sin embargo, eso de que se alaba usted...

—Está mal, sin duda, desde su punto de vista... Pero, ya ve usted, á mí no me gustan los puntos de vista correctos, y supongo que si me pegan con un vergajo, debo responder, no con buenas palabras, sino con un garrote.

E. M.—Agosto 1905.

Al escucharle, pensaba que sería prudente por mi parte acordarme del primer salmo del rey David, y abandonar el camino de aquel pecador. Pero tenía deseos de conocer su historia.

Pasé otros tres días con él, y durante ellos pude convencerme de muchas cosas que ya sospechaba. Ví claramente de qué manera se encontraba Promptoff en posesión de diferentes objetos inútiles, tales como un candelero de cobre, un molinillo de café, pedazos de encajes, collares. Comprendí que exponía mi piel y que corría el riesgo de caer tan bajo como, por lo general, ocurre á los coleccionadores del género de Promptoff. Tenía que separarme de él... ¡Pero su historia!...

Y he aquí que un día, cuando un viento feroz nos hacía tropezar, y en ocasión de estar refugiados en un montón de paja para preservarnos del frío, Promptoff me hizo la relación de su vida...

MÁXIMO GORKI

*(Concluirá.)*

## CRÓNICA LITERARIA

---

*La Horda*, novela por D. Vicente Blasco Ibáñez.

*La Horda* es una nueva novela de Blasco Ibáñez.

*La Horda* se parece bastante en la concepción general del asunto á las tres novelas anteriores del mismo autor, *La Catedral*, *El Intruso* y *La Bodega*. En su viaje novelesco por las diversas provincias de España en seguimiento de la cuestión social, el famoso novelista, después de habernos llevado á Toledo, Bilbao y Jerez, llega á Madrid, y en *La Horda* nos presenta un aspecto del medio madrileño.

Un aspecto, digo, y no más. La complejidad de la vida madrileña no cabe en una novela. La novela de Madrid, en los últimos treinta años, está si acaso en la vasta galería novelesca de Galdós. Probablemente será exagerado decir que *La Catedral* es la novela de Toledo, *El Intruso* la novela de Bilbao, *La Bodega* la novela de Jerez; pero desde el punto de vista del autor, todavía podría sostenerse eso en el sentido de que dichos libros presentan el principal aspecto de la vida de la población ó comarca á que se refieren. De *La Horda* no es posible decir que sea la novela de Madrid. Aquí hallamos ya una diferencia. *La Catedral*, *La Bodega*, *El Intruso* son novelas más comprensivas, más sintéticas que *La Horda*.

Todas estas novelas tienen de común una tendencia social, que en la parte artística se refleja en el hecho de que el verdadero sujeto novelesco sea un sujeto colectivo, el pueblo de una determinada localidad, y en la parte de finalidad política que,

deliberadamente ó no, aparece en estos libros, se traduce en un socialismo romántico, al estilo de 1848, ajeno al carácter frío, positivo y en cierto modo científico que ha adquirido el socialismo moderno. Aquel socialismo literario busca el efecto en el ánimo del lector, pintando con vivos colores los padecimientos de los desheredados y presentándoles como víctimas de una organización social inicua é inhumana. La influencia literaria dominante en estos libros es clara é indudable: es la de Zola. Podrá Blasco Ibáñez ser ó no ser el último discípulo de Zola, como ha dicho el Sr. Navarro Ledesma; pero de que en la manera y en los procedimientos artísticos sigue al autor de *Los Rougon Macquart*, no cabe la menor duda, si bien hay diferencias de temperamento artístico en varios puntos; v. gr., en lo erótico, que en la obra de Blasco Ibáñez tiene muy poca importancia, y en lo cómico, elemento que también falta casi por completo en los libros del escritor valenciano, y que si bien en las últimas novelas de Zola apenas tiene representación, en la serie de *Los Rougon* no dejó de tenerla; recuérdese, por ejemplo, *L'Assommoir*. Por otra parte, como Blasco Ibáñez es un observador excelente de lo sensible, y los medios que pinta son genuinamente españoles, no hay en sus obras traza de afrancesamiento: la influencia de Zola, aun siendo considerable, no es tanta que convierta á estas obras en imitaciones.

Dentro de esa semejanza general, se advierten en *La Horda* comparándola con las tres citadas novelas anteriores, diferencias que redundan en ventaja de aquélla. En *La Catedral*, *El Intruso* y *La Bodega*, junto á la tesis económica, ó, si parece exagerado lo de tesis, junto á la representación económica de la novela, había una tesis ó una representación político-religiosa que les da cierta monotonía. En todos esos libros aparecía el clericalismo como una fuerza opresora y dominante que, manejando á las altas clases de la sociedad, esclavizaba á las humildes y contribuía á su precario estado. Esto no aparece ya en *La Horda*. Tenemos aquí una obra distinta; no nos encontramos, como sucedía en las anteriores, con la mis-

ma novela trasladada á otro medio, ó á otra población, y tejida alrededor de una acción individual diferente. También ha ganado *La Horda* en punto á la impersonalidad del novelista. En este nuevo libro de Blasco Ibáñez no hallamos ya los largos y pesados parlamentos, las disquisiciones históricas, políticas, religiosas ó sociológicas á que se lanzaba el autor por boca de alguno de los personajes en las tres novelas precedentes, y más que en ninguna en *La Catedral*. Por eso *La Horda* se parece menos á las novelas de la última época de Zola, en que el célebre novelista francés abusó de esta manera, tan contraria al verdadero realismo novelesco y aun á los mismos cánones del naturalismo, y generalmente muy dañosa para el interés de las novelas. Desde ese punto de vista, *La Horda* representa un progreso, ó mejor dicho, un retorno á la manera propia de Blasco Ibáñez en sus novelas valencianas.

\* \* \*

Tres cosas hay en *La Horda* que solicitan la atención: 1.<sup>a</sup> Una idea, una representación sociológica, pero concebida y entendida de un modo exclusivamente literario, y hasta puede decirse que romántico. Es la idea de la horda, que da título al libro, y es como su tema artístico. 2.<sup>a</sup> La descripción de un medio ó de una serie de medios sociales semejantes. 3.<sup>a</sup> Una fábula novelesca, la historia de Isidro Maltrana y de sus amores con Feli, historia que viene á ser el eje de la novela. La importancia relativa de estas partes ó elementos de la obra no corresponde al orden por que las he citado. La idea de la horda tiene tan corta importancia en la novela, que se podría suprimir sin que ésta experimentara apenas variación. Es la aplicación hecha erróneamente y á la ligera de la noción de un tipo social histórico al medio que describe el novelista. Se podría decir que es una gran metáfora brillante y atractiva, pero poco conforme con la realidad. En cambio, la importancia de la descripción del medio es tal, que si de la novela de

Blasco Ibáñez suprimimos las descripciones de los alrededores de Madrid y de la vida de sus moradores, perdería todo su carácter y quedaría reducida á una novela de tercero ó cuarto orden, y desde luego sería una novela muy diferente de lo que es ahora. Menos importancia debe otorgarse, en mi sentir, á la fábula. A primera vista, parece que ésta es lo principal de la novela, que es la novela misma, en cierto sentido, y así sucedería en una obra que no tuviera el tinte social de *La Horda* y que en vez de un sujeto colectivo tuviese uno ó varios sujetos individuales. Para advertir que la fábula novelesca, ó sea la historia de Isidro Maltrana, no es el elemento capital en *La Horda*, supongamos que esa fábula desaparece, subsistiendo las descripciones de los Cuatro Caminos, de las Carolinas, de las Cambronerías, de la vida y costumbres de traperos, cazadores furtivos y gitanos. Esencialmente, la novela sería la misma, mientras que, subsistente la fábula y desapareciendo esa parte descriptiva y las deducciones que de ella saca el novelista, la fisonomía de la novela habría cambiado por completo, como antes se indica. Así, pues, el orden de importancia de estos elementos en el libro de Blasco Ibáñez es, á mi parecer, el siguiente: 1.º, el cuadro social, descripción de un medio; 2.º, la fábula novelesca propiamente dicha, ó sea la historia de Isidro Maltrana y Felicianita; 3.º, la idea de la horda, que es como la filosofía de la novela, la reducción de sus datos artísticos á una noción concreta y clara, aunque falsa en mi opinión, como sucede frecuentemente con las nociones demasiado concretas y demasiado claras, ya se saquen de la realidad, ya de divagaciones imaginativas.

\*  
\* \*

*Descripción del medio.*—No se trata meramente de la descripción de un medio físico, sino de las costumbres y género de vida de varias gentes; es decir, de un medio social. Ese medio ó, mejor dicho, esos medios, porque son varios y diferen-

tes entre sí, son muy determinados, muy especiales y aun puede decirse que excepcionales. El Sr. Blasco Ibáñez no pinta la vida del obrero madrileño, aunque nos presente á veces obreros, pues esto es accidental, y no pasa de ser una excursión á otros medios que están, en realidad, fuera de la novela y son entrevistados desde ella, como ocurre también con el mundo especial de la bohemia literaria y el periodismo, al cual se asoma alguna vez la acción novelesca, porque su personaje principal, Isidro Maltrana, pertenece á ese mundo.

En realidad, lo que pinta Blasco Ibáñez son barrios de traperos, de cazadores furtivos y de gitanos. Tratándose de un colorista como el autor de *La Horda*, no es raro que la pintura sea de gran intensidad y crudeza. Todo ese mundo de basura, de guiñapos, de roña, está reproducido con tal verdad que da náuseas. Las sensaciones visuales y hasta olfativas parecen resurgir de las páginas del libro. Entre estas descripciones, sobresale la de la vida y costumbres de los gitanos de las Cambronerías, que por lo pintoresca y por la viveza con que está hecha, no desmerece al lado de las representaciones literarias del gitanismo que ofrecen nuestras antiguas novelas ejemplares y picarescas. También la pintura de la excursión nocturna de los cazadores furtivos tiene mucha realidad y fuerza dramática, aunque no pasa de ser un episodio secundario en *La Horda*, casi un adorno. Al parecer, Blasco Ibáñez pinta cosas vistas, pues según refirió un periódico, el novelista, para adquirir la impresión personal de la escena, asistió á una de las correrías de los dañadores. El hecho se presta á algunas reflexiones. Siendo tan vasto el campo de la novela moderna, y no habiendo apenas medio ni género de sucesos que le estén vedados, este sistema de experimentación personal del novelista puede resultar una de las cargas más enojosas de la profesión. Hasta es posible que, andando el tiempo, si continúa, como es de creer, el predicamento de la novela y aumentan los rendimientos de los autores, tengan éstos secretarios ó reporters á su servicio, que les alivien de esta tarea cuando ha-

ya que desempeñarla en lugares ó compañías poco agradables.

La limitación y la estrecha especialidad de estos medios sociales perjudica algo al efecto de la novela, sobre todo al efecto *final*, á las consecuencias que de ella pretende sacar el autor. No hay tampoco verdadera unidad entre esos medios, ni consigue dársela, como luego veremos, la noción de la horda. A lo sumo, existe una vaga unidad topográfica. Las gentes que describe Blasco Ibáñez moran en los arrabales. *La Horda* es, en cierto sentido, la novela de las afueras.

*Fábula novelesca.*—Es sencilla, conmovedora, triste. Isidro Maltrana, nieto de traperos, hijo de un albañil alcohólico y de una pobre mujer—una genealogía digna de un personaje de *L'Assommoir*,—fué protegido por una señora rica que le sacó del Hospicio y le dió carrera. La muerte de su protectora le deja sin recursos y, lo que es peor, sin condiciones personales para luchar por la vida. Colabora en periódicos, traduce libros extranjeros á vil precio, escribe libros para que los firmen otros, conoce, en fin, todas las miserias y sinsabores que ofrece la profesión de las letras á los desconocidos. El carácter de Maltrana es indolente, flojo; es un tipo de bohemio de café, que se pasa el tiempo trazando hermosos planes, pero que carece de sentido práctico y de constancia para llevar á cabo alguna cosa. Blasco Ibáñez no ha idealizado ciertamente á su personaje. Maltrana es en el fondo un golfo ilustrado, sin pizca de elevación moral. No es un rebelde, no es el fanático de una idea ni de un ideal artístico, capitula fácilmente con las impurezas de la realidad. El lector de la novela, si conoce algo el medio literario, pensará que la mayor parte de los hombres colocados en las condiciones de Maltrana *llegan*, y que si éste no medra, no es por injusticias sociales ni por exceso de escrúpulos suyos, sino por su apatía, su pereza y su falta de voluntad. Es un tipo muy real, nada poético, triste, tanto por su mala fortuna como por las flaquezas de su carácter.

La poesía que falta en este personaje la hallamos plenamente en la figura femenina que le acompaña por la novela,



en la simpática Feli, tipo muy real también, pero mucho más atractivo que el de Maltrana. Feli es hija de un famoso cazador furtivo, el *Mosco*. Es una obrerita linda, hacendosa, amante, que se enamora del bohemio, se escapa con él y con él comparte las amarguras de la vida, trabajando para sostenerle mientras puede, hasta que al cabo sucumbe la infeliz, víctima de unos terribles ataques de eclampsia puerperal. Muere en el hospital, y, para mayor infortunio, su cuerpo va á la mesa de disección. En este pormenor horripilante se ve la hinchazón romántica, la tentación al brochazo fuerte lleno de almagre que asalta á los artistas populares enamorados del color, como Blasco Ibáñez, los cuales quieren recalcar mucho lo dramático, como si no fiaran en su expresión sencilla y sobria. Pero esta es la única pincelada de brocha gorda que hay en la delicada imagen de Feli, en que el novelista ha sabido representar las mejores condiciones morales de la mujer española del pueblo y de la clase media; la abnegación valiente y callada para luchar por la casa, el apego sin límites al hombre á quien ha entregado su amor.

Feli ó Felicianita resulta un personaje novelesco mucho más artístico y delicado que el bohemio Maltrana. En éste quiso sin duda representar el novelista á la miseria de levita junto á la miseria sórdida y sucia de las últimas capas sociales. Hay que reconocer que, no obstante la realidad de esa figura, Maltrana es para el caso un tipo poco representativo. A los verdaderos representantes de ese proletariado intelectual hay que buscarlos en la clase media. Vienen de familias modestas, dotadas de un humilde pasar, que lo sacrifican todo al afán de dar carrera al hijo, de elevarle á superior esfera, pensando que el muchacho es despierto, que llegará lejos y podrá proteger el día de mañana á todos los suyos. Y el muchacho, ya por falta de condiciones, ya por su mala fortuna, no se abre camino, y vegeta en esa vida precaria y horrible del proletario de levita, cuyas privaciones son más dolorosas por lo mismo que las padece quien ha conocido el bienestar, y cuya penuria

es más trágica por lo mismo que ha de disfrazarse tras cierta exterioridad decorosa. Los que salen directamente del pueblo, como el Maltrana de Blasco Ibáñez, fracasan con menos frecuencia. Son generalmente luchadores que llegan á la esfera social superior á que han conseguido elevarse llenos de apetitos hacia todas las ventajas que aquélla ofrece, resueltos á no volver á la miseria de su origen, tenaces, obstinados, enérgicos ó astutos, según el temperamento de cada uno. La abulia de Maltrana se padece entre ellos mucho menos que entre los fracasados de la clase media.

*La noción de la horda.*—Llegamos á la noción general, que es como la filosofía de la novela. Veamos cómo la concibe el novelista. La población de esos barrios míseros de las afueras se encuentra retrotraída por las injusticias sociales á una etapa inferior y antigua de la civilización. La capital vive la vida de la civilización contemporánea; esa población sucia, ignorante, famélica, vive la vida de la antigua horda, y forma ella misma una horda amenazadora que puede invadir un día aquella ciudad egoísta y altiva que la ignora y nada hace por aliviar sus dolores.

Salta á la vista desde luego la endeblez de esta noción, puramente literaria, de la horda. ¿Qué hay de común entre los gitanos, los traperos y los cazadores furtivos que pinta Blasco Ibáñez? Los gitanos constituyen un pueblo especial, separado por su lengua, su endogamia y sus costumbres nómadas de aquellos entre los cuales viven. Estos sí son una horda, una horda disuelta, que ha optado por la invasión pacífica y el parasitismo; no la horda vengadora, víctima de las desigualdades sociales, que Blasco Ibáñez concibe. En cuanto á los traperos, que con tan vivo colorido nos pinta el gran novelista valenciano, su estado y oficio es completamente contrario á la idea de la horda. En la horda hay muy poco ó nada que aprovechar. Allí están de más los traperos. Todos esos oficios que consisten en el aprovechamiento de sobras y detritus requieren una civilización relativamente avanzada; viven á costa de

ella, como microbios de lo que ella elimina y desecha. Podrá ocurrir que en lo porvenir desaparezca, como tantas otras, esta pequeña industria maloliente, y que asalariados de grandes empresas industriales se encarguen de las operaciones del aprovechamiento de sobras que hoy realiza por su cuenta é individualmente esa astrosa grey. Podrá disminuirse en una gran parte la suciedad inherente al oficio, ó aun desaparecer casi del todo, si en una sociedad más adelantada en higiene los desperdicios de las grandes urbes se destruyen ó transforman rápidamente por procedimientos industriales. Pero hoy por hoy esos traperos viven en su estercolero acaso mejor que los operarios de los oficios manuales. ¿No considera la tía Mariposa, uno de los personajes secundarios de la novela, que su hija, al casarse con un albañil y abandonar las ocupaciones tradicionales de la familia, ha hecho una mala boda, ha descendido en posición social?

\*  
\*  
\*

Mucho más se podría decir de la primera novela madrileña de Blasco Ibáñez, pues hay en ella escenas y personajes que están pidiendo comentario. Sólo añadiré á lo dicho unas cuantas palabras acerca de una figura secundaria en la acción novelesca: el hermano Vicente. Es éste un devoto maniático, dominado por un exagerado proselitismo y que desea convertir á las gentes descarriadas á la práctica de la religión y las buenas costumbres: un tipo que, de haber nacido en Inglaterra, figuraría indudablemente en las filas del ejército de salvación. Es una figura ridícula, pero simpática por su bondad. Y lo que ofrece de interesante es que es una de las traiciones que la sinceridad artística le hace á Blasco Ibáñez como luchador en la esfera política y en la religiosa. La pluma de este novelista anticlerical ha hecho de la estrafalaria silueta de aquel beato una de las figuras más simpáticas, de más corazón y más humanos sentimientos que en la novela aparecen.

Es un rasgo curioso y picante que en la novela de este anticlerical y este revolucionario dos de los personajes más simpáticos sean el tipo sacritanesco del hermano Vicente y el tipo de obrero del Sr. José, enemigo de sociedades de resistencia y de alborotos, partidario del clásico sistema de pan y palo. Esto revela que, cuando se trata de escribir novelas, Blasco Ibáñez es, ante todo, artista, novelador, que es que lo que conviene ser en ese momento.

No señalamos estos tipos novelescos como una *muestra de imparcialidad* del Sr. Blasco Ibáñez. No se trata de eso, pues no hay ninguna razón esencial para que tales personajes novelescos sean buenos y simpáticos, en vez de ser antipáticos y malos. Los señalamos como manifestación de la independencia del artista, que se desentiende del hombre de partido y le vence en los momentos de la creación estética, que á veces es caprichosa y contradictoria, y se entretiene en refutar al autor, si es que en el terreno artístico se puede hablar de refutaciones.

Se ha comparado el libro de Blasco Ibáñez con el tríptico novelesco de Baroja: *La Busca*, *Mala hierba*, *Aurora Roja*. El asunto no es el mismo, y la manera es completamente distinta. Entre la manera meridional, exuberante, algo superficial, de Blasco Ibáñez, y la manera penetrante, impasible, que fija y esculpe la realidad de un modo definitivo, de Baroja, hay una oposición tan visible que excusa los pormenores de una comparación detenida. Son dos estilos y dos temperamentos artísticos heterogéneos, que tienen cada uno su valor. Pero *La Horda* no es más que una de las novelas de Blasco Ibáñez, y no la mejor; y *La Busca*, con las dos novelas que la continúan, es la obra maestra de Baroja, y una obra que ocupa, ó merece ocupar, lugar aparte en el campo de la novela española moderna.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: *La tea bajo la pira*, de d'Annunzio.—Siluetas literarias. = CIENCIAS POLÍTICO-SOCIALES: El deber del homicidio. = CIENCIAS NATURALES: La generación espontánea. = POLÍTICA PEDAGÓGICA: La gratuidad de la enseñanza secundaria. = HISTORIA: El P. Mariana en la Sorbona. = IMPRESIONES Y NOTAS: Exterminio de especies animales.—Lo que se lee.—Los amuletos.

## LITERATURA

«LA TEA BAJO LA PIRA».—Es la tercera parte, estrenada en Milán, de la tetralogía en que Annunzio pretende reflejar un aspecto trágico de la vida de los Abruzzos, su patria. Toda la trama—como dice en *La Revue* G. Saint-Aubin—es tenebrosa y hace pensar en Radcliffe.

El escenario es el antiguo palacio de los barones de Sangro, ruinoso y agrietado como la familia que lo habita; el más lúgubre silencio reina en aquellas habitaciones empolvadas, agrietadas y húmedas, y sólo interrumpen de cuando en cuando aquella quietud voces irritadas vomitando injurias, ó el quejido lastimero de la hija loca de la baronesa Aldegrina, secuestrada bajo triples cerrojos en su cuarto.

La baronesa, anciana ya y arrugada por los disgustos, más todavía que por los años, se pasa días y noches descifrando pergaminos y papeles amarillentos, buscando siempre inútilmente los documentos que la permitirían obtener una cuantiosa herencia que les sacara de apuros; á su lado, las dos nodrizas de sus hijos hilan el lino, prestando atento oído á las

explosiones de la mina de la montaña. Los dos hijos de Aldegrina, Beltrán y Tibaldo, hermanos uterinos, se aborrecen por instinto, disputándose á la abyecta Angizia, criada que fué de su madre, criatura bestial y lujuriosa, una Mesalina ancilar, con la que Tibaldo se decidió á casarse al año siguiente de su viudez.

De su primera mujer le han quedado dos hijos á Tibaldo: Simoneto, un muchacho anémico, que se muere de un mal misterioso; y Giliola, una niña pálida y siempre enlutada, con los ojos fijos, los labios cerrados, la cabeza baja, personificación perfecta del dolor. Desde la muerte de su madre la asedia un misterio que desea descubrir: la han contado que su madre D.<sup>a</sup> Mónica había sido víctima de un accidente, y que buscando un día en su baúl un vestido, le cayó la tapa en la cabeza, dejándola desnucada. Giliola se había conformado al principio con esta explicación; pero yendo y viniendo por el palacio, con el oído siempre alerta, ha adivinado y comprendido y sabe ahora que su madre fué asesinada. ¿Por quién? ¿Por la cómplice del adulterio de su padre? ¿Quizá...? Y sueña con el día del castigo y la venganza.

Y ese día llega, y en él comienza el drama. La madre no sabe nada, pero lo presiente todo, y sus hijos la inspiran indecible terror; los dos hermanos no atienden sino á su mutuo aborrecimiento, y de las injurias han pasado á la lucha fratricida; Beltrán se ha lanzado sobre Tibaldo, y sus brazos se entrelazan y la baba espumarajea en sus labios; Beltrán es el más fuerte, y arroja á Tibaldo en tierra, le oprime la garganta y lo estruja bajo sus rodillas; Giliola asiste á la horrible escena, y mientras Beltrán huye, ella se acerca á su padre vencido y le pregunta quién ha asesinado á su madre, y si es la asquerosa Angizia, por qué no la expulsa.

Angizia, que sigue los pasos de Giliola, temerosa de las confidencias de Tibaldo, aparece de pronto ante la joven, y el choque dramático se produce: las dos mujeres se miden con la vista, y pronto estalla la ira de la criada-señora; la pasión

la hace olvidar toda prudencia, y levantando el puño sobre Giliola, la grita: «Sí, yo he sido, yo, quien lo ha hecho, y no te tengo miedo, ¿entiendes? Soy la mujer de tu padre, y para llegar á mí tienes que saltar sobre él; hemos sido dos, y dos seguiremos siendo». Giliola, aterrada, enmudece: lo comprende todo, y su padre se aleja sin una sola frase de justificación, aniquilado por el remordimiento.

Por primera vez tiene conciencia Tibaldo de su bajeza y de su horrible situación. Aparece su madre, y se lanza á ella, disculpándose, pidiendo auxilio y consuelo; Aldegrina le responde severa y fríamente: «¡Dichosa la que descansa en paz en su sepulcro!» Luego se calla, y el silencio de aquella situación se rompe con la entrada de Angizia, que, en un acceso de cólera, rechaza á pedradas á un viejo á quien no quiere dejar entrar en el patio del palacio; Tibaldo la coge por el brazo, obligándola á soltar las piedras y diciéndola: «¡Infame, ese hombre es tu padre!» Angizia se queda cortada ante esta actitud de su marido, y reponiéndose en seguida, sonríe burlescamente. Exasperado Tibaldo, se arroja sobre su mujer, y la dice mientras oprime su garganta: «Cuando estemos solos me suplicarás que olvide. No, no; es demasiado: yo no olvido nada, ni la noche del crimen, ni el veneno que das á Simone-to, ni las llaves que te sirven para robar á mi madre, ni tus citas impúdicas con Beltrán». La madre asiste á la terrible escena; y cuando un grito de espanto se escapa á la casi estrangulada Angizia, Tibaldo la suelta, dejándola marchar, no sin amenazarla con acabarla de aplastar allá arriba.

Entretanto, Giliola ha curado la herida hecha al viejo por la pedrada de su desalmada hija; es un encantador de serpientes, y lleva un saco de víboras y reptiles de los últimamente cautivados por los sonidos de su flauta encantada de hueso de ciervo. Cuenta á Giliola que habían sabido que Angizia se había casado con un barón, y aprovechando uno de sus viajes había venido á saber si el hecho era cierto, encontrándose con que su hija le recibía á pedradas; no iba á pedir nada, sino á

verla y á llevarla unos regalos, que entrega en su lugar á Giliola; ésta sólo acepta un alfiler para el pelo, pero pide que le deje un saco que contiene dos grandes víboras y tres áspides; el encantador de serpientes se resiste, diciendo que la mordedura de aquellos reptiles es mortal, y en esto pasan Angizia y Beltrán en animado coloquio: el viejo comprende la nueva infamia de su hija; la maldice, anunciándola su próxima expiación, y se marcha dejando olvidado uno de sus sacos de serpientes. Giliola lo recoge y oculta; y antes de proceder á realizar su pensamiento, consulta con su hermano Simoneto. Este no sabe ni sospecha nada: odia por instinto á su madrastra Angizia, que le envenena lentamente, pero lo ignora todo.

—¿No has sospechado nunca nada?—le pregunta Giliola.

—¿Cómo?

—Cuando te tenían alejado; cuando te decían cómo había muerto, por compasión de tí, de tu alma ignorante... mentían.

—Habla, no prolongues más mi angustia; ya ves que estoy jadeante.

—Perdóname, perdóname, hermanito; es preciso, es necesario que yo te explique este dolor.

—Pues dime.

—Nuestra madre ha sido... ¡asesinada!

—¡Matada!—grita Simoneto, levantándose sobresaltado, temblando y vacilante, cayendo de nuevo sobre su asiento balbuceando:—¿Dices? ¿dices? ¿dices?

—Que ha sido asesinada. Ten valor, mucho valor... Aprietas los dientes.

—¿Dónde?... Habla.

—Espera, espera, que la palpitación te sofoca.

—No, no; habla; quiero saber; dilo todo.

—Espera.

—Quiero saber.

—Estás ardiendo y helado; vámonos, vamos á nuestra habitación, Simoneto; ven, yo te sostendré.

—No—grita Simoneto con energía;—quiero saberlo todo.

—Es hora; este es el momento; la noche se acerca. Fué en la ha-



bitación de Alceste. Esa mujer estaba allí buscando vestidos en el baúl, sin encontrarlos. Entonces fué á la puerta, se puso en acecho y llamó. El baúl estaba abierto, con la tapa levantada, y el resorte preparado. Llamó desde la puerta, nuestra madre llegó, entró sin recelo y se inclinó para buscar; la asesina, como un verdugo, la cogió de improviso, la dejó caer la tapa sobre el cuello y se apoyó en ella con todas sus fuerzas, ahogando así el último grito.

Giliola se detiene estremeciéndose, y Simoneto se levanta transfigurado con la violencia de la impetuosidad.

—¡Ah! ¡Muerte! ¡muerte!—exclama. — Dame, dame... cualquier cosa para herir..., para matar... Voy, corro, Giliola; me siento fuerte, ¡déjame! Y tú sabías... ¡sabías! Y me has engañado tú también, y me has mantenido en esa horrible mentira. Todo un año, una eternidad de tormento y de infamia para tu alma. Has podido vivir, me has hecho vivir frente á frente con ella; vivir entre las manos que han estrangulado... ¡Oh, oh, oh! Y mi padre... mi padre... ¡Apresúrate; dame, dame cualquier cosa, un cuchillo, un puñal! Quiero correr y buscarla... ¿Dónde está? La arrastraré por los pelos sobre la piedra de la tumba, y sobre la misma piedra la mataré, la remataré. ¡Ah, ah! Pero ¿qué tengo, Giliola? Este espasmo... me muero: ¡socorro! ¡Dame fuerzas, Giliola, fuerzas, fuerzas! ¡Oh! Soy un pobre enfermo y no me queda ya más que morir. (Cae en brazos de su hermana, sollozando con desesperación.)

La noche avanza y el momento fatal se aproxima. Giliola está dispuesta á la ejecución de su horrible misión. Ha hecho encender todas las velas en la ruinoso capilla del palacio, y arrodillándose al pie del altar, reza con fervor, dirigiendo sus oraciones á su madre asesinada. El saco de las víboras está junto á Giliola, y ésta lo abre sin temblar, lentamente; de pronto mete en él la mano; se siente morder y sus facciones se contraen horriblemente por el dolor; pero no lanza ni un grito. Su voluntad es superior á todo sufrimiento. Rechaza el saco, coge el estilete del encantador de serpientes y vuelve á cerrar el saco. Luego, con rápido movimiento se levanta y con firme resolución se lanza en la obscuridad. Un instante después vuelve lívida y con el rostro espantado. Es que ha encontrado á Angizia asesinada en su lecho. ¿Por quién? ¿Quién se ha adelantado á sus designios? ¿Quién le ha arrebatado su presa? Al volver, haciéndose mentalmente estas preguntas, ve á su padre, Tibaldo,

como si fuera un espectro. Entonces lo comprende todo y da un grito supremo:

— ¡Tú! — cayendo inanimada sobre las losas del pavimento, mientras el telón desciende sobre la desoladora escena.

Dice Saint-Aubin, con razón, que el drama de Annunzio ha de ser —lo está siendo ya—vivamente discutido. Nadie niega el encanto de la versificación; pero la impresión de la obra es de tal modo punzante en el realismo de las peripecias, que deja el alma enervada. El principal defecto que se achaca á la obra es que, pasado el segundo acto, el interés, concentrado hasta entonces en Giliola, pasa á Tibaldo, no quedando á la venganza de la joven sino el papel del sacrificio. Pero ¿no es ese papel el que cuadra mejor á una mujer, á una niña?

\* \* \*

SILUETAS LITERARIAS.—Y andaba yo por la literatura—dice Ernest-Charles en la *Revue Bleue*,—tratando de encontrar un joven escritor; quería que ese escritor fuese joven porque esperaba que sus ideas fuesen inéditas, su estilo nuevo. En el curso de mi viaje de descubrimientos por las avenidas, los cafés, las bibliotecas, los colmados, las oficinas, los salones, los hospitales y los demás centros estupefacientes en que se elabora la literatura, he visto á Gilberto de Voisins, sutil y precioso, que se escucha hablando, se mira escribiendo, se jacta de comprender sus fantasías maravillosamente desconcertantes y no duda que tiene el talento más fino del mundo; lo tiene, y hasta demasiado fino, y la sencillez no es, ni mucho menos, cosa suya.

He visto á Félix Regismanset, delicado y penetrante, hábil en corregir las trivialidades de incidentes novelescos con reflexiones que no carecen de toda la profundidad que quieren tener. Y á Eugenio Demolder, gracioso y galante, engomado, exquisito, pero acompasado. Y he visto á Carlos-Luis Felipe... Iba á apreciar cualidades estimables en un escritor que con no-

ble esfuerzo... «es genial—me dijeron,—tiene genio»; y, asustado, he resuelto volver más tarde á Carlos-Luis Felipe. Entonces he visto á P. J. Toulet, que sonreía con alegría melancólica y seductora y no sé qué ironía porque había modelado desde por la mañana un chiste fácil; Toulet es un novelista que hace con sabia gravedad ligeras burlas; así escribe: «El poeta Colchis, de quien se alaban los versos blancos, los ojos negros y los cabellos azules». O bien: «La conversación cae como un niño, no desde muy alto, no se hace daño». Y no cree indigno de él escribir esta chanza: «¡Lo que ha hecho por despertarme! Echarme agua, hacerme cosquillas en los pies y hasta gritarme al oído: ¡tienes una carta certificada!» Y también: «El saloncito de la Sra. Eresa es modernista, hasta el punto de que los muebles hacen ¡bing! en cuanto se les toca».

Toulet está dispuesto á todo por hacernos reir; todos los medios son buenos, hasta los más malos. Toulet ha tenido la idea ingeniosa de llamar Imogénea á una de sus protagonistas. ¿De dónde ha sacado ese nombre? ¿Por qué llamar así á una mujer? Leed la carta de Florida de Eresa á Cristóbal de San Buscar, y lo sabréis: «No sé, gran amigo, por qué pienso en vos todo el día de hoy: no es que necesite dinero, no es tampoco que os ame más que de costumbre; sabéis lo que dice Nietzsche: que casi no hay ningún hombre de quien una mujer de talento quisiera tener un hijo; jamás en mí tampoco los deseos que causa usted llegan hasta el parto. ¿Es verdad, por lo menos (usted lo dice), que siente usted por mí movimientos más profundos, y que mi sola vista le lanza en un desorden apasionado? O bien, dispéñeme usted, ¿es todo eso solamente, como diría Herberto Spencer, el paso de lo imogéneo á lo heterogéneo?» Esto es divertido, les digo á ustedes que no puede ser más divertido. Y todo el libro de Toulet es así; se ríe uno con él más que en todo el año con los demás, si es que en todo un año se tropieza con un libro que haga reir.

Pero pasemos á Eugenio Montfort, aunque Toulet es para tal tránsito mala preparación. Montfort no es nunca alegre;

no tiene tiempo de reír; desde la mañana á la noche está lleno de graves preocupaciones. A los veinte años quiso renovar la literatura francesa; tiene veintisiete ó veintiocho, y, es claro, no ha concluído todavía su misión; pero está atareado con ella y es muy formal. Al principio escribió un poema, *Silvia ó Las emociones apasionadas*; estaba en prosa y era, según Bouhélier, toda una revelación. Luego trató de *La Belleza moderna* por todo lo alto; y siendo siempre de veinte años, estudió *El Amor*. Tenía el proyecto de ser útil á la humanidad entera, y escribía con eminente sinceridad: «Por encima de todas las religiones, sobre las ruinas de los sistemas metafísicos, una religión profunda aparece; el número de sus fieles aumenta cada día; su dios es el hombre; su verbo, la voz de la conciencia; sus santos inmortales, todos aquellos cuya alma ha sido bella; la Escritura ha formado los cristianos; será preciso que esta admirable religión humana tenga también su Escritura, y yo hubiera querido que el Amor tuviera también su Libro; si no he logrado mi objetivo, mirad su altura y perdonadme».

Y se le perdonaba porque el objetivo estaba, en efecto, muy alto. Y he aquí que, menos apremiado por reinar sobre el mundo de los espíritus y de las almas, Montfort escribe una novela realmente profunda, un libro de extraña verdad: *Los corazones enfermos*. En él se reconoce la influencia de Octavio Mirbeau y otras influencias; pero todos los rasgos que constituyen una originalidad se reúnen en él: fogosidad, emoción, curiosidad vehemente, violencia de sentimientos, animación algo trepidante de ideas, elocuencia. Eugenio Monfort lo observa todo, reflexiona sobre todo, escribe sobre todo, es curioso del presente, ansioso del porvenir y compondrá seguramente las obras más diversas y desconcertantes. Lo que no hará nunca será hallarse en el estado de espíritu necesario para escribir, como el otro: «El saloncito de la Sra. Erese es modernista, hasta el punto de que los muebles hacen ¡bing! en cuanto se les toca».

## CIENCIAS POLÍTICO-SOCIALES

EL DEBER DEL HOMICIDIO.—Agresti publica en *La Italia Moderna* un artículo que lleva el extraño título de «El deber del homicidio», y dice que ha preferido ese título á otro más sentimental que dorase mejor la píldora, porque así se dicen las cosas cruda y desnudamente, en toda su grandeza y en toda su sencillez, sin velar con hipócritas pudibundeces el pensamiento, con el fondo más cruel de la verdad desnuda. Y por si esta declaración no fuera bastante, añade que entiende por ese deber del homicidio el derecho que debería concederse á los médicos de suprimir, con rápida y no dolorosa muerte, al enfermo para quien no hay esperanza y cuya agonía es larga cadena de sufrimientos.

La cuestión no es nueva: hace unos diez años se suscitó en Inglaterra, produciendo ardientes y apasionadas polémicas, en las que se mezclaron médicos, filósofos y sacerdotes; pero pasó el estrépito, y los médicos siguen propinando oxígeno y cafeína á los moribundos, para prolongar su vida—y sus tormentos—algunas horas más. Después, la cuestión se trató en América, y en Octubre de 1903 se discutió ampliamente á propósito de los incurables, en la Asociación médica de Nueva York. Ultimamente ha reaparecido de nuevo en Francia, y el Dr. Regnault la plantea en *La Revue*, decidiéndose en pro de la *euthanasia* ó «buena muerte» para los incurables, los degenerados y los deformes; la cuestión resulta así excesivamente ampliada, y es probable que provoque vivas y airadas polémicas sin resultado positivo ninguno. Para llegar á conclusiones prácticas, Agresti entiende que se debe pedir mucho menos, reduciéndose á lo estrictamente lógico y justo.

Los defensores de la *eutanasia* (lo ponemos con *t* y no con *th*, puesto que en castellano está ya consagrado el nombre *Atanasio*, de idéntica formación) se preocupan mucho del des-

arrollo, del bienestar y de la defensa de la especie; pero ese cuidado ya lo tiene la Naturaleza, que lo ha organizado todo para la supervivencia del más fuerte; aparte de que un degenerado deforme como Leopardi reconquista el derecho á la vida de todos los deformes, ¿quién puede asegurar que un deforme de nacimiento no llegue á ser un genio? ¿Por qué había de privar ningún médico á la Humanidad de ese genio probable, cortándole la vida?

Dejemos á un lado las leyes mosaicas y las espartanas, el famoso Taigeto y el Eurotas, las costumbres de los salvajes y otras antiguallas que estaban bien para Rousseau, para Holbach y hasta para Buchner; el período del romanticismo ha pasado ya para la ciencia. El sueño de los socialistas utópicos es crear una colectividad que absorba al individuo; pero en la sociedad, lo que importa y tiende siempre á importar más es el individuo. Y el individuo pone todo su estudio en evitar el sufrimiento físico; lo curioso es que cuando el sufrimiento llega al paroxismo y se hace tan insoportable que hay que morir, el hombre interviene y prolonga, no la vida, sino el sufrimiento. Nosotros mismos, todos, lo decimos hablando de un enfermo que ha expirado: «Los médicos han hecho todo lo posible, pero sólo han logrado prolongar su agonía». Nadie habla de vida, porque la prolongación de la vida no era posible en aquellas condiciones.

Ahora bien: lo que es un mal es esa prolongación. ¿Para qué fin, con qué objeto? ¿Qué bien se obtiene de esa prolongación? El médico debe curar ó, por lo menos, disminuir el dolor; cuando no pueda hacerlo, debería tener el derecho y el deber de abreviar el momento supremo; cuando no hay absolutamente ninguna esperanza, es justo que el médico libre al enfermo de su último dolor; ahí es justa la *eutanasia*. Se dirá que la vida es sagrada, y es verdad; pero si hay un precepto que dice «no matarás», ¿no hay otro que ordena «no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí»? ¿Y qué hace el médico que receta marmídolo al canceroso, oxígeno al tuber-

culoso y morfina al tetánico? ¿No prolonga sus dolores? ¿No le hace sufrir? Cuando asistimos á una de esas agonías desesperadas, ¿no decimos todos: «Si fuera yo, preferiría una medicina que acabara pronto conmigo»?

Antes solía decirse: Mientras hay aliento hay esperanza. Hoy se sabe positivamente que, llegada la enfermedad á cierto estado, no tiene más salida que la muerte; durará el enfermo un mes, un día ó una hora, pero morirá. ¿No es caridad para con él y piedad para con la familia ahorrarle penas, abreviarle sufrimientos? El médico debiera tener ese derecho y cumplir ese deber.

Pero aquí entran consideraciones de otro orden. Ese médico, juez de la oportunidad, ¿será buen juez? ¿Deberá obrar con consentimiento de la familia? ¿Deberá saberlo el enfermo? ¿Deberá intervenir la sociedad? ¿Qué método adoptar? ¿Cuándo? ¿Cómo? He ahí otras tantas cuestiones á cual más arduas y que ponen los pelos de punta, sobre todo si tuviera uno que resolverlas, no teóricamente sobre el papel, sino prácticamente en un caso concreto que afectara á nuestra madre ó á nuestra esposa, á nuestra hija ó á nuestro hermano.

## CIENCIAS NATURALES

LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA.—Pasteur, después de múltiples experimentos, estableció el principio de que «todo sér viviente, por simple que sea, procede de otro sér viviente que ha existido antes que él». Con esto parecía concluso el añejo pleito de la generación espontánea; pero ahora el problema revive, y varios sabios lo suscitan de nuevo, según dice en *La Revue* Gastón Bonnier, de la Academia de Ciencias de París.

Desde el primer experimento de Needham, en 1747, hasta las últimas investigaciones de Pasteur en 1877, la ciencia se ha preguntado si de substancias orgánicas putrescibles, procedentes de seres vivientes muertos, podían nacer nuevos se-

rés microscópicos; esto es lo que ha resultado comprobado negativamente. Pero la cuestión puede plantearse de otro modo: ¿pueden combinarse entre sí determinadas substancias, tales como el ázoe, el fósforo, el carbono, el azufre, etc., para producir espontánea ó artificialmente seres vivos? A Pasteur le parecía la cuestión tan absurda, que jamás quiso plantearla; á Hæckel le parecía tan natural, que la planteó inmediatamente después de los resultados obtenidos por Pasteur. No hay que olvidar que Buffon y Trecul pueden clasificarse entre los partidarios de la generación espontánea. En resumen, el problema, tal como hoy se hallan las cosas, puede plantearse así: ¿ha sido posible alguna vez, ó lo es ahora, fabricar por medio de elementos minerales inertes ese polvo orgánico vivo cuyas aglomeraciones forman todos los seres vivientes animales ó vegetales?

Dejando á un lado las móneras y el reino de los protistas de Hæckel, desvanecido á la luz del microscopio, queda la hipótesis de la generación espontánea formulada por la argumentación de Dantec: «No había agua en la tierra, y la hay; luego el agua ha aparecido; no había substancias plásticas, y las hay; luego la vida elemental ha aparecido. No nos choca la aparición del agua, porque sabemos reproducir su síntesis en los laboratorios; pero no sabemos reproducir todavía la síntesis de las substancias plásticas, aunque estamos seguros de que a vida elemental ha aparecido sobre la tierra». ¿Por qué esa seguridad? El argumento no convence.

Más satisfactorio para el espíritu es el panspermismo de William Tomson: de uno á otro planeta hay continuo transporte de materia por los meteoritos que pueden contener gérmenes, pues sólo están esterilizados en la superficie por su paso á través de la atmósfera. La tierra, en determinados momentos, ha podido recibir esta semilla interastral que todavía continúa dando siempre origen á nuevos seres. Se dirá que esto no es resolver el problema, sino alejarlo, y es verdad; pero la eternidad de la substancia viviente es también admisible.



Dada la presencia de núcleos en casi todas las móneras, se había pensado, para encontrar formas primitivas, en las células sin núcleo de ciertos seres inferiores, algas azules y bacterias; pero esas células son muy diversas en su substancia íntima. La substancia viva primitiva ó protoplasma puede tener aspecto reticular, alveolar, fibrilar ó granular. Se ha llegado á suponer que una célula está constituida por elementos pequeñísimos capaces de multiplicación por sí mismos, á los que se ha llamado *semicélulas*, algo así como la célula de la célula, lo cual es volver á las célebres moléculas orgánicas de Buffon. El principal argumento en favor de las *semicélulas* es la existencia de microbios invisibles, como la bacteria de la peripneumonia bovina, de la que sólo se perciben al microscopio en los caldos de cultivo unos puntitos brillantes y móviles, cuya forma es imposible distinguir.

Pero es un error creer que los seres sean simples porque sean muy pequeños; una seta gigantesca como la *bovista gigantea* es un organismo mucho más sencillo que cualquiera de esos pequeñísimos insectos que corren sobre una hoja de papel. ¿Por qué, pues, esos microbios invisibles habían de ser *semicélulas*? Nada lo prueba. Algo más de valor tiene el argumento sacado del experimento del platino coloidal: si se meten en agua dos barritas de platino y se hace pasar una corriente eléctrica entre ambas, se ve que pequeñas partículas de platino se separan y quedan suspendidas en el agua en estado viscoso é insoluble, es decir, coloidal; el líquido resultante tiene propiedades análogas á los segregados por seres vivos, transformando por ejemplo el vino en vinagre, de donde se deduce que con agua y platino se pueden fabricar *semicélulas*; si esto es así, y la célula viva es una aglomeración de *semicélulas*, puede decirse que se ha fabricado materia viva.

Estos experimentos sobre los cuerpos coloidales metálicos son evidentemente de los más interesantes, pero es muy difícil admitir que den una prueba en favor de la posibilidad de crear materia viva. El joven sabio inglés Durke pretende haber des-

cubierto la generación espontánea haciendo obrar al radio sobre un caldo de cultivo esterilizado; pero hasta ahora sólo Cagliostro ha pretendido realizar un milagro semejante.

## POLÍTICA PEDAGÓGICA

LA GRATUIDAD DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA. — No es la cuestión de la gratuidad de la enseñanza secundaria—dice en la *Revue Bleue* Gustavo Lanson, profesor de la Sorbona—de actualidad apremiante; pero precisamente por eso conviene hablar de ella, para no encontrarnos sorprendidos el día, tal vez no lejano, en que las circunstancias la planteen. La palabra ha sido lanzada más de una vez, pero la cosa no se ha definido suficientemente; y si mañana un diputado ó un grupo pusiera el problema ante el Parlamento, serían muy pocos los que tendrían idea clara de lo que significa esa palabra de *gratuidad*, ni de la trascendencia de su significación.

Parece inútil definir lo que es la gratuidad de la enseñanza secundaria, y, sin embargo, la definición es indispensable, porque la definición que cada cual lleva en el espíritu es falsa y sirve de base á una objeción formidable: el padre de familia entiende que, al ser *gratuita* la segunda enseñanza, no tiene ya nada que pagar por la instrucción de su hijo en el Instituto, y ese es el error del que brota la objeción de la enormidad del gasto que el Estado se echaría encima renunciando á los ingresos que hoy percibe por la enseñanza.

No hay tal cosa: la gratuidad no supone que el padre de familia deje de pagar por la instrucción de su hijo, sino que pagará en otra forma y será ayudado en ese pago por los que no son padres de familia; en lugar de pagar como padre, pagará como contribuyente; en lugar de pagar durante ciertos años una cuota trimestral á veces insoportable, pagará toda su vida una cuota relativamente insignificante, y esa es la ventaja de la gratuidad. Los gastos de estudios gravan pesadamen-

te el presupuesto de los padres de familia precisamente en la época en que más se hacen sentir los demás gastos de sostenimiento: no hay desgravámenes que basten si la familia es algo numerosa y la posición modesta. Estos gastos se imponen cuando la posición no está todavía asegurada, y suelen cesar, en cambio, cuando hay holgura para soportarlos. Con gusto se aceptaría un aumento en la contribución, aunque en definitiva se viniera á pagar lo mismo ó más, á trueque de verse libre de tan pesada carga en los momentos más críticos de la vida.

Eso es la gratuidad, y todavía algo más: al sustituir la contribución colectiva á los pagos individuales, se realiza una excelente operación de solidaridad y de justicia social. Hoy cada cual paga según el número de hijos que tiene; pero con la gratuidad cada cual pagaría según sus recursos, y el más rico ayudaría así al más pobre. Si se admite que la segunda enseñanza satisface una necesidad social, y no solamente intereses individuales, el principio de la gratuidad no puede ser más equitativo.

Pero entonces—se dirá—los matrimonios sin hijos y los contribuyentes solteros ¿van á pagar los gastos de instrucción de los hijos de los demás? Precisamente, y nada más justo. El Estado no tiene que investigar por qué tal matrimonio no tiene hijos, ni por qué Fulano permanece célibe. Obligar á éste á que se case ó castigar á los otros por su esterilidad es odioso y ridículo. Nada de obligarles á adoptar hijos extraños, sino exigirles que contribuyan con arreglo á sus recursos á la educación de los hijos de los demás; que los que no tengan hijos paguen por los que los tienen: ese es el verdadero impuesto sobre los célibes. Respetemos su soltería, pero hagamos que compartan las cargas sociales.

La sociedad no subsiste sino por los hijos que nacen; que no sea más costoso—en lo que toca á la instrucción—tener media docena de hijos que no tener más que uno ó que no tener ninguno; los que no los tienen están en deuda respecto de

quienes los tienen, y los que tienen pocos respecto de quienes tienen muchos.

Claro es que existen las pensiones concedidas á los hijos de familias necesitadas; pero las pensiones son uno de los numerosos instrumentos de desmoralización que el pasado ha legado á nuestra democracia. En teoría es perfecta la institución; pero en la práctica ¡cuántas bajezas y falsedades encierra! ¡á cuántas luchas da lugar! Con la gratuidad no hay nada de eso: ni privilegios, ni intrigas, ni recomendaciones, ni mentiras; es un pago colectivo de asistencia mutua, al que cada cual contribuye en proporción con sus recursos.

Así definida la gratuidad de la segunda enseñanza, la objeción financiera desaparece por sí sola. No es un regalo dispendioso que hace el Estado á los padres de familia, y los millones que importe el servicio no deben asustar á nadie, puesto que tienen su compensación suficiente en los ingresos: se modifica el reparto de la carga, y nada más. Si la gratuidad no se establece, no ha de ser, pues, por dificultades económicas, sino por dificultades de orden pedagógico y social.

## HISTORIA

EL P. MARIANA EN LA SORBONA.—Dice Boris de Tannenbergh en *La Renaissance Latine* que España es, en general, poco conocida en Francia, pero que ejerce una gran fascinación sobre los que la han conocido una vez, y que cuando se la quiere, no se la quiere á medias. Menos fácil de comprender que Italia, Pérez Galdós explicaba la atracción que ejerce por el misterio en que se envuelve: «Italia, decía, se revela á todos del primer golpe: es pagana, es desnuda; España es otra cosa: es mística y velada».

España tiene en Francia fervientes devotos que la consagran un culto, tanto más apasionado cuanto que forman una pequeña iglesia. En materia de historia, nada hay que valga lo que los cinco volúmenes dedicados por Alfredo Baudrillart

al reinado de Felipe V; Desdévise du Dezert ha estudiado á fondo la sociedad española del siglo XVIII, y en cuanto á la historia literaria, los *Estudios sobre España* de Morel-Fatio son propios de un discípulo glorioso de Gastón París, como el libro sobre Quevedo de Ernesto Mérimée, á quien tanta gratitud deben todos los españoles, es una obra maestra en su género; Martinenche ha estudiado en detalle lo que debe Corneille á la dramática española; Gustavo Reynier ha reconstituido la vida de Lope de Vega y ha descrito maravillosamente la antigua vida de la Universidad de Salamanca; Leo Rouanet ha traducido y comentado algunos de los hermosos dramas religiosos de Calderón; y para dar vida más activa á los estudios hispánicos, dos revistas especiales, la *Revue hispanique*, de París, y el *Bulletin hispanique*, de Burdeos, han venido á constituirse en centros de irradiación del amor de Francia á España.

Tras esta sumarisima mención, Boris de Tannenberg entra de lleno en el objeto de su *compte-rendu* diciendo que hace poco tuvo España el honor de inspirar una de las tesis de la Sorbona. El joven Jorge Cirot ha elegido para su tesis al P. Mariana, cuyo libro *De Rege*, donde se halla una apología del regicidio, fué condenado en 1610 por la Universidad de París y quemado por el verdugo en la plaza de Nôtre Dame. El asunto era excelente; pero Cirot, por exceso de modestia, no ha querido abarcarlo en toda su extensión, limitándose á presentar á Mariana como historiador.

Boris de Tannenberg ha tenido la curiosidad de leer el capítulo del libro *De Rege* que motivó la condena de la Sorbona. La lectura es sugestiva, y jamás se ha tratado la cuestión del asesinato político de modo tan completo ni se ha resuelto con más audacia. La cuestión se plantea con ocasión del asesinato de Enrique III por Jacobo Clemente. Para unos, jamás es lícito matar á un rey, aunque fuese un tirano, como lo prueba el ejemplo de David con Saúl; pero no es Mariana de esa opinión.

Un príncipe que se apodera del mando por la fuerza de las armas, sin ningún derecho, sin el consentimiento del pueblo, puede ser destituido, por quienquiera que sea, de la corona, del gobierno y de la vida; es un enemigo público que suscita á la patria toda clase de males, y hecho tirano, no sólo puede ser destronado, sino que puede serlo por medio de la misma violencia empleada por él para apoderarse del mando. Si el príncipe ha recibido su poder de la herencia ó de la voluntad del pueblo, Mariana estima que hay que soportarle á pesar de sus faltas y sus vicios, con tal que no infrinja las leyes del reino; pero si el príncipe trastorna el Estado, se apodera de los bienes de sus vasallos, desprecia las leyes y la religión del reino, y tiene por virtudes el orgullo, la audacia y la impiedad, entonces la paciencia del pueblo llega á su límite, y no tiene más que utilizar la poca libertad que le queda para concertarse y hacer desaparecer al tirano. Es un enemigo público, y el pueblo se halla en estado de legítima defensa y puede matar al tirano por su propia autoridad, «más legítima siempre y mejor que la del rey tirano»; y no sólo el pueblo, sino un individuo, puede en tales casos hacer justicia del rey.

Boris de Tannenberg hace resaltar el hecho de que un jesuita, español y por añadidura en el siglo xvii, sea quien sostenga con tan vigorosa argumentación la tesis de los revolucionarios, aplicada un siglo más tarde á Luis XVI; y señala como más curiosa todavía la circunstancia de que nadie en España pensara en perseguir á Mariana por sus doctrinas tiranizadas; Boris lo atribuye á que en el tirano de Mariana se veía al hereje, y de ahí que la apología del tiranicidio no pareciera pecaminosa; pero ¿no estaría la explicación más bien en que esta España tan desconocida y tan calumniada ha sido siempre en el fondo eminentemente opuesta á toda tiranía, y aquí, por tanto, no podía chocar la tesis de Mariana, que no era, en definitiva, sino el reflejo del sentir común? La patria del Cid, de Wamba, del destronamiento de Avila y de los Comuneros de Castilla, ¿no había demostrado cumplidamente en su historia

que su amor profundo á la Monarquía no la cegaba hasta el punto de no permitirle apreciar las cualidades de sus reyes, sancionando sus actos con el premio ó el castigo que merecían?

## IMPRESIONES Y NOTAS

**EXTERMINIO DE ESPECIES ANIMALES.**—Por unos ú otros motivos, á título de nocivos ó de provechosos, los animales son perseguidos por el hombre, llegando en muchos casos esta persecución hasta el exterminio.

Sin hablar de especies antiguas, en vano se busca en 1861 un *drontes* vivo en las islas Mascareñas, donde antes este di-  
dio abundaba tanto; ningún viajero señala tampoco desde 1690 el gran *solitario* de Rodríguez; la *leguatia*, gallina gigantesca de agua, de Mauricio, desaparece desde 1695, y el papagayo de cresta, desde 1601; la gran *vaca marina* de las regiones septentrionales no deja huellas desde 1762, y la *tortuga* colosal de la Reunión desaparece por completo desde que en 1799 se vió la última.

El siglo XIX, según el Dr. Roux, se distingue por el exterminio de las razas: una de las desaparecidas, el pingüino, ha tenido que refugiarse en las regiones australes, no habiendo ni uno solo en las costas del antiguo ni del nuevo continente. Entre las especies cuya desaparición es más de lamentar está el *guagga*, especie de zebra del Sur de Africa.

Las familias ornitológicas son de las que más han padecido: del *dromæus ater*, de las islas Kanguros, sólo han quedado tres ejemplares disecados: dos en el Museo de París y otro en el de Florencia; del *cormorán* del estrecho de Behring, con sus anteojos blancos y su plumaje verde púrpura, sólo queda un ejemplar, en el Museo Británico. La codorniz blanca de las islas Norfolk, la codorniz de Nueva Zelanda y la paloma holandesa, de Mauricio, figuran también en esta triste necrología.

También han desaparecido por completo las cotorras de la

isla Felipe, de la isla Norfolk y de la isla Rodrigo, así como una especie de pato *eider* que habitaba en la costa norteamericana del Atlántico, y del que no se encuentra un ejemplar desde 1852. ¿Y qué decir de los pajarillos? ¡Ay del que tiene en su plumaje algún atractivo! La moda los reclama sin piedad y hay que sacrificarlos á sus insaciables exigencias; el estornino de cresta, la soberbia *drepanis pacifica*, de las islas Hanoi, y tantas y tantas otras especies, no han dejado de su paso por la tierra más que las escasas muestras que de ellas se conservan en los mejores Museos.

\*  
\* \*

LO QUE SE LEE.—Dice *Le Phare*, de Nantes, que, según una estadística reciente, se publican en el mundo anualmente unos 75.000 volúmenes nuevos, de los que 25.000 corresponden á Alemania, 13.000 á Francia, 10.000 á Italia y 7.000 á Inglaterra.

Contrayéndose á los 13.000 volúmenes franceses, dice un editor de París que este número es inferior á la realidad. Se publican, dice, unas 5.000 obras científicas ó de vulgarización, cifra que va siempre en aumento; la novela, en cambio, está en plena decadencia, pues no se publican más que unas 3.500 al año, cifra que no tiene comparación con las de 1875 á 1890; entonces todo se vendía y era increíble el número de libros novelescos que se publicaban.

Las causas de la decadencia de la novela son varias; pero la principal es que el mejor cliente de los novelistas, la mujer, lee hoy mucho menos que antes. La francesa de hace medio siglo leía con entusiasmo las novelas de sentimiento y de pasión; había leído de niña todo lo de Alejandro Dumas padre, y leía entonces *La Dama de las Camelias* y *El asunto Clemenceau*, de Dumas hijo; *El señor, la señora y el niño* y *El cuaderno de la señorita Cibot*, de Gustavo Droz; *Los jueves de la señora Carbonneau*, de Pontmartin; *Las noches de Lido*, de Beauvoir; *Gerfaud*, de Carlos de Bernard, y algunas novelas de



Feydeau ó de Houssaye; pero su favorito era Octavio Feuillet, y después de *Sibila* y *La novela de un joven pobre*, el mayor éxito era *El señor de Camors*.

La guerra y la Commune hicieron olvidar la novela por la tragedia viviente, y sólo más tarde volvió á leerse á Feuillet en *Julia de Trecoeur* y las delicadas obras de Cherbuliez. Entonces apareció Maupassant, que fué el dios del día, y Paul Bourget, que todavía penetraba más en el análisis del alma femenina; Pedro Loti fué también uno de sus autores favoritos por la coloración de su estilo.

La francesa se había ido modificando: anémica y hasta neurasténica, había consultado á los médicos, que la habían aconsejado acostarse á media noche cuando más, levantarse pronto, pasear al aire libre y hacer ejercicio; el *footing* se puso de moda con el *tennis*; luego hizo furor la bicicleta y, por último, el automóvil, que ha sido el golpe mortal para la lectura, por el mucho tiempo que absorbe con sus rápidas excursiones.

A esto hay que agregar el gusto reinante por las *Memorias*, que arranca de la aparición de las *Memorias de Marbot*; desde entonces no se pueden leer más que memorias ó libros de historia, y en este sentido se han agotado el siglo XVIII, la época revolucionaria, la era napoleónica, y se sigue siempre espigando en tan rico campo. La historia, especialmente la anecdótica, ocupa hoy el puesto de la novela.

\* \* \*

LOS AMULETOS.—La *Revista Penitenciaria* sigue publicando sus informes sobre *el mal de ojo*, de que hemos dado cuenta en anteriores números, y entre los amuletos preservativos del mal enumera las cruces de Orense, Ronda, Alcaracejos y Arjona; en Cangas de Tineo se ponen cintas en cruz y en Alcalá de los Gazules meten los Evangelios en una bolsita en forma de cruz; en Guijo de Santa Bárbara se hace una cruz con dos palitos de moral y en Alhama de Almería con dos palitos de romero, metiéndolos en una bolsita con los Evangelios.

E. M.—Agosto 1905.

Las reliquias se usan en Salamanca, Burgos, Tordesillas (son empleadas durante el parto de la madre), Castejón, Pozoestrecho, Llerena (también las del parto), Arjona, Arjonilla y Palma de Mallorca, donde llaman *devenciso* á las bolsitas de seda con reliquias. Los escapularios los emplean en Santa María de Oya, León, Briviesca, Vizcaya, Falces, Burriana y Menorca. Los rosarios sólo se mencionan en Santa María de Oya (Pontevedra) y en Ronda. En Laguardia (Alava) ponen al niño una campanilla de plata; en Valdespina hacen la señal de la cruz siempre que mudan de ropa al niño (en Salamanca y en Zamora, Palencia, Valladolid y León suele rezarse el *bendito* en el mismo caso); en Cabañas y Castroserna pronuncian nombres de santos y oraciones; en Tudanca dicen misas y emplean el agua bendita; y en Jaca se ponen debajo de la peana de la Patrona el día de la procesión (1).

Como procedimientos directamente conjurativos del mal de ojo se mencionan muchos, siendo el más corriente el «bendito sea» ó el «Dios le bendiga», con que se termina el elogio de todo niño. En Alhama de Almería, si una madre encuentra á un bizzo le dice: «Tus ojos son un cesto; Dios bendiga á mi hijo». En general la práctica más seguida es llevar los niños á la iglesia, y después de las preces propias para los exorcismos imponerles los Evangelios benditos. Las bolsitas en que se llevan los Evangelios suelen hacerlas las monjas; en algunas localidades no se ponen las bolsitas de los Evangelios hasta después del bautismo; en Llinás (Tarragona) se pone con los Evangelios pelo de la madre, y en Hervás los Evangelios han de ser bendecidos el Domingo de Ramos. El uso de los Evangelios en sus bolsitas de diversas formas se extiende á toda España; también se emplea mucho con el mismo objeto la *Regla ó Cartulas de San Benito*; esta costumbre está, sin em-

(1) En Tejares (Salamanca), donde se venera la Virgen de la Salud, hacen también lo mismo y se disputan el honor de llevar las andas, ofreciendo dinero y fanegas de trigo por alcanzar ese favor, acudiendo á la procesión de muchas leguas en contorno.

bargo, limitada á los reinos de León y Castilla, Vieja y Nueva, y á la provincia de Cáceres.

Como amuletos especiales pueden citarse los *rescriptos* de Carbia (Pontevedra), las *cédulas* de Rabanal del Camino (León), las *nóminas* de Castroserna y Fuentepelayo, y el *breu* de Badalona (el breu es un papelito con la palabra INRI).

Entre otros preservativos se cita la carrillera ó maxilar del erizo en Salamanca para favorecer la dentición del niño; la cabeza de víbora para evitar en chicos y grandes la erisipela, y la castaña de Indias contra el usagre. En Calatayud cuelgan una medalla de Santa Elena al cuello de los niños para librarlos de la alferecía, y les atan un cordón en la muñeca para librarlos de las mordeduras de los perros; para el hipo ponen entre las dos cejas del niño un mechón de lana encarnada arrancada de una saya. En Mazarrón les ponen una camisa de seda azul para librarlos de la alferecía. En Membrío (Cáceres), para que un niño inapetente vuelva á mamar, le pasan la llave del sagrario, que piden al cura, por la boca. En las Hurdes, cuando una madre tiene, durante las faenas del campo, que dejar á su hijo, al colocarlo en cualquier parte tiene buen cuidado de decir: «Hoy se ha encontrao», pues si no lo dicen, y pasa al lado del niño un sapo, lagartija, etc., el cuerpo de la criatura se cubre de manchas rojas.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*Storie celesti*, per l'ingegnere Filippo Nicita. Ragusa, 1905.  
Folleto de 73 páginas, una lira.

Quizá mejor que el título que este opúsculo lleva, hubiera de cuadrarle, no por otra cosa sino por ser más claro y menos equivoco, el siguiente: *Una nueva teoría astronómica*. Porque, en efecto, las «historias celestiales» de que se ocupa el señor Nicita van todas ellas encaminadas á poner reparos y objeciones á la teoría astronómica de Kant y de Laplace, corriente y aceptada casi como indiscutible desde hace tiempo, y á proponer otra teoría, la cual, según su autor, resuelve todas las dificultades en que la primera se ve envuelta.

Pero, aun tratándose, al parecer, de cosa tan sencilla y común como es la formulación de una nueva teoría sobre un determinado asunto, lo que está ocurriendo con harta frecuencia, yo no creo que el folleto de Nicita sea uno más, cuya aparición, dada la abundancia de otros mil que la prensa vomita diariamente, deba ser mirada con indiferencia.

Porque es un trabajo sumamente sugestivo. Agita mucho el espíritu, obligando á uno á ponerse, aunque no quiera, hondos y trascendentales problemas de los llamados filosóficos y metafísicos; siendo lo particular, y no lo menos atractivo, que hace esto con gran sencillez, sin subirse en el trípode ni meterse en laberínticas profundidades, casi sin que el lector se percate, enlazando sucesivamente cosas á cosas y razonamien-

---

tos claros con otros razonamientos de igual cualidad, claros también. Yo puedo decir que he leído este trabajo con verdadero deleite, y me parece que lo mismo ha de ocurrirle á muchos, ya que no á todos los que lo tomen en sus manos. Enseña cosas más ó menos conocidas ya antes; pero lo de menos es esto; lo de mayor importancia, á mis ojos, es que conmueve y remueve el pensamiento del lector.

P. DORADO .

## INDICE

---

|                                                                                                         | <u>Págs.</u> |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Soledad</i> , por Miguel de Unamuno.....                                                             | 5            |
| <i>De los hombres y de su valer moral</i> , por P. Dorado.....                                          | 24           |
| <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....                                                              | 53           |
| <i>Influencia española sobre la literatura inglesa</i> , por Martín Hume.                               | 65           |
| <i>La España nueva</i> , por J. Hogge Fort y F. V. Dwelshauvers-Dery.                                   | 108          |
| <i>Un compañero extraño</i> , por Máximo Gorki.....                                                     | 141          |
| <i>Crónica literaria (La Horda, novela por D. Vicente Blasco Ibáñez)</i> , por E. Gómez de Baquero..... | 163          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                   | 173          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....                                                        | 196          |

# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la  
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,  
número 7, bajo, Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.  
**Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.  
**Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.  
**Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.  
**Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.  
**Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.  
**Boissier.** — Cicerón y sus amigos. Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.  
**Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.  
**Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.  
**Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.  
**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.  
**Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.  
**Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.  
**Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.  
**Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.  
**Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heine.** — Memorias, 3 pesetas.  
**Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.  
**Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.  
**Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Moussset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas



**Gumpłowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

**Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

**Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

**Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

**Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

**Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

**Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

**Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

**Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.

— Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

**Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

**Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.

**Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

**Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

**Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

**Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

**Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas.

— La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.

— La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

**Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

**Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas.

— Exceso de legislación, 7 pesetas.

De las leyes en general, 8 pesetas.

— Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.

— La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.

— Historia del Derecho, 8 pesetas.

— Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.

**Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.

— El duelo y el delito político, 3 pesetas.

— La criminalidad comparada, 3 pesetas.

— Estudios penales y sociales, 3 ptas.

**Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

**Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).

— La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

**Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Pri-  
da, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).

— El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

**Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

**Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

**Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

### FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.  
**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.  
**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.  
**Spencer.**—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).  
 —Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.  
 —El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

### HIGIENE

- Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.**—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

## HISTORIA

- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.— Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.
- Campe.**— Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**— La Revolución francesa, 8 pesetas.
- Dowden.**— Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Fouillée.**— Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**— El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**— Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**— Historia de María Antonieta, 7 pesetas.— Historia de la Pompadour, 6 pesetas.— Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.
- Heine.**— Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**— Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Renán.**— Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.— Las Vidas de los santos, 6 pesetas.
- Stahl.**— Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**— Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.— Los Orígenes, 7 pesetas.— El Renacimiento, 7 pesetas.— La Edad Clásica, 6 pesetas.— Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**— El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**— Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**— Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**— El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**— Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con ne-

tas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

## MISCELÁNEA

- Alcofurado.**— Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**— Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**— El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**— Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**— Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**— Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**— La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Stead.**— El Gobierno de New-York, 3 pesetas.
- Stendhal.**— El Amor, 3 pesetas.— Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**— Fisiología de la guerra, 3 pesetas.— Placeres viciosos, 3 ptas.
- Varios autores.**— (Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)— Novelas y caprichos, 3 pesetas.

## NOVELA

- Balzac.**— Eugenio Graudet, 3 pesetas.— Papá Goriot, 3 pesetas.— Ursula Mironet, 3 pesetas.— César Birotteau, 3 pesetas.— La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**— El Cabecilla, 3 pesetas.— Venganza de una mujer, 3 pesetas.— Las Diabólicas, 3 pesetas.— Una historia sin nombre, 3 pesetas.— La Hechizada, 3 pesetas.

**Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.

La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Hol-  
denis, 3 pesetas.

**Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.

**Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

**Dostoyuski.**—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

**Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.

**Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

**Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.

**Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

**Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.

**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.

**Sardou.**—La Perla Negra, 3 pesetas.

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.

**Tolstoy.**—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.

—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

**Turguenev.**—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judio, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

**Varios autores.**—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

**Zola.**—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

## PEDAGOGÍA

**Buisson.**—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

**Huxley.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.

**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.

**Macaulay.**—La educación, 7 ptas.

**Tolstoy.**—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

## POESÍAS

**Campoamor.**—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en

un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

**Ferrán.**—Obras completas, 3 ptas.

## SOCIOLOGÍA

**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

**Caro.**—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

**Fouillée.**—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Garofalo.**—La superstición socialista, 5 pesetas.

**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.

**Grave.**—La sociedad futura, 8 ptas.

**Gumpowicz.**—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

**Janet.**—La familia, 5 pesetas.

**Kid.**—La Evolución social, 7 pesetas.

**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

**Spencer.**—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas,

2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

**Spencer.**—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas.—La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Sumner-Maine.**—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

**Tolstoy.**—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

## TEATRO

**Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

**Zola.**—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

## VIAJES

- Darwin.**--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.  
**Heine.**--Alemania, 6 pesetas.  
**Nansen.**--Hacia el Polo, 6 pesetas.  
**Taine.**--La Inglaterra, 7 pesetas. —  
 Notas sobre París, 6 pesetas. — Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.  
**Tcheng-Ki-Tong.**--La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES  
CONTEMPORÁNEOS

- Neera.**--Teresa, 3 pesetas.  
**Rod.**--El Silencio, 3 pesetas.  
**Lemonnier.**--La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.  
**Sudermann.**--El deseo, 3,50 ptas.  
**Korolenko.**--El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.  
**Turguenef.**--Tierras vírgenes, 5 pts.  
**Heiberg.**--Novelas danesas, 3 ptas.

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofarado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Anónimo.**—¿Académicas?, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.
- Arnó.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pts.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pts.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.—La Oposición bajo los Césares 7 pesetas.
- Bréal.**—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
- Bret Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 ps.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 pts.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 ts., 24 ps.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Champcommunale.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pts.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Colombey.**—Historia anecdótica de el duelo, 6 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Couperus.**—Su Majestad, 3 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Doellinger.**—El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Dumas:** Actea, 2 pts.
- Eltzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pts.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.—Protección y librecambio, 9 pts.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Giurati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 ptas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Gonblang.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico. 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pts.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pts.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 pts.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heiberg.**—Novelas danesas, 3 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Höfding.**—Psicología Experimental, 9 ptas.
- Hume.**—Historia del Pueblo Español, 9 ptas.—Historia de la España Contemporánea, 8.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pts.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Jitta.**—Método de Derecho internacional, 9.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Korolenko.**—El desertor de Sajalin, 2,50.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2'50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
- Liesse.**—El Trabajo, 9 pesetas.
- Lombroso.**—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 4 tomos, 30 pesetas.
- Martín.**—La moral en China, 4 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión. 7 ptas.—Historia de las Religiones, 8 ptas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Mercier.**—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Merejkowsky.**—La Muerte de los Dioses, 2 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 ts., 15 ps.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.—Derecho penal romano, 10 pesetas.
- Mouton.**—El deber de castigar, 4 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano

demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.  
 —Últimos opúsculos, 5 pesetas.—La Gaya ciencia, 6 pesetas.  
**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.  
**Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.  
**Potapenko.**—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.  
**Prévost-Paradol.**—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.  
**Quinet.**—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.  
**Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.  
**Ribbing.**—La higiene sexual, 3 pesetas.  
**Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, cuatro tomos, 27 pts.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Rod.**—El silencio, 3 pesetas.  
**Rognin.**—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.  
**Roosevelt.**—Nueva-York, 4 pesetas.  
**Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 ps.  
**Sansonetti.**—Derecho Constitucional, 9 ps.  
**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.  
**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols., 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.  
**Sienkiewicz.**—Orso. En vano, 2 pesetas.  
**Sieroszewski.**—Yang-Hun-Tsy, novela, 2.  
**Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.  
**Sombart.**—El Socialismo y el Movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.  
**Sohn.**—Derecho privado romano, 14 ptas.  
**Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.  
**Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.  
**Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 ptas.  
**Stourm.**—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 pts.

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.  
**Summer-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.  
**Suttner.**—High-Life, 3 pesetas.  
**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.  
**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.  
**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.  
**Tchekhof.**—Un duelo, 1 pta.  
**Turgueneff.**—Tierras vírgenes, 5 pesetas.  
**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.  
**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.  
**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.  
**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.  
**Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos** (Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Ellemborough, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.  
**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.  
**Voeke.**—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.  
**Wallace.**—Rusia, 4 pesetas.  
**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.  
**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.  
**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.  
**Whitman.**—La Alemania Imperial, 5 ptas.  
**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 ptas.  
**Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vols., 15 ps.  
**Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 ptas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

## OBRAS RECIEN PUBLICADAS

POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

**Ricci:** Derecho Civil, tomo II, 6 ptas.—**Emerson:** Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pesetas.—**Giddings:** Sociología inductiva, 6 ptas.—**Roosevelt:** Nueva-York, 4 ptas.—**Potapenko:** La Novela de un hombre sensato, 2 ptas.—**Merejkowsky:** La Muerte de los Dioses, 2 ptas.—**George:** Problemas sociales, 5 ptas.—**Jitta:** Método de Derecho internacional, 9 pesetas.—**Hume:** Historia de la España Contemporánea, 8 ptas.—**Mercier:** Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 ptas.—**Wundt:** Hipnotismo y sugestión, 2 ptas.—**Nietzsche:** La Gaya Ciencia, 6 ptas.

# LA ESPAÑA MODERNA

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta diez y siete años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

### CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **10 pesetas**; un año, **18 pesetas**.—Fuera de España, un año, **24 francos**. El número suelto en España **1,75 pesetas**, en el extranjero **dos francos**. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.—**Director: J. LÁZARO**